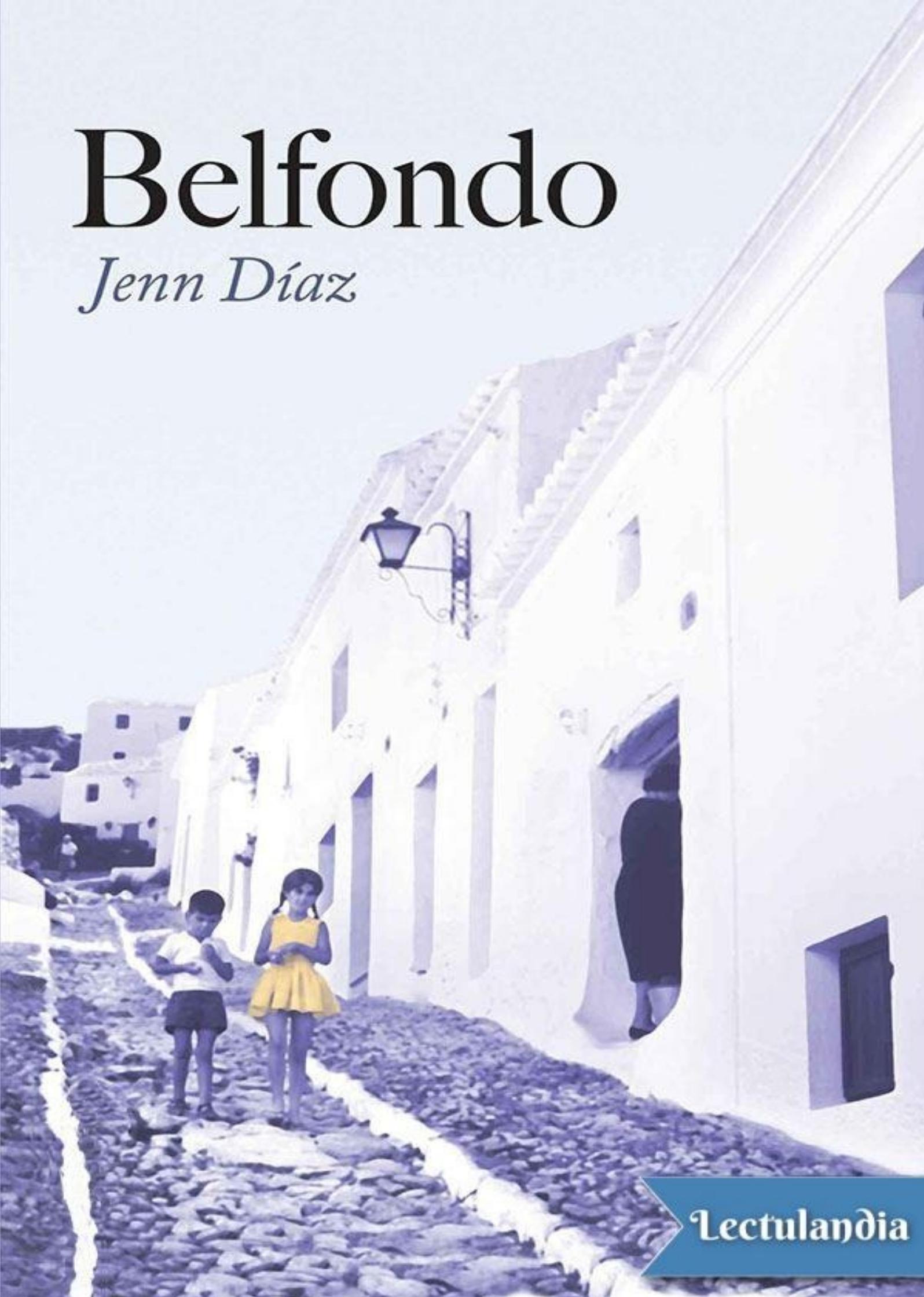


Belfondo

Jenn Díaz



Lectulandia

En Belfondo el tiempo se detuvo hace mucho. Es un pueblo aislado y misterioso en el que el amo controla los destinos de todos sus habitantes: su fábrica les da trabajo y él les dice en qué emplear el tiempo. Es el dueño del pueblo y de cuanto lo rodea, y su palabra es ley. Los habitantes de Belfondo nunca han conocido otra cosa. Su universo entero es ese trozo de mundo del que nadie ha salido jamás. En él encontramos figuras como la de Arcadio, el maestro, obligado por el amo a enseñar a leer y escribir a todo el pueblo, quieran o no; Horacio, el enterrador, que tiene como tarea escribir los epitafios de todos los habitantes del pueblo para tenerlos a punto el día que mueran; Beremunda, la veinte pesetas, la única prostituta del pueblo, tan amada por los hombres como odiada por sus mujeres y Dositeo, su hermano, quien la ama en secreto.

Sus vidas son pequeñas historias que, al juntarse, crean una realidad inquietante y extraña donde todo se esconde y se dice en voz baja. Un lugar donde el cura es un hombre ciego, Sontano, que habla con el Dios de Belfondo quien, además de ser mujer, es de carne y hueso y distinto de cualquier otro. Un lugar del que Horacio, que tiene una biblioteca clandestina, quiere huir a toda costa.

Una realidad al margen del mundo sostenida en un precario equilibrio que se vendrá abajo cuando algunos empiecen a hacerse preguntas.

Lectulandia

Jenn Díaz

Belfondo

ePub r1.0

Titivillus 23.11.16

Título original: *Belfondo*

Jenn Díaz, 2011

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Alguien dijo: «un pueblo es un monstruo», porque en un pueblo pequeño la envidia y el odio, la falta ajena, se hacen claros y patentes, como escritos en la frente o en el cielo que a todos cobija. Pero esta cruel realidad asienta los pies sobre la tierra, y la vida es más simple, más verdadera.

Ana María Matute, *El río*

El maestro

Arcadio está inquieto y da vueltas en círculo por el estudio. No es muy grande, la habitación, así que, cuando las da muy rápido, se marea un poco y tiene que parar y contar hasta diez. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve y diez. Está tan nervioso como aquella vez que vino el amo y le dijo que tenía que enseñar, a leer y escribir y a hacer cuentas, a todos los habitantes de Belfondo.

¿A todos?, preguntó Arcadio temiéndose la respuesta.

A todos, contestó el amo con indiferencia.

Cuando marchó de su casa, que era de las mejores de la aldea, Arcadio se puso a mirar por la ventana y a hablar por debajo de la nariz. Su mujer salió por la puerta tras el amo, para no dar un segundo portazo y pasar desapercibida. Cuando su marido hablaba con el amo, siempre se quedaba un par de horas silencioso y pensativo. Y encontró en aquella visita inesperada la oportunidad que venía días esperando. Arcadio se fue al estudio y empezó a dar vueltas, como ahora. Aunque, ahora que lo piensa, está casi más inquieto que aquella vez del amo. Pensó, entonces, que se estaba volviendo loco, el dueño de todo, si pensaba que iba a poder enseñarles a todos esos campesinos a leer y escribir y a hacer cuentas. Pero el amo decía y decidía cualquier cosa. La aldea era suya. Él mismo era más suyo que de su padre que en paz descansara. Ellos habían llegado allí porque no tenían otro lugar donde caer muertos. Ni vivos. El resto del mundo parecía haber enloquecido. Y allí, en aquel pueblo del amo, parecía que las cosas iban más lentas. No mejor, pero sí más lentas. O que se dirigían hacia otra parte. El amo un día cogió las tierras que tenía en Belfondo y construyó el pueblo.

Es un tipo listo, el amo.

Después les dio trabajo. Y después ellos obedecieron en todo. Así funcionaba la pequeña aldea. Y después siempre fue todo igual. Y afuera, en el resto de mundo, las cosas siempre con tanta prisa. Y tan inexplicables, porque los cambios tan grandes que había no se entendían nunca. Por eso mismo estaban todos ahí metidos, como enjaulados pero sin rejas pero enjaulados. Y Arcadio aceptó, qué otra cosa podía hacer, qué otra cosa podía hacer, frase que se repitió a sí mismo y a su mujer sin descanso, qué otra cosa puedo hacer. No podía hacer otra cosa, ciertamente. La mujer nunca contestaba y pensaba que, si no podía hacer otra cosa, mejor que dejara de lastimarse de esa forma. De cualquier forma, pero sobre todo de esa forma. Cambió los muebles de la casa y consiguió tener un espacio bastante grande para poder colocar algunos pupitres.

A las clases que había formado para enseñarles acudían familias enteras. Ése fue el primer error: dentro de una familia hay una jerarquía, dentro de una clase también: el profesor y los alumnos. Pero si dentro de los alumnos hay otra, las cuentas no salen. Un día un hijo aprendió antes a sumar que su padre y éste le dio una bofetada. El niño era el preferido de Arcadio porque cazaba todo como si fueran mariposas,

alguna vez había pensado en enseñarle no sólo a lo que el amo quería, enseñarle todo lo que pudiera para ser el siguiente profesor, y salió en su defensa, como maestro, siempre como maestro.

¿O como qué?

El padre lo miró desafiante y le dio otra bofetada a él. La esposa de Arcadio estaba espiando, como siempre que daba clases, a través de la puerta. El señor Arcadio, que así se hizo llamar desde el primer día a pesar de las quejas, tuvo que estar sin dar la lección dos días. Cuando volvió, aquel hombre lo esperaba para seguir con sus clases, sentado cabizbajo en el pupitre. Se acercó a él y le dijo: váyase de aquí. Pero sin dureza y esperando una segunda bofetada, acaso más fuerte todavía, con más desprecio y rencor. Él dijo que más quisiera no estar, pero que el amo le había obligado a seguir aprendiendo. A nadie se le puede obligar a aprender, se decía el maestro, aunque sabiendo que eso el amo no lo entendería, o lo entendería pero le daría lo mismo. En cuanto acabó con aquella tanda de alumnos, Arcadio se acercó a la casa del amo para quejarse. No quería enseñarle nada a ese hombre. A ése, al que le pegó. El saber, para él, es un tesoro, un regalo. Y, enseñar, un poco también. Era una especie de relevo hacia... hacia el saber. Y no quería darle eso al hombre que había pegado a su hijo y, después, a él mismo. Pero el amo no hizo caso, como ya se esperaba de él. El amo quería que todos los de Belfondo supieran leer y escribir y hacer cuentas. Muchos del pueblo decían que aquello que hacía el amo era por puro egoísmo. Belfondo era de él. Y los que estaban en Belfondo, en parte, también. Por eso no quería que nadie fuera analfabeto, que fue una palabra que pasó de boca en boca durante toda una semana. Dice el amo que no va a haber ni un sólo analfabeto en Belfondo, que le ha pagado un montón de dinero al maestro para que nos enseñe a todos.

¿Y analfabeto qué quiere decir?

Los más sabios contestaban que ser analfabeto significa no saber qué quiere decir analfabeto. Ser analfabeto significa no saber que uno lo es. Así que, cuando llegaban los analfabetos a la clase del maestro Arcadio, lo primero que preguntaban era qué significaba ser analfabeto. Cuando el maestro recitaba ya de memoria su definición, todos se enfadaban y dejaban de atender. Arcadio no perdía la calma. Y siempre contestaba a todas sus preguntas, aunque en realidad no quisieran saber la respuesta. Algunos de Belfondo pensaban que era por egoísmo del amo, que no quería tener nada bajo su mando que no fuera de su agrado, que no estuviera por encima de ese mundo loco que había fuera de su territorio, porque si había un mundo loco, era el de la frontera para allí, y si había un mundo donde se podía más o menos vivir, ése era Belfondo. Así fue madurando la idea en el interior de todos: si hay un sitio es éste, si hay un sitio, ah, es éste y ninguno otro. Y lo hicieron rumor de adentro, para siempre. Otros pensaban que aquello que hacía el amo por ellos era admirable, era hermoso. Confiaban en la bondad del amo, en su desinterés. El resto del pueblo simplemente no se preguntaba por qué lo hacía el amo. Acudían a sus clases, aprendían lo que

significaba analfabeto, se esforzaban por dejar de serlo, leían, escribían, sumaban, restaban. Ésos eran los más felices.

El maestro no estaba en ninguno de esos tres grupos. El maestro se preguntaba únicamente una y otra vez por qué tenía que ser él quien enseñara a todo el pueblo. Era verdad que la cantidad de dinero que le daban por enseñar era generosa, pero no le importaba el dinero del amo.

¿Era cierto que no le importaba el dinero del amo?

Tampoco le importaba si lo hacía por sí mismo o por los demás. Sólo maldecía ser el intermediario de las dos partes, el mediador entre la sabiduría del amo, porque el amo no era ni mucho menos tonto, y la incultura del pueblo. Por qué tenía que regalarles a los desagradecidos la clave de todas las cosas. Porque el saber es la clave de todas las cosas, decía una y otra vez el maestro a todo aquel que le preguntara por qué debían aprender a leer y escribir y a hacer cuentas. Una vez pasadas las primeras semanas de dudas y enfados, el maestro se tranquilizó y se tomó la enseñanza como un trabajo más. El cocinero cocinaba, el trabajador de la fábrica se levantaba a las seis y se colocaba en su puesto, el campesino trabajaba la tierra, el amo mandaba. Y él enseñaba. No había más.

Pero otra vez había vuelto a él el nerviosismo y otra vez estaba dando vueltas al estudio preguntándose por qué él. Su mujer, que nunca se había molestado en cultivarse nada, de repente también quería aprender a leer y escribir y a hacer cuentas. Aunque lo de hacer cuentas le daba un poco más de igual, pero sobre todo quería saber leer y escribir. El maestro nunca se había preguntado por qué su mujer no tenía ningún interés en dejar de ser analfabeta. Ni siquiera la había visto espiar sus clases. A él, en el fondo, en lo más fondo de su ser, en ese sitio donde todos escondemos nuestras más bajas bajezas, a él ya le venía bien que su mujer se conformara, simplemente, con ser la mujer del maestro, la analfabeta mujer del maestro. No quería dejar a su esposa en la inopia, no quería arrinconarla, no quería menospreciarla. Eso era lo que se decía una y otra vez. No era por su mujer, no es por ti, no es por ella. Era por el amo.

Siempre, todo, el amo, el maldito amo.

Ésa era su estúpida forma de vengarse de él: no enseñándole a su esposa. Aprenderían todos a leer y escribir y a hacer cuentas menos ella. El deseo del amo jamás se cumpliría, mientras él viviera. Nunca, mientras él viviera, la orden del amo se llevaría a cabo. Ja-ja-ja, reía por dentro, reía y se sentía satisfecho de su idea macabra. Y el pueblo no se preguntaba por qué la esposa del maestro no acudía a las clases a las que acudían todos. Ni siquiera el amo había incluido a la mujer en el bulto de los analfabetos. Porque todos daban por hecho que, siendo la señora del maestro, sabría leer y escribir y hacer cuentas. Nadie puso en duda su analfabetismo. Pero aquella noche, la anterior, con la luz apagada y los cuerpos ya uno al lado del otro, sin tocarse, aquella noche su esposa dijo:

Enséñame a leer, por favor, y también a escribir, si quieres dejamos para más

adelante lo de las cuentas.

Y un temblor recorrió todo el cuerpo del profesor. Por qué, se preguntaba, pero a sí mismo, que no quería hacerle ningún tipo de cuestión a su mujer. Quería aprender, era normal, él mismo gustaba de ese placer, pero por qué no podían salirle las cosas como él quería, como él deseaba. Por qué no podría borrarle de un plumazo las inquietudes intelectuales a su esposa. Ahora estaba dando vueltas por el estudio buscando una trampa para no hacerlo, para dejar a su mujer sin ese bien que es el saber. Pero no lo encontraba. Y las vueltas cada vez eran más rápidas y a veces hasta le daba un poco de vértigo. Paraba un segundo, el mundo daba vueltas, justo como el de fuera de Belfondo, y se reía un poco dentro de su locura y su ataque.

Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve y diez.

En ese momento su mujer dio tres golpes a la puerta y entró. Con el ocho, un golpe, con el nueve, otro golpe, con el diez, otro golpe. Cuando el maestro se detuvo para ver quién era, todo el mundo se balanceó a sus ojos y cayó al suelo. Así imaginó que sería salir de Belfondo, así se figuraba que sería volver a la vida que tenía antes, que ya apenas, de tanto como había luchado por esconder y enterrar, ya apenas recordaba, pero todavía, todavía un poco, sentía el mareo remoto y, al caer al suelo, dijo que no quería perder al amo, llorando por dentro, indefenso e inútil, sirviéndole. En ese momento vino una ola de aire calientísimo y voló algunos papeles que parecía que iban a volar. Y ambos, el maestro en el suelo y la esposa de pie, envidiaron lo leve del papel, lo efímero del viento. Su mujer, que ansiaba como la libertad que no tenía en Belfondo saber leer y escribir, se abalanzó sobre él pensando que, ahora que estaba tan cerca de aprender, no podía pasarle nada malo al profesor. Se alejó, por unos momentos, unos momentos que la mantuvieron avergonzada durante días, se alejó de la figura de esposa y pensó, como hacía ya algunas semanas, pensó por ella misma.

La viuda

Domitilda siempre cuenta la misma historia. La ha contado tantas veces que ya nada tiene que ver con lo que ocurría de verdad.

¿Algunas historias ocurren de verdad, alguna vez?

Pero a nadie le importa. Domitilda es muy querida en Belfondo. Y, desde que es viuda, la primera viuda del pueblo, más todavía. Muchas madres dicen a sus hijos: he hecho un bizcocho con peladuras de limón, he cortado un trocito para Domitilda, anda, ve, llévaselo. Y los niños van a su casa, que es la que está en la esquina de la calle Freblina, tocan la puerta dos veces, toc, toc, y Domitilda les abre con una sonrisa. Más de una vez se han encontrado dos niños de camino a casa de Domitilda con dos platos cubiertos por un trapo. Y se preguntan qué llevan, porque si llevan lo mismo, entonces hacen una carrera a ver quién llega antes y, el que gana, le da a Domitilda lo que traía. Cuando vuelven a casa, se lo cuentan a su madre: un niño le llevaba una tortilla de patatas a Domitilda, mamá, la he visto y era enorme. Y las madres, desde sus casas, compiten por ganarse el cariño de Domitilda. Pero Domitilda las quiere a todas, independientemente de lo que le lleven.

¿Es de verdad ese amor puro de la viuda, será verdad que las quiere a todas, sin discriminación, ahí, en Belfondo?

Cuando Domitilda se ha comido ya lo que le han llevado, lava el recipiente y lo pone a secar al sol, encima del muro que delimita su casa. A los días, los niños pasan por allí y buscan su plato o su bandeja y se la llevan de vuelta a casa. Se preguntan, entre ellos, cuánto ha tardado Domitilda en comerse lo que le llevaron y cuánto en lavarles su cacharro. Y compiten, también. Todos los de Belfondo quieren a Domitilda. Y pelean amablemente por ser sus preferidos. Sólo hay una cosa que nadie le prepara a Domitilda: el arroz. Una vez su vecina le preparó un arroz y nunca volvió a ver el plato en el que se lo entregó. A Domitilda le gustaba cocinarle arroz a su marido. Era de lo que más tenían en casa y prácticamente comían arroz todos los días. Por eso, desde que es viuda, Domitilda acepta todas las comidas menos una: ésa. Porque sólo ella podía preparar su propio arroz. Y el de su marido. Y ésa es la historia que Domitilda ha contado hasta la saciedad:

Su esposo trabajaba en la fábrica del amo y se iba de casa a las seis y media de la mañana, Domitilda se levantaba con él, aunque ella no trabajara en la fábrica, le preparaba la ropa que se iba a poner aquel día, uno de los tres uniformes que tenía, y después le decía adiós con la mano desde la ventana. Porque desde la casa de Domitilda, al estar en la esquina de la calle Freblina, se ve entera la fábrica y un poco del camino que lleva a ella. El marido se iba girando de vez en cuando y le decía adiós con la mano. Hasta que no desaparecía su figura, Domitilda no se movía de la ventana. La historia sigue: a la hora de comer, volvía a asomarse a la ventana, los de la fábrica acababan su turno de mañana a la una y media, así que, cuando veía a su marido salir por la puerta, encendía el fuego y hervía el arroz. Ésa era la distancia que

había desde la fábrica hasta la casa de la esquina de la calle Freblina: un arroz hervido.

El tiempo en Belfondo se cuenta como se puede.

Cuando su marido llegaba a casa, recién se había hecho el arroz y ella lo sacaba de la cazuela y lo ponía en un plato y después en la mesa, donde ya estaba sentado su marido con una sonrisa y la cara roja de bienestar y salud. La historia del arroz la conoce todo Belfondo y a todos les gusta escuchar cómo la cuenta Domitilda.

Pero murió el marido de Domitilda, el primer muerto del pueblo. Ella siguió levantándose a la misma hora, siguió asomándose a la ventana y diciendo adiós a nadie, siguió preparando para tres el arroz al mediodía, siguió poniéndolo a hervir cuando salían los trabajadores de la fábrica: del miedo que sintió al vacío, a unas nuevas costumbres, a otra vida. Pero, entre ellos, nunca estaba su marido. Y Domitilda no acababa de aceptarlo.

¿La muerte se acepta, qué se tiene que hacer con la muerte?

Como todos la querían y todos querían cuidar de ella, empezaron con los regalos. Una tarta, un plato de algo caliente, unas magdalenas, una tortilla de patatas. Pero jamás, nadie, excepto su vecina una vez, le preparó arroz. Todos estaban preocupados por Domitilda y todos buscaban una solución. De boca en boca corrió el rumor de que el amo iba a organizar una reunión con motivo de Domitilda. Así iba de casa en casa: con motivo de Domitilda, el amo organiza una reunión. Acudieron todos los de Belfondo porque todos querían mucho a la ya anciana Domitilda. El amo se puso en pie y, después de pedir silencio, dijo: tenemos que buscar una solución. Después de muchas propuestas que el amo dio por inútiles, llegaron a la que estaban buscando.

¿Y por qué no uno de los hombres del pueblo suplantaba al marido de Domitilda? No hacía falta que durmiera con ella ni ejerciera de marido, sólo tenía que pasar por las mañanas por delante de la casa que hay en la esquina de la calle Freblina, saludar con la mano a Domitilda tres o cuatro veces de camino a la fábrica y después, a la hora de comer, salir por la puerta y hacerle una señal y comer con ella un plato de arroz. Así Domitilda no se sentiría tan sola. El hijo, que estaba en la reunión, levantó la mano y dijo que su madre no estaba loca ni mucho menos tonta. Y que sabría que ese hombre no era su marido.

También sabría él que no era su padre. Lo sabría muy bien.

Entonces tuvieron que modificar un poco el plan: el amo acudiría a casa de Domitilda y le contaría algo que se pudiera creer. Todos confiaban entonces en el amo, todos le creían capaz de inventar una mentira adecuada para que ni Domitilda ni su hijo se ofendieran con el atrevimiento. Y, por primera vez y quizá por última, se sintieron orgullosos y algo seguros sabiendo que el amo de todos era capaz de inventar casi cualquier cosa con tal de salirse con la suya.

¿La suya era la de todos o era sólo de él?

Así que el amo acudió a casa de Domitilda y le dijo lo siguiente: verá, hay un hombre nuevo en la fábrica, un trabajador y, como sabe, a todos les doy una casa.

Resulta que no me quedaban más viviendas cerca de la fábrica y he tenido que darle una de la calle Geturdo.

¿La calle Geturdo?, dijo Domitilda, eso está lejísimos.

Entonces el amo le explicó que, para que pudiera llegar a tiempo al turno de la tarde, que, que... el amo nunca se ponía nervioso y nunca le titubeaba la voz, siempre dominaba la situación, pero Domitilda despertaba mucha ternura entre todo el mundo y de pronto le vino un sentimiento de culpa: se acordó del marido de Domitilda. Porque el amo conocía muy bien a todos los habitantes de Belfondo. Siguió: he pensado que podría comer todos los días en su casa, Domitilda, para que después le dé tiempo de llegar al trabajo. No le supondrá ningún gasto, yo mismo mandaré que una ración al día de este trabajador pase a usted. Sólo le pido que le prepare la comida.

A Domitilda le parecía bien. Cómo no iba a parecerle bien. Así que, por las mañanas, el trabajador pasaba por delante de su casa y le decía adiós. Y, al acabar el turno de la mañana, iba a comer a su casa. Cuando salía de la fábrica, le hacía una señal a Domitilda, desde lejos, para que fuera preparando el arroz. Pero pasó algo que nadie esperaba: el trabajador siempre llegaba antes de que el arroz estuviera hecho.

¿Cómo se fía uno del tiempo en Belfondo, cómo puede?

Nadie se lo explicaba. Todos sabían, por todos era sabido, Domitilda siempre había contado que, cuando su marido salía de la fábrica, ella ponía el arroz y, al llegar, recién estaba hecho. Entonces, ¿cómo era posible que el trabajador tardara tan poco? Porque el trabajador tardaba poquísimo. Domitilda, cuando lo veía entrar por la puerta, le decía: tienes que ir más lento, mi marido no andaba tan a prisa como tú, llegaba recién estaba hecho el arroz. Todos le pedían que fuera más despacio. Y algunos hombres cambiaban su ruta hacia su casa para acompañarlo y entretenerlo por el camino. Pero siempre, siempre, llegaba antes. No se entendía. Durante mucho tiempo no se entendía. Pero se entendían, al fin, tan pocas cosas. Hasta que una tarde se acercó una mujer al trabajador que comía en casa de Domitilda y se lo explicó: el marido de Domitilda, por el camino, se entretenía más de la cuenta.

Tú me entiendes, le dijo la mujer.

Pero él no entendía nada. Aquella mujer era la prostituta de Belfondo y el marido de Domitilda se veía con ella al acabar el turno de mañana. Por eso, cuando salía de la fábrica, siempre tardaba más que el resto, por eso a Domitilda le daba tiempo de cocinar el arroz y por eso aquel hombre siempre llegaba antes de tiempo. Por supuesto de eso no se tenían que enterar ni Domitilda ni su hijo. Pero el resto de Belfondo sí se enteró. Y lo guardó como un secreto de todos, intocable a los ojos de la viuda. Cuando el trabajador lo contó en la fábrica, preguntó qué podía hacer. Y todos lo tenían claro: entretente tú también con Beremunda la veinte pesetas. Que así se llamaba aquella mujer, así la llamaban, mejor dicho. Y así se hacía llamar también ella. Él no lo tenía tan claro. Que el marido de Domitilda se viera con Beremunda la veinte pesetas no significaba que él también tuviera que hacerlo. Pero siempre llegaba

antes de que el arroz estuviera hecho. Siempre. Y Domitilda no dejaba de insistir en que debía ir más despacio. Al final se decidió:

Se iba a entretener.

Y aquélla era una manera de hablar que, por lo menos, no le hacía sentir violento y obsceno. Quedó con Beremunda la veinte pesetas, que eso era lo que le iba a costar, y se entretuvo. Primero quiso explicarle que sólo lo hacía por Domitilda. Que, si había solicitado su compañía, era sólo por Domitilda y nada más que por Domitilda. Beremunda la veinte pesetas, sin escuchar sus excusas, le bajó los pantalones sin habérselos desabrochado y lo dejó sin palabras. Se entretuvieron. Se entretuvieron un rato que duró veinte pesetas. Beremunda, al irse y dejarlo con los calzones aún por los tobillos, le dijo: ¿nos vemos mañana? Y el hombre pensó, aunque no lo dijo, que quería verla mañana y todos los días hasta el de su muerte. Dijo que sí, con fingida indiferencia, se subió los pantalones y se dirigió hacia la casa de Domitilda. Cuando llegó a la calle Freblina, el olor a arroz hervido salía por la ventana desde la que Domitilda le decía adiós por las mañanas. Cuando entró a la casa, convencido de que el plato ya estaría en la mesa, se la encontró vacía. Desde la cocina Domitilda decía lo de todos los días: tienes que ir más despacio, hijo, mucho más despacio, mi marido no iba tan a prisa como tú. Aunque hoy, mira, has llegado un poquitín más tarde y ya está casi listo. Que al trabajador aún le quedaban muchos días de entretenerse para llegar al nivel del marido de Domitilda. Siendo virgen, cuánto tiempo esperaba durar con Beremunda la veinte pesetas, una profesional.

La benjamina

Es la cuarta de cuatro hermanos que son. Todos varones menos ella. Y como su madre no quería tener más hijos, cuando la comadrona le dijo que era una niña y le preguntó por el nombre, suspiró enormemente y dijo:

Benjamina.

Y hasta hace dos meses así era, pero la otra noche, después de cenar, la madre cogió la mano del padre en un intento torpe de caricia y, tras una sonrisa forzada de animal, dijo que estaban esperando un hermanito. Se fueron mirando unos a otros como si alguien tuviera una explicación lógica a todo aquello, como si la mirada fuera algo que pudiera pasarse de uno a otro hasta hacerla desaparecer en la incomprensión y la duda. Por supuesto nadie la tuvo. O, mejor dicho, nadie la dijo. El padre, que no había abierto la boca en toda la cena, sacó una botella de vino que tenía escondida en el armario que hay bajo el fregadero. Lo iban a celebrar. La noche anterior habían discutido, los padres, porque a ella le hacía ilusión tener otro hijo y a él no.

¿Pero por qué te hace ilusión?

No se podían permitir una boca más a la que alimentar. Y bastante había hecho ya el amo con haberle dado un trabajo también al hijo. No quería ir otra vez mendigándole. Haberlo pensado antes, dijo la mujer, recordándole, con un mimo que acabó brusco en la entrepierna, aquella siesta que no durmieron. Así que lo iban a celebrar porque, ya que no pueden elegir, porque la esposa había decidido tirar adelante el embarazo, van a tomárselo de la mejor manera posible. Y el primer paso es ése, celebrarlo, sacar la botella de vino secreta y brindar un poco. Los más pequeños que sólo se mojen los labios, pero que celebren también, a llenar todas las copas. En total: seis.

Y ahora qué pasa con mi nombre.

Interroga Benjamina que había escuchado incontables veces la historia del mismo. Todos la miran y se ríen un poco aunque en el fondo todos se hacen la misma pregunta y tiemblan como una hoja. Su madre se levanta, acude a la silla donde Benjamina está sentada, la coge por las axilas y la sienta encima de su falda. La barriga ya abulta un poco y a Benjamina no le hace ninguna gracia tenerla tan cerca de su espalda, estando antes tan lisa y libre. Le acaricia el pelo y le dice que, para ella, siempre será su pequeña. Después le da un beso en la cabeza. En el silencio, el hermano mayor, que es el que trabaja en la tierra con su padre porque con un sueldo no llegaban, piensa que, así, su hermano, el que va después de él, sabrá lo que es bueno. Sabe que, con un miembro más en la familia, no quedará otra que se ponga a trabajar con ellos. Lo que no sabe nadie, sólo la curiosa Benjamina que a veces espía a sus hermanos y sabe todas sus intimidades, es que el maestro Arcadio, a escondidas del pueblo y del amo, está enseñándole a su hermano para que pueda ayudarle en las clases, dándole un sueldo suficiente como para que no tenga que trabajar en el campo

ni en ninguna otra cosa.

Siempre se compara con él. Todos lo saben y evitan cualquier tipo de conflicto, pero el mayor constantemente se mide con su hermano. Será porque se da cuenta de que siempre sale perdiendo que lo sigue haciendo, por si en algo pudiera ser mejor que él. El que va antes de Benjamina no piensa nada con respecto al hermano que va a tener, está mirando a todos lados por si, en un momento en el que se despisten, puede beber un poco más de vino. Con mojarse los labios no le basta y además quiere saber cómo es beber más. Cómo es beber. Emborracharse. Porque alguna vez ha ido a buscar a su padre a la taberna, que se lo ha pedido su madre, y se ha encontrado con todos los hombres allí, borrachos, a veces llorando y peleándose, a veces gritando y peleándose, a veces riendo y peleándose, a veces bailando y peleándose. Le gusta cómo huele el vino, el color que tiene, el sabor que le deja en los labios cuando su madre lo está vigilando y no puede saborearlo como él quisiera. Tiene ganas de hacerse mayor para poder beber alcohol e ir a la taberna con su padre y decir:

Esta ronda la pago yo.

Quiere irse de Belfondo para llegar a una taberna y que nadie le mire con lástima pensando que es tan joven y su padre es éste o aquél, quiere ser desconocido, pedir un vaso de vino y que se lo den por unas monedas o por compasión o por lo que sea, pero que se lo den, sin esconderse. Y para eso también tendrá que creer. Porque un día vio a su padre decir lo de la ronda y, aunque luego al llegar a casa su madre se enfadó porque no tenían dinero para gastarlo en la taberna, le da igual, quiere hacer lo que hace su padre. Absolutamente todo lo que hace su padre. También dar besos a las muchachas como él por las noches se los da a su madre, que una vez los vio porque tenía sed y fue a beber agua y los vio en el salón medio desnudos dándose besos. Le encantaría ser su padre. Y se pregunta cuánto falta para que eso llegue. De momento, está intentando evitar la mirada de todos para ver si puede acabarse lo que le queda en el vaso. Y ya se ha encargado de mirar bien dónde guarda después su padre la botella. El segundo está mirando a Benjamina, que está encima de su madre, sentada. Sabe que, por la noche, va a aparecer en su habitación y le va a decir que tiene miedo. Aunque esta vez lo que tiene no es miedo, sino celos. Sólo que Benjamina no lo sabe porque nunca los ha sentido. Él, en cambio, sí. Siempre ha sido la pequeña y por eso la que más atenciones ha recibido, además de ser la única chica de todos los hermanos. Benjamina, por su parte, no deja de pensar en todas las cosas que ahora hace ella por ser la pequeña y que pronto tendrá que dejar de hacer por ser la segunda más pequeña. Piensa en el pozo que tienen en la entrada de casa, en el agua caliente que saca a veces de él porque siempre que hay sol le da. Piensa en cuando su madre la obliga a coger agua del pozo que hay dos calles más para allí porque le da la sombra todo el día y el agua está más fresca. Es lo único que le mandan a hacer fuera de casa. Dentro tiene que poner la mesa y hacer las camas y ayudar a su madre a hacer la comida. A veces pela patatas, a veces limpia los tomates, a veces pone montoncitos de arroz, hasta seis tiene que poner. Y eso siempre lo hace ella porque

sus manos son las más pequeñas de la casa y cabe en ellas menos cantidad, así no se pasan y se evitan tener que dejarlo para la noche porque ha sobrado o han querido que sobrara, porque es hambre lo que no falta nunca. Se pone a pensar en las manos de un bebé y casi le dan ganas de llorar y golpear la barriga de su madre que no deja de empujarla por la espalda, ahí sentada en la falda de su madre, de lo pequeñas que le parecen y del poco arroz que le cabrá a su hermanito nuevo.

Piensa en el camino que hay de su casa al pozo de la sombra. Sólo cuando va a sacar agua del otro está sola en la calle. Son sólo dos calles, pero se le hace un mundo. Al principio le daba un poco de miedo. Tanto si había gente como si no. Sobre todo aquella vez que, estando de puntillas para coger el cubo lleno de agua, un perro abandonado se le acercó y le olisqueó el trasero, empujándola un poco hacia delante, apretándole la cintura contra la piedra fría del pozo. El cubo se le escapó de las manos y se mojó entera. Como pensó que su padre se enfadaría si la viera así, se quedó sentada al sol hasta que se secó. En aquel rato el perro se quedó a su lado, mirándola y, cada vez que se acercaba a olerla, Benjamina hacía un aspaviento con la mano y lo espantaba, como si fuera un mosquito. Ahora no puede dejar de pensar en todo eso que hace. Todos los días que va a por agua está ahí el perro. Sabe de sobras que no puede llevárselo a casa, aunque le dé pena, aunque le empiece a gustar y ya no le tenga miedo, porque no hay comida para él.

¿Pero sí para ése que va a nacer?

Todos los días se lo explica: le coge de la cabeza y le levanta una oreja y ahí, muy cerca, se lo cuenta todo. No le ha dicho a nadie lo del perro, sólo a su hermano, el segundo, porque por las noches a veces va a su cama porque tiene miedo y porque se ha hecho pis en la suya y, mientras se seca, se va a la cama de su hermano. En esas noches le cuenta sus secretos, aunque él no se los cree porque Benjamina es demasiado pequeña y nadie le hace demasiado caso. Para Benjamina, él es su hermano preferido, porque, aunque a lo mejor no se la toma en serio y además está un poco dormido, hace como que sí y, por lo menos, por las noches la acoge en su cama, cosa que, las primeras veces que lo intentó en las camas de los demás, no le dejaron.

Una noche acudió a la cama del hermano más mayor y se lo encontró desnudo, acariciándose con las sábanas y, al verla, le dio una bofetada en la cara. Desde entonces sólo prueba ir a la cama del hermano del medio, que siempre, sea la hora que sea, la acuna entre sus brazos. Nunca le ha contado a sus padres que a veces duermen juntos. Es un secreto, como lo del perro. Y también es un secreto, por su exclusividad, que Benjamina, desde que es amiga del perro y en casa pasa más desapercibida que nunca por el embarazo, se comporta como el animal, por no tener más ejemplo que el suyo. El primer día, después de tanto rato porque se había quedado al sol secándose de nuevo por culpa del perro, se acercó sin que se diera cuenta a su madre y le olisqueó el culo. Se dijo que olía a mimbre, como la silla donde siempre se sienta, así que se fue a la silla a olerla.

A estas alturas ya ha olido todas las camas y todas las sillas y a su hermano, con

el que duerme, lo ha oído entero. Ahora está pensando, sentada encima de su madre, después de saber que está embarazada, que por la noche se va a meter en la cama de sus padres sin que se den cuenta y, cuando estén tan dormidos que no puedan despertarse por nada del mundo, se va a colar entre las sábanas, le va a levantar el camisón a su madre, le va a quitar las calzas y va a intentar oler al niño que hay dentro de ella.

Porque Benjamina está convencida de que va a ser otro varón.

La funeraria

Petronilo, como todas las mañanas, lo primero que hizo fue palpar a tientas la mesilla de noche hasta encontrar las gafas de ver. Se despertaba siempre a las seis y nunca se quedaba dormido. Su mujer, aunque no trabajaba en la fábrica, se levantaba a la misma hora que él y, cinco minutos antes de la hora, siempre se desvelaba. Era como un reloj. Mientras Petronilo se ponía la ropa de trabajar, Domitilda le preparaba el desayuno. Siempre el mismo: una taza de leche y un trozo de pan que Petronilo metía dentro de la taza y después escurría en el borde de la misma. Domitilda, que se sentaba delante de él en la mesa pero sin desayunar, porque recién levantada no le entra nada, abría la boca como cuando se le da de comer a un niño pequeño. Y siempre tenía preparado un pañuelo en la mano por si se le caía alguna gota de leche por la barbilla. Cosa que siempre pasaba.

Aquel día fue como todos los demás días desde que habían llegado a Belfondo. Hacía ya... hacía mucho tiempo. Antes de salir por la puerta, le daba un beso en la cara a su mujer y Domitilda automáticamente se iba a la ventana desde donde le decía adiós con la mano. Una y otra vez, con la mano, adiós, adiós, una y otra vez, aunque no se girara al llegar al árbol más grande del pueblo, adiós, adiós, con la mano.

Petronilo pensaba, aunque nunca se lo contó a nadie, que quería que llegara el día en que toda aquella rutina cambiara, salir de Belfondo, trabajar quizá en otra fábrica, decir adiós a su mujer con la mano, pero en otra casa, que un árbol no le resultara tan conocido y viejo como él, lo pensaba y se guardaba el secreto porque sabía que si se lo contaba a su mujer se sentiría menospreciada y un poco vacía. Cuando ya estaba Petronilo más cerca de la fábrica que de su casa, Domitilda pensaba: se me ha olvidado decirle que se acuerde de hacerme la señal cuando salga del turno de mañana. Pero Petronilo siempre se acordaba.

A media mañana, Petronilo estaba en su lugar de trabajo y se empezó a encontrar mal. Simplemente se encontraba mal. No sabía cómo explicar lo que le pasaba, pero se encontraba mal. No estaba como cuando estaba normal. Con el miedo en los pies, como advirtiéndole que era un castigo por haber soñado con otra vida mejor que la que tenía, rezó algo rápido y pronto se arrepintió y le dijo a cualquier Dios que ya estaba bien como estaba, por si el mal amilanaba, por si conformándose podría vivir. Y en ese momento, antes de que pudiera decirle al compañero que tenía al lado que no se encontraba del todo bien, su corazón se paró. Así es. Sin más. Su corazón se paró y se desplomó allí mismo. Su compañero lo miró y, al verle la cara, supo que estaba muerto. No había visto nunca a un muerto, pero lo sabía. Podía ver en el rostro de Petronilo la muerte. Y pidió ayuda para cogerlo y llevarlo a alguna parte. Lo cogieron entre cuatro hombres. Y, una vez arriba, no supieron dónde llevarlo. Nadie hasta el momento había muerto en Belfondo. Y no sabían qué debía hacerse en esas circunstancias. Sabían cómo moría la gente en otros lugares en los que vivieron antes, pero no ahí, donde la mirada del amo lo supervisaba todo. Se miraron los cuatro,

Petronilo empezaba a pesar, lo reposaron un momento en el suelo, tomaron aliento, volvieron a cogerlo. Al final se decidieron y mandaron a uno de los niños que trabajaba en la fábrica a que fuera corriendo a la casa del amo y le dijera lo que había ocurrido.

Y qué ha ocurrido, preguntó el niño sin poder apartar la mirada de Petronilo.

Por el camino, el niño fue diciendo: que Petronilo ha muerto y no saben dónde llevarlo, que Petronilo ha muerto y no saben dónde llevarlo. Se encontraba con gente por la calle que le preguntaba adónde iba si tenía que estar en la fábrica. Y él decía: que Petronilo ha muerto y no saben dónde llevarlo, que Petronilo ha muerto y no saben dónde llevarlo. Así empezó a saberse en Belfondo que Petronilo había muerto. Nadie quería decírselo a Domitilda. Y no hizo falta porque, cuando salieron todos los hombres del primer turno de mañana, no vio a Petronilo como lo había visto todos los días desde que habían llegado a Belfondo, no le hizo la señal, no pudo porque no salió siquiera de la fábrica. Y supo que algo terrible había ocurrido. Y algo terrible había ocurrido y el niño que iba corriendo a casa del amo no podía apartar de su cabeza la cara de Petronilo. Su cara muerta. Cuando llegó a casa del amo, dijo:

Que Petronilo ha muerto y no saben dónde llevarlo.

El amo salió corriendo hacia la fábrica y el niño tras él. Cuando llegó, cogió a Petronilo, lo montó en una mula y se lo llevó a su casa. Tuvo que morir, el pobre Petronilo, para poder descansar su enorme trasero en la cama del amo. En vida le habría hecho mucha ilusión. Y tantas cosas le habían faltado por hacer, tan casi viejo como era y tanto que tenía pensado aunque en el último momento se hubiera arrepentido, aunque intuyendo la muerte hubiera creído que mejor Belfondo que la eternidad, tantas cosas ahora ya caducas. El amo mandó a un trabajador a contarle a su mujer lo que había ocurrido, pero su mujer ya lo sabía.

Aquella misma noche se organizó una reunión para hablar sobre el tema. Nunca se había muerto nadie, por lo tanto no tenían cementerio, no tenían funeraria, no tenían un hombre que llevara todo aquel asunto. La reunión era para elegir al que se encargaría, a partir de ahora, de los muertos. Por supuesto, cuando el amo preguntó si había voluntarios, todos hicieron como que no iba con ellos la cosa.

¿La muerte no iba con ellos, de parte de quién estaba?

Entonces se levantó y dijo: os doy una semana, recordad, una semana, para que escribáis un epitafio para Petronilo. Ni un día más ni un día menos. Iba a ser como un concurso: el que lo ganara, sería el encargado de enterrar a los muertos y de poner el resto de epitafios del pueblo. Es decir, sería el propietario de una funeraria que acababan de crear en aquel momento. Todos se miraron y pensaron que el amo se estaba volviendo loco. Aunque no era la primera vez que lo pensaban. Pero volvieron a pensarlo y con más fuerza, porque tratar aquel tema de la muerte de Petronilo con un concurso de epitafios no era lo que se esperaba del amo de Belfondo. Y fue ahí cuando muchos de ellos empezaron a preguntarse qué esperaban exactamente del amo. Y sólo esperaban, para ser sinceros, que les diera trabajo, comida y cama. En

ese orden.

Todos se fueron muy inquietos a casa: más por la idea de tenerle que buscar un epitafio a Petronilo que por la misma muerte. Por supuesto, a aquella reunión, ni Domitilda ni su hijo acudieron.

Durante la semana del concurso, la gente comentaba sus epitafios. Unos a otros intentaban recordarse cómo era Petronilo, como si ya lo hubieran olvidado por el tiempo y la lejanía, se contaban anécdotas sobre él, intentaban buscar en sus imaginaciones dormidas algo que decir. Y la mayoría tuvo sentimientos encontrados: querían ganar el concurso, pero no querían enterrar ni a Petronilo ni a los demás que se murieran. Pero en Belfondo había un hombre capacitado para, sino enterrar a los muertos, para buscarles un epitafio.

Horacio es poeta.

Nadie lo sabe, ni siquiera él, pero es poeta. Por las noches duerme poco y se dedica a escribir poemas en una libreta que le ha costado tres raciones de comida. Su mujer casi lo echa de casa al enterarse. Cuando el amo propuso el concurso, no se quedó, como los demás, comentando en la plaza la locura y el atrevimiento. Se fue corriendo a su casa, abrió su cuaderno y empezó a escribir todas las cosas que se le ocurrían sobre Petronilo. Horacio era el hombre que necesitaba Belfondo. Pero también su condición de poeta y de amante de las palabras y de la belleza lo convertía en la persona más débil para aquel trabajo. La más sensible y susceptible de todo Belfondo. Aunque nadie lo supiera, aunque ni siquiera él lo supiera. De todos modos, tampoco dependía mucho de Horacio la decisión de ser el propietario de la funeraria. Para variar, la última palabra la iba a tener el amo.

Siempre, todo, el amo.

Una semana más tarde se haría el concurso y Horacio sólo tenía anotadas, a días del momento, ideas y anécdotas de Petronilo. Algunas de su memoria, algunas que había escuchado en la calle y que no recordaba. Cuando ya todos estaban sentados y reunidos y con un papel pequeño, arrugado y sudado en las manos donde guardaban el epitafio, Horacio estaba en su casa. Justo, justo en ese momento, le había venido la inspiración que le había flaqueado durante la última semana. Salió corriendo de su casa y metió su papelito arrancado de la libreta de poemas en la urna donde ya reposaban todos los epitafios de Belfondo. La esposa del amo, que sólo se dejaba ver en ocasiones tan especiales como la que estaban viviendo, era la encargada de meter la mano y sacar un papel y leerlo con esa voz que tiene la esposa del amo, leerlo en voz alta.

Los epitafios eran anónimos. Sólo tenían un número que iba diciendo la esposa del amo en cuanto lo sacaba: el primero era el uno, el segundo era el dos, el tercero era el tres. Así funcionaba. Y, al acabar, cada uno tenía que elegir el número del epitafio que más le hubiera gustado. Cuando acabó de decirlos todos, muchos tenían apuntados en la cabeza más de un número y le hacían repetir el epitafio en voz alta a la esposa del amo, con aquella voz que tenía la esposa del amo. El del poeta, al ser

escrito con rapidez, fue el que más le costó de leer.

Ganó el epitafio de Horacio, claro, por mucha diferencia del segundo que más había gustado. El segundo fue el del cartero, aunque a nadie le importó. Cuando preguntó el amo de quién era, a Horacio no le salía la voz. No tenía demasiado claro si las consecuencias de haber ganado eran las que él buscaba. Y, por otra parte, también era la primera vez que alguien que no fuera él mismo leía una cosa que había escrito. Dijo:

Es mío.

Y todos se giraron hacia él haciendo un ruido al unísono. El amo se le acercó y le dijo que, a partir de aquel momento, él iba a ser el encargado de enterrar a los muertos, empezando por Petronilo, de vestirlos por lo tanto para la ocasión y de prepararlos para que los familiares pudieran despedirse de ellos en condiciones. También, y supo enseguida Horacio que aquello sería lo único de su trabajo que le gustaría, tendría que escribir los epitafios de todos. Aclaró ya el amo que, aunque no iba a trabajar tanto como el resto y sólo Dios sabía cuándo sería el siguiente muerto, no iba a tener más compromiso que el de enterrar. Bastante difícil era la tarea como para añadirle alguna más. Muriera la gente que muriera en Belfondo, él tendría su sueldo fijo. Lo cual le permitiría a Horacio escribir tanto como quisiera. Y así fue. Tardó muchísimo tiempo en morir el siguiente habitante de Belfondo y, como le ocurrió con el concurso, bajo presión, la inspiración desapareció y no sabía qué epitafio escribir para el difunto. Así que tomó una decisión: escribiría los epitafios cuando estuvieran en vida y así ya los tendría. Al principio era un secreto, se sentía obsceno escribiendo aquellos epitafios de gente viva. Después se lo acabó tomando como algo natural y, alguna vez que se había emborrachado en la taberna, harto de estar encerrado en su casa escribiendo poemas y volviéndose un poco loco, se había acercado a un hombre y le había dicho, apuntándolo con el dedo:

Ya tengo tu epitafio, puedes morirte cuando quieras.

Después se reía de una manera escandalosa. Y ocurrió lo que se temía: con las semanas, se le acabaron los habitantes de Belfondo. Ya sólo quedaban por escribir dos epitafios: el suyo y el de su mujer. Una noche, cuando estaban ya tumbados en la cama después de haber hecho el amor como si fueran sus últimos días en el mundo, Horacio, sin apartar la mirada del techo, dijo:

Hoy he escrito tu epitafio, amor.

El cura

La señora Maclina tiene los suficientes años como para haber vivido en más sitios que en Belfondo y recordarlos desde lejos. Primero estuvo viviendo con su familia en un pueblo del sur donde había un río al que iba a jugar con sus hermanos. Jugaban incansablemente a tirar piedras al agua y hacer que rebotaran. No era un sitio muy grande, los sitios donde ha vivido la señora Maclina siempre han sido más o menos pequeños, así que conocía a todos sus vecinos. Los que vivían en su misma calle y los que no. Se hizo muy amiga del zapatero y, cuando llegó a casa con unas sandalias de piel nuevas, la madre le dio una bofetada. Dónde se había visto que en su casa se aceptaran regalos tan caros como aquél. No eran pobres. Eso lo decía la madre, pero sí eran pobres y la señora Maclina estaba ya harta de tener heridas en las plantas de los pies y en el corazón. Por eso, cuando tuvo quince años, se marchó de allí. Cogió los zapatos aquellos que, debajo de la cama, escondidos, habían perdido todo el brillo, y empezó a caminar en línea recta. Anduvo tanto que llegó a un sitio donde había, incluso, coches. Siempre lo cuenta la señora Maclina cuando Beremunda la veinte pesetas cuenta sus aventuras de fuera de Belfondo.

La señora Maclina se hace respetar por eso, porque tiene los suficientes años como para haber vivido en más sitios. Los demás apenas se acuerdan de dónde estuvieron antes de Belfondo porque han preferido olvidarlo, eso si es que llegaron a estar alguna vez en otro sitio que aquél, porque algunas generaciones ya crecieron ahí, en Belfondo. Y para ellos sólo existía un amo. Y eso que la señora Maclina les asegura que, amos, hay en todas partes y de muchas maneras. Y que han tenido suerte con el que les ha tocado. Eso lo asegura la señora Maclina, aunque nadie la cree.

Nunca había visto la señora Maclina un auto, fue allí, en el pueblo al que llegó con quince años, con sus sandalias regaladas, donde los vio por primera vez. Y, en ese momento, hasta entonces no, pero, en ese momento, se acordó de su madre, que seguramente se moriría sin ver un coche como el que ella vio en aquel sitio, y sonrió satisfecha. Beremunda dice que ella no sólo los ha visto, los coches, sino que se ha montado en ellos y ha hecho cosas increíbles. Cuando lo dice, se acerca a algún niño pequeño que tenga cerca, le tapa los oídos y se ríe como una gallina. Pero en Belfondo nadie tiene tantos años como la señora Maclina, ni tanto pasado tampoco.

Estuvo viviendo en varios sitios más, donde nunca fue feliz, hasta llegar a donde se ha quedado, Belfondo, y a nadie le ha dicho los nombres de esos pueblos. Se corre el rumor de que la señora Maclina sólo sabe que decir mentiras, pero ella no quiere ni escuchar hablar del tema. De los pueblos en los que ha vivido siempre habla de una cosa, la única que han tenido en común todos ellos: la iglesia. La señora Maclina es una persona muy creyente, así se define ella: una persona muy creyente, y necesita confesarse constantemente, no porque peque, sino por... por puro placer, y necesita rezar y necesita también acudir a misa todos los domingos. No había faltado, en ninguno de los pueblos en los que había vivido, ni un domingo a la iglesia. En

algunos de los pueblos incluso no había cura hasta el domingo y el resto de días uno iba a la iglesia con su rosario y se servía de Dios como pudiera o quisiera. No, no había faltado nunca, ni con cura ni sin cura.

No hasta que llegó a Belfondo, que no tenía ni iglesia ni cura ni siquiera un Dios. Sólo tenía al amo, pero el amo no le bastaba a doña Maclina. Así que se acercó una tarde a la casa del amo con un rosario en la mano.

¿Usted sabe qué es esto, señor?

Y el amo, descreído y escéptico como es, y un poco irónico, contestó que un colgante. En ese mismo momento, la señora Maclina se santiguó. Como tiene los años que tiene, Maclina, y eso le ha permitido vivir y conocer muchos mundos y mucha vida, trata al amo con bastante familiaridad. Al principio al amo le ponía un poco nervioso, pero ha acabado por aceptarla así como es, así con todos sus años y todas sus manías. Le dijo siéntese que voy a contarle lo que es un rosario. Y así, durante horas, estuvo hablándole al amo de las iglesias en las que ella había estado, de los curas que había conocido, de las monjas que la habían ayudado, de ese Dios que la socorre siempre que lo ha necesitado, de esa fe suya que movería montañas, mon-ta-ñas, como se lo digo, y de la falta que le hacía a Belfondo un sitio en el que rezar, una casa de Dios, un lugar con imágenes divinas al que acudir todos los domingos, o sólo un lugar con bancos donde sentarse a pensar y pedir, pensar y pedir.

¡Una salvación!

Maclina hablaba por sí misma, pero se podía intuir, bajo su voz aguda, la de todo el pueblo. Pero el amo no creía en ningún Dios y no tenía intención de creer nunca, sabía muy bien, o creía saber muy bien lo que hacía al no poner imágenes divinas en ése, su lugar, como si fuera su casa, como si allí sólo él fuera a vivir. Sin embargo, aceptó. Así, rápido. No había pasado ni una vez ni dos que el amo, al aparecer por la plaza, viera a Maclina rodeada de gente escuchando sus historias de pueblo donde, por supuesto, tenía un gran protagonismo Dios. Tampoco era la primera vez que el amo se preguntaba qué pasaría si existiera una iglesia, la iglesia, su iglesia. Desde luego había habitantes que habían vivido, como Maclina, aunque menos tiempo, en otros pueblos, digamos, creyentes. Pero a la mayoría le bastaba el amo, le bastaba el trabajo, la comida, la cama. Pero como una epidemia, la necesidad de Maclina por recobrar la fe se fue extendiendo por todo Belfondo. Y eso el amo lo sabía. Y pensaba actuar en consecuencia. Aceptó, entonces, a poner la iglesia. Aceptó por Belfondo, por los habitantes de su pueblo. Pensó que no les iría mal un poco de una fe a la que aferrarse cuando las cosas se ponen feas. Porque las cosas, a veces, se ponen feas. Y en Belfondo no iba a ser menos.

Se acordó entonces el amo de su madre, de cuando murió su hermano y ella pudo superarlo diciendo que se iba a una mejor vida, se acordó de todas aquellas preguntas que él se hacía ya desde pequeño y que su madre, con la ayuda de Dios, o por la culpa de Dios, no se hizo nunca. Y se dijo que el pueblo necesitaba esa dosis de fe, o esa dosis de idiotez que arrastra a la fe. Así era el amo frente a Dios y la religión. Sin

embargo, aceptó poner una iglesia. Desde fuera, ilógicamente, aceptó la petición de la señora Maclina. Por supuesto ella ignoraba las intenciones del amo, ignoraba por completo la maldad que se escondía tras el trato. Sólo había un problema y no uno cualquiera:

No tenían cura.

Como para todo a lo que se le buscaba solución, el amo convocó una reunión para ver si había alguien con suficiente valentía y arrojo como para plantarse en el altar de una iglesia y hacer que el pueblo se convirtiera a esa religión nueva. Porque una cosa tenía clara el amo y es que la fe de Belfondo sería diferente al resto de fes. El Dios de Belfondo sería diferente al resto de Dioses. Claro que eso no lo dijo. En el pueblo no hubo nadie que el amo viera capaz de hacer aquel trabajo. Sin embargo, a la reunión faltó una persona, sólo una: Sontano.

El amo lo sabía. Como sabía también que aquél era el hombre que necesitaba su iglesia. Sontano es el único ciego de Belfondo. Al ser el único, se ha convertido en un marginado. Incluso en su familia. Su madre opina que es un inútil que no sabe hacer nada sin ayuda. Sontano se ha cansado de pedirla, la ayuda, a base de no recibirla, con lo cual no hace absolutamente nada. Ni siquiera acudir a las reuniones del amo que son de asistencia obligatoria a menos que estés enfermo. A Sontano lo han convertido entre todos en un enfermo crónico. Antes de dar por finalizada la reunión, el amo se acercó a la madre de Sontano y le pidió permiso para ir a verlo aquella misma noche. Le prometió que Sontano dejaría de ser un inútil y, la mujer, que tenía una confianza enorme en el amo, por un momento pensó que le devolvería la vista.

Por suerte o por desgracia, el poder del amo no era tan fuerte.

Pero quería proponerle algo que cambiaría su vida. La de Sontano y también la de su madre, que ya no sabía qué hacer con él porque no se podía, aunque se quisiera, nada. Cuando el amo llegó a casa de Sontano, lo encontró de pie en medio del salón. Como siempre se movía con la ayuda de alguien, se había perdido en su propia casa y había decidido quedarse parado ahí hasta que todos volvieran de la reunión. Estaba a punto de romper a llorar cuando escuchó la puerta y se secó de un golpe las mejillas. El amo, que nunca había visto a un ciego, se preguntó si también ellos podían llorar.

Ellos, los ciegos.

Y naturalmente que podían, porque Sontano no había dejado de hacerlo desde que había nacido. Sontano bien sabe lo que un ciego puede llorar aunque no pueda ver sus propias lágrimas, sin saber que nadie puede verlas de tan transparentes.

Pero algo se verá de las lágrimas, ¿no?

Sí, pero apenas nada.

Lo cogió del brazo con suavidad y le dijo quién era. No iba a poder reconocerlo por la voz porque nunca lo había escuchado. Sontano no se lo creía, creía que era su padre o su hermano tendiéndole una trampa más, hasta que su madre, de un chillido, le dijo que dejara de hacer el imbécil. El amo tenía un plan: ateo como era no confiaba en que nadie, con la posibilidad de ver, fuera capaz de creer en un ser

superior. Se puede obedecer a un ser superior, pero no creer en él. Estaba convencido de que nadie en su sano juicio sería capaz de justificarlo todo con un Dios. Todas las miserias, todas las desgracias, todas las injusticias. Incluso su superioridad en Belfondo. Eso, un Dios, no lo permitiría. Por eso Sontano era el hombre que estaba buscando. Un hombre virgen, por así decirlo, que no podía ver, que se tenía que fiar de la palabra de los demás, hasta de la suya, un hombre marginal como era él, era la persona indicada para ser el cura de Belfondo. Por supuesto a Sontano le soltó otro discurso mucho más entusiasta. Le dijo que todos podían verlo, a él, al señor del cielo, que era bondadoso, que era el creador del cielo y de la tierra, que era omnipotente y que él, él, Sontano, era el elegido para traer la palabra de Dios a todos los demás.

Sontano se preguntó cómo, hasta entonces, no había sabido nada de él. Del Dios.

Pero eso era algo fácil de salvar, aquélla era una duda con la que el amo contaba. Y, gracias al maltrato, al aislamiento que había sufrido en su casa, pudo convencerle de que ni su madre ni su padre ni sus hermanos se habían preocupado de hacérselo saber. Pero que había llegado su hora. La hora. Y Sontano por primera vez se sintió útil. Y aceptó, por supuesto, qué otra cosa podía hacer, como se decía constantemente el maestro. De todas formas, le advirtió al amo de que nunca había escuchado esa tal llamada, que jamás se le había presentado ese tal Dios y que no sabría defender esa fe a la que todos son tan fieles. El amo le aseguró que pronto ocurriría. Y que allí, encerrado como estaba siempre en su habitación, cómo iba a encontrarlo Dios. Tan en la oscuridad como había estado su vida, cómo iba a creer Dios que era el elegido.

Que abriera las ventanas, que abriera el alma.

Medio gritando lo dijo el amo, con los brazos abiertos pero sin aprecio ninguno. Al día siguiente anunció que, a partir de aquel momento, Sontano sería el cura de Belfondo. Y que ya había mandado construir la iglesia. Tan pronto como pudieran, asistirían a confesarse siempre que quisieran y los domingos podrían ir a misa a escuchar a Sontano.

La señora Maclina sonrió muchísimo. Mientras algunos trabajadores de Belfondo se ocupaban día y noche de que la iglesia estuviera construida cuanto antes, la esposa del amo acudía todas las noches a la ventana de Sontano, que estaba abierta de par en par, y se dirigía a él haciéndose pasar por ese Dios del que hablaba el amo. El día que la iglesia se abrió para todos, el amo se acercó a Sontano para preguntarle si ya había recibido su llamada y Sontano dijo que sí con la cabeza. Las primeras palabras que dijo en cuanto se subió al altar, con la ayuda de su orgullosa madre, fueron:

Señores y señoras de Belfondo, Dios es una mujer, una hermosa mujer.

Y todos aplaudieron confundidos. La señora Maclina no pudo contener la emoción y lloriqueó como una niña de quince años con zapatos nuevos.

La prostituta

Beremunda, aunque muchas mujeres de Belfondo no lo creen o no quieren creerlo, es una de las personas más afortunadas del pueblo. Su condición de prostituta le permite comer otras comidas, beber otras bebidas, hablar otras lenguas, vivir otras vidas. Porque la suya consiste en reinventarse todos los días. Y, sobre todo, todas las noches, que es cuando más los hombres solicitan su compañía. Si el señor Gramudio quiere que Beremunda se convierta, por el rato que pasan juntos, en una mujer pobre, porque eso a él, quién sabe por qué, le excita: Beremunda se rasga las ropas y pone la mano para pedir. Claro que lo primero que cae sobre ella no es ni mucho menos una moneda. Si el señor que vive en Barasile quiere que Beremunda se disfrace de enfermera, una como aquéllas que me cuidaron en la guerra, guapa, cuando me alcanzó una bala, anda, guapa, porque sigue enamorado de la que tenía los rizos pelirrojos: Beremunda se viste de blanco y, haciéndose una herida en la mano, con la sangre se dibuja una cruz roja en una nalga. Por eso Beremunda vive todas las vidas que no le pertenecen y respira otro aire del que hay en Belfondo. Una vez instalados en Belfondo, ninguno de ellos se ha atrevido a salir de allí.

¿Pero es que ella sí, es eso cierto, mamá?

La mayoría de las mujeres eso lo ven una obscenidad, un descaro y una vergüenza para el pueblo, pero Beremunda es la persona más afortunada de allí. De eso no hay duda.

¿O sí la hay?

No hay nadie más, de todos ellos, que sepa qué diablos ocurre en el mundo. No hay nadie más que pueda comparar su realidad con el resto de realidades. Por lo menos con las actuales, que muchos de ellos pudieron llegar a ver, antes de vivir en Belfondo, otros mundos. Pero ninguno va tan rápido como el de ahora, asegura la puta. No hay ni una mujer en Belfondo que sea tan libre como ella ni tan independiente ni tan feliz.

Cuando Beremunda pasa unos días fuera y vuelve, los niños le preguntan qué ha visto esta vez. Sus madres no quieren que se mezclen con ella, pero es la única, la única, que puede permitirse el lujo de vivir fuera de Belfondo y volver porque quiere y no porque no tiene otra salida.

¿No la tenemos, mamá?

Todos los niños admiran a Beremunda. Todos los hombres la desean. Y todas las mujeres la odian. Pero Beremunda vuelve siempre con una sonrisa porque dice que aquélla es su casa y allí es feliz. También sabe que, si tuviera que vivir siempre en Belfondo, se cansaría.

Quiero decir vivir todos los días, a todas horas.

Beremunda no sabe hacer otra cosa que vender su cuerpo. Intentó coser. Mejor dicho: su madre intentó que cosiera, que se dedicara, como ella, a montar muñecas de trapo. Beremunda cogía las cabezas de las muñecas y se las cosía torcidas al cuerpo.

Nadie compraba las muñecas y tuvo que dedicarse a otra cosa. Intentó ser la cocinera de la única cantina que había en Belfondo, pero siempre se pasaba con la sal. Quiso ser actriz. El amo, una vez al mes, les trae una obra de teatro a Belfondo y ella, en cuanto vio la primera representación, supo que quería dedicarse a ello. Pero no tenía memoria para aprenderse los diálogos y tuvo que dejarlo. Pero sabe algo: cómo darles placer a los hombres. Eso lo sabe mejor que nadie. Mejor que todas las esposas.

Al principio lo hacía porque quería, no tenía ni idea de que, fuera de Belfondo, había mujeres que se dedicaban a ello, que comían de lo que les daba su cuerpo. Así que lo que hacía Beremunda al principio era estar con los hombres que le gustaban. Así era. Estaba con ellos porque quería. No le importaba si estaban casados, si eran mayores que ella, si no eran tan listos como ella esperaba. Estaba con aquellos hombres porque se divertía con ellos, porque se le daba bien estar con ellos, porque se olvidaba del resto de cosas, se dedicaba exclusivamente. Porque aprendía, no sabía muy bien a qué ni para qué iban a servirle aquellas cosas, pero aprendía, de eso no dudaba. Y se sentía bien, qué diablos, sabiendo que ellos la deseaban. Que la deseaban mucho, por otra parte.

Pero una vez acudió una prostituta a Belfondo. Nadie sabía de dónde había llegado, pero ahí estaba. Todos los hombres se acercaron a la barraca que se construyó al final del camino. Beremunda se acercó, como el resto de mujeres, para saber quién era aquella, qué quería de Belfondo, qué hacía allí. Y como no dejaban entrar a mujeres, Beremunda se vistió de hombre. Cogió la ropa de su hermano y se fue dispuesta a descubrir lo que hacían los varones de Belfondo en aquella barraca. Lo descubrió: aquella mujer, pensando que era un hombre, le dijo que lo único que no haría sería besarle los labios, que del resto del cuerpo le pidiera lo que quisiera. Pedía, por ello, treinta pesetas. Cuando Beremunda se desnudó y descubrió su cuerpo de mujer, la quiso echar. Pero entonces le puso sesenta pesetas sobre la mesa y le pidió que le enseñara todo lo que sabía hacer. No le quedó otra que aceptar.

Hicieron el amor.

Beremunda no sabía que las mujeres también podían hacer el amor entre ellas. Pero aquella prostituta lo sabía todo. Y lo hacía todo también, excepto besar en los labios. Cuando ella se marchó, Beremunda se quedó con la barraca e hizo de su cuerpo su trabajo. Y cuando le preguntan si le gusta hacer lo que hace, sin que nadie se atreva a decir con palabras lo que hace, responde que ella no tiene ninguna culpa de saber hacer bien solamente una cosa. Y por supuesto tiene menos culpa de tener un cuerpo tan deseable como el que tiene. Y lo dice acariciándose el escote y las conversaciones, en ese momento, se acaban hasta que ella, alargando la mano, dice: veinte pesetas.

No es secreto en Belfondo que Beremunda es prostituta. Todos lo saben. Y entre ellos, el amo, que, junto a las mujeres, no soporta la situación. Ellas porque Beremunda lleva a sus maridos a sitios que ni siquiera saben que existen, el amo porque considera que Beremunda, con todos los viajes que hace al exterior, es un

peligro. Y lo es: sabe cómo se viven las vidas, cómo comer otras comidas, cómo beber otras bebidas, cómo hablar otras lenguas. Y el amo teme que algún día Beremunda encuentre un lugar mejor que Belfondo y se corra la voz. Ese lugar existe, por supuesto. Aun así, no puede echarla del pueblo porque, igual que la fe o las obras de teatro o la enseñanza, el trabajo de Beremunda mantiene a los hombres satisfechos y sin mucho tiempo para pensar en lo que de verdad quieren. Y lo que de verdad deberían querer, según el amo, es la libertad. Pero lo que de verdad quieren ya se sabe qué es: tocar los pechos de Beremunda la veinte pesetas y tener la tripa llena.

El último escándalo de Belfondo es una historia que ha traído Beremunda del exterior. Lo ha contado ya varias veces, pero siempre hay alguien que trae a alguien que lo ha escuchado porque otro alguien se lo ha dicho por encima y quiere contrastar la información y, sobre todo, saber si es verdad. Y por supuesto que es verdad, todas las historias que trae Beremunda son verdad.

¿Lo son?

No como las de la señora Macli, dice, sabiendo que no le gusta que la llamen de esa forma. Así que, durante algunas tardes posteriores a las vueltas de sus viajes, la prostituta se convierte en cuentacuentos. Trabajos que parecen incompatibles pero que Beremunda ha sabido bien cómo unir.

Resulta que Beremunda se acostó con un hombre. Eso no era ninguna novedad. Lo que ocurría era que el hombre no era uno cualquiera. El tipo se había convertido en noticia en su pueblo y él lo que quería era desaparecer. Cuando Beremunda entró en su cuarto, lo encontró todo a oscuras. Primero pensó que era pura diversión, después se dio cuenta de que aquel tipo estaba enfermo.

¿Y qué le pasa, qué le pasaba?

Pues que hacía una semana había recogido dos cadáveres de un lago. Bueno, dos no, tres. Eran un matrimonio. La pareja había tenido un hijo hacía seis años que, a los dos de edad, tuvo un accidente.

¿Y qué le pasó?

Pues que lo dejó tonto. Lo dejó totalmente inútil. No podía moverse, apenas sabía hablar, no era capaz de expresarse de ninguna otra manera. Pero el matrimonio se sobrepuso, ¿sabes? Hicieron todo lo que pudieron por el niño y salieron adelante. Cuatro años después, el niño enfermó. Una enfermedad de esas que no se saben qué son ni de dónde vienen ni cómo se llaman. Y los médicos les dijeron que no podrían hacer nada por el chiquillo.

¿Y cómo murieron, cómo los encontró el hombre con el que estuviste?

Cuando el niño ya no tenía ninguna esperanza de vida, los padres lo llevaron a casa, porque estaba en un centro para niños enfermos, y se quedaron con él allí, esperando.

¿Esperando qué?

Esperando que muriera. Y, una vez muerto, la madre se metió al niño en un macuto. Y el padre se metió en otro macuto los muñecos del chico.

¿Y qué hicieron?

Se suicidaron. Se tiraron a un lago que había en el pueblo y allí se ahogaron los tres, aunque el niño ya estaba muerto. Y el hombre con el que Beremunda se había acostado los había encontrado. Acostado y sólo acostado, porque el hombre le pagó las veinte pesetas pero no le tocó ni un pie. Se puso a contarle la historia y nada más. Beremunda se desnudó, por compasión, y le dijo que no importaba si tenía que estar más tiempo de lo normal. Pero el hombre la rechazó. Los que estaban en Belfondo escuchándola no daban crédito, no podían imaginarse que la hubiera rechazado, más allá de la inverosimilitud de la historia que acababa de contar. Pero así era. Así fue. Y así lo contó Beremunda. Después contó que no aceptó las veinte pesetas porque su trabajo no era escuchar las desgracias de los demás, su trabajo era otra cosa y, por lo tanto, aquello que había hecho lo había hecho porque quería. Como una amiga, digamos. Muchos de los niños no habían entendido la mitad de la historia, pero estaban igualmente asombrados, dejándose llevar por las caras y los gestos de los demás que sí la habían entendido.

Beremunda se sentía orgullosa, ahí en medio, de poder contar lo que pasaba afuera, aunque sucedieran cosas desagradables, y también de haber obrado como había obrado. Cuando todos habían más o menos asimilado la historia, Beremunda se puso de pie y dijo: me enseñó uno de los muñecos que se encontró en aquel macuto del padre. Lo dijo con un tono que, se sabía, escondía algo. El qué, lo desconocían. Quisieron saber si lo había traído, entonces. Y Beremunda ya tenía preparada, con la mano detrás del vestido a punto de salir, una muñeca con el cuello mal cosido al cuerpo.

La taberna

Tertulino es un hombre de unos cuarenta años y es, entre otras pocas cosas como padre y esposo, el tabernero de Belfondo. Tiene un bigote muy poblado y muy negro que, cuando su mujer le obliga a quitárselo porque le pica cuando le da besos, parece que no tenga personalidad. Apenas tiene labio superior y se le queda una cara ridícula sin él. Cuando los hombres entran a la taberna y lo ven bien afeitado, se ríen a carcajada limpia, y cuando Tertulino vuelve a casa, le dice a su mujer que es la última vez que se quita el bigote. Aunque ambos saben que lo hará tantas veces como ella se lo pida. Y su mujer piensa pedírselo tantas veces como quiera. Pero ése no es el único complejo que tiene Tertulino con su cuerpo: es cojo. Por eso mismo no puede trabajar en la parcela de las tierras que el amo les regala a cada uno de los habitantes del pueblo. Por eso no puede trabajar en la fábrica. Por eso no puede ser el panadero que pasa todas las mañanas por la puerta de las casas haciendo sonar un silbato de color rojo. Por eso no puede ser tantas cosas que muchos desprecian pero él aceptaría encantado. Y también por eso Tertulino no puede pasar demasiadas horas de pie y se sienta los ratos que en la taberna no hay nadie o casi nadie. Se sienta tras la barra y, desde fuera, no se le ve. Es una silla de su casa, la que usa también su mujer para coser y su hijo para hacer las tareas de la clase. No se le ve, la cabeza le queda escondida por debajo y si es la primera vez que entras a la taberna, puedes llegar a creer que no hay nadie para servirte una buena botella de tinto. Hasta que Tertulino se levanta con algo de esfuerzo y va apareciendo poco a poco, como un muñeco al que recién le han cogido los hilos que van sujetos a cabeza, manos y pies.

Cuando acaba su jornada, tiene que llevar la silla a casa por si su mujer quiere coser o su hijo quiere hacer las tareas de la clase. Pero no siempre su estado de embriaguez le deja acordarse y se la olvida. A veces, cuando vuelve y ya es de noche y su hijo lleva toda la tarde esperando la silla que no trae Tertulino, tiene que volver a la taberna a buscarla y, de camino a casa, la va apoyando en el suelo y se va sentando en ella cada pocos pasos. Su mujer, desde la ventana de la cocina que da a la calle, lo va observando y se va diciendo que, pronto, pronto, muy pronto, se va a tener que cortar el bigote, que ya le llega por los dientes cuando se ríe y ahí se le queda toda la comida y toda la bebida.

Tertulino no bebe para olvidar porque no se acuerda de muchas cosas. Se acuerda de cuando era pequeño y jugaba en el río con sus cuatro hermanos. Se acuerda del olor que tenía la casa de su madre: de lentejas recién hechas. Se acuerda del día que conoció a su mujer en la plaza de Belfondo. Se acuerda del día que nació su hijo. Pero no se acuerda de muchas cosas más, tiene una memoria asombrosamente selectiva. Por eso no bebe para olvidar, como muchos de los que van allí a pasar horas y horas, pero bebe de todas formas.

En las noches que vuelve sentándose cada dos metros por la calle en la silla de la taberna, le dice a su mujer, porque ella le pregunta, que no le pasa nada, que no tiene

ningún problema por el que emborracharse, que no bebe porque lo necesite de la misma forma que lo necesitan los que van allí: lo hace unas veces simplemente porque le divierte y porque le gusta el sabor que le deja el vino en el paladar y otras veces porque se contagia de la tristeza de los demás que sí tienen algo que olvidar. Ella lo mira con lástima mientras limpia el vino que le ha caído a la silla durante todo el día: el hijo no utiliza la silla para sentarse, sino para apoyar ahí mismo las hojas de deberes.

Por ejemplo, explica Tertulino arrastrando las palabras y haciendo un gran esfuerzo por mantener los ojos abiertos, cuando va Amario a la taberna es porque su mujer lo ha echado de casa porque le ha pillado hablándose con Beremunda. Todos en la taberna, incluido Tertulino, incluido Amario, saben que acabará perdonándose, porque lo ha hecho las últimas veinte veces, pero Amario llega, se sienta y, con la cabeza apoyada en la barra y el pelo lleno ya de la bebida que había volcado en ella, pide una taza de vino. Porque, cuando está triste, no le vale con un vasito de esos pequeños en los que se bebe el vino.

Amario empieza a contar, como si ahí mismo estuviera su esposa y tuviera la necesidad de justificarse o como si alguno de los que hay en la taberna fuera a contárselo después, que él sólo miró a Beremunda por curiosidad y entonces ella le saludó, pero que jamás ha estado con ella, que las veinte pesetas que había de menos en el sueldo se las había gastado en la taberna. Y lo dice buscando la complicidad de Tertulino y él, con profesionalidad, dice que naturalmente. Pero todos saben que anda medio enamorado de Beremunda y que a veces le paga y no es capaz ni de acabar de hacérselo porque se pone nervioso al verla desnuda. Tertulino, entonces, se pone en la piel de Amario y sufre. Sufre porque ha escuchado tantas veces la misma historia que ya conoce perfectamente los detalles y se la ha apropiado. Lo malo de los borrachos, piensa Tertulino, es que no se acuerdan de que lo que van a contar ya lo contaron con anterioridad.

Pero Amario sólo va a la taberna cuando está triste y la historia con su esposa no se hace tan repetitiva como la de Gualberto, que aparece por allí todas las tardes, a la misma hora, las seis, y se queda siempre hasta las diez. Que se repita Amario es más soportable que lo haga Gualberto. Pero lo malo de los borrachos es que apenas recuerdan, porque beben precisamente para olvidar. Gualberto sólo sabe hablar de una cosa: de aquella vez que estuvo a punto de matar un jabalí y no lo hizo. Cuando lleva un vaso de vino de más, lo cual significa que ha tomado más de diez, se pone a describir minuciosamente el momento. Y cada vez lo cuenta de una manera diferente. Pero la esencia siempre es la misma, Tertulino la conoce bien: se encontró aquel bicharraco dando un paseo por la montaña, sacó su rifle, porque Gualberto tiene un rifle que lleva siempre consigo cuando va a dar un paseo, por lo que pueda pasar, y cuando fue a disparar, salió un tapón de corcho que sólo le dio en el lomo al animal y después salió corriendo asustado. Por lo visto su hija había andado jugando con él y su mujer le había quitado las balas y le había puesto tapones para que no se hiciera

daño. Pero nadie le había avisado y llevaba Dios sabe cuántos meses paseando su rifle descargado. Por eso el jabalí se le escapó. Eso, a Gualberto, le marcó de por vida y todas las tardes lo cuenta en la taberna de Tertulino. Desde aquel día, todo Belfondo lo sabe, Gualberto no le dirige la palabra a su mujer. Lo que nadie se explica es, entonces, cómo puede estar embarazada de cinco meses. Gualberto, las noches que tiene público, se crece y asegura que él no es el padre de la criatura. Pero no es cierto, dejó embarazada a su mujer la única noche que no bebió, que no apareció por la taberna. Fue el día en que Petronilo murió. A todos la noticia les había impresionado lo suficiente como para que, aunque fuera por unas horas, se replantearan sus vidas enteras y quisieran mejorarlas. Y, entre ellos, Gualberto, que habló con su mujer, le preguntó por qué lo hizo y, después, la dejó embarazada.

Son historias como éstas las que hacen beber a Tertulino. Su mujer sigue sin entender que aún le afecte lo que los muchachos le cuentan en la taberna. Podía comprender que, las primeras noches, viniera consternado. Allí, los hombres se desnudan por completo y Tertulino no estaba acostumbrado a hablar así con muchos de ellos. En realidad con ninguno. Empezó a ver a los hombres, a las familias enteras de Belfondo, diferentes, porque conocía antes sus miserias que sus alegrías. Entonces sí, entonces su mujer encontraba normal que le sucediera, que bebiera hasta perder el control y por la noche tuviera pesadillas con aquellas historias que los borrachos inventaban para olvidarse de sus realidades.

Pero ahora Tertulino lleva varias noches quedándose hasta tarde en la taberna, bebiendo solo, y su mujer anda preocupada. Una noche mandó a su hijo a buscarlo, con la excusa de la silla, para saber si se veía con Beremunda. Beremunda es una obsesión para todas las esposas de Belfondo. Pero no, estaba solo, Tertulino estaba solo en la taberna, sentado detrás de la barra con la silla baja, llorando. Su hijo volvió a casa, sin la silla, y lo contó sin ningún tipo de compasión ni tristeza. Y ahora su mujer no se atreve a preguntarle qué le pasa, porque reconoce que le da miedo saber la respuesta, pero está preocupada.

A Tertulino ha dejado de molestarle que los borrachos se repitan, ha dejado de sentirse ridículo sin el bigote, ha dejado, de unos días a esta parte, de emborracharse por las penas de los demás. Ahora hay algo que de verdad le preocupa y que, por más vasos de vino que él mismo se sirva, no lo olvida. A la mañana siguiente, con un dolor de cabeza terrible y la boca seca, unas palabras le vuelven a la mente. Son las palabras que, mirándole fijamente a los ojos, Horacio, borracho, le dijo.

Las palabras de su propio epitafio.

Y lo que le había dolido no era que Horacio las hubiera escrito antes de que él hubiera muerto. Lo que le dolía era estar vivo. Miserablemente tan vivo. El epitafio era tan simple y desangelado que hizo ver a Tertulino lo vacía que había estado su vida siempre. Su paso por Belfondo se podía resumir en aquel estúpido y corto epitafio. Eso era lo que le atormentaba: su propia verdad. Y el bigote ya casi le llega por el labio inferior y nadie se atreve a decirle que se lo corte. Ni siquiera su mujer.

El cartero

Leoclino fue elegido como cartero. No es que tuviera algo para merecer el puesto que el resto no, simplemente se pidió un voluntario y ahí estaba la mano de Leoclino alzada entre las cabezas de los habitantes de Belfondo, esperando la aprobación del amo. Y no tardó en llegar, porque fue el único. El interés que tenía Leoclino por la faena tenía que ver más con un descarte: simplemente no quería trabajar ni en la fábrica ni en el campo. Después, cuando definitivamente fue cartero, pensó que no estaba tan mal. Y, con los días, pensó que no solamente eso sino que estaba bien, estaba muy bien, estaba fenomenal. Iba por las casas, tocaba la puerta y entregaba la carta. Sencillo. Al principio no eran más que informes del amo: el día doce habrá una representación teatral, el día veinte habrá una reunión, el día uno recibirá el sueldo, el día veinticinco es navidad y sólo se trabajará hasta el mediodía. Cosas así. Pero pronto la gente empezó a pensar que, si el amo podía mandar recados, ellos también. Tenían esa absurda manía de compararse con el amo, sabiendo que estaban, no se sabía de qué pirámide, un escalón por debajo. Y, en algunos casos, más de uno. Pero con unas cuantas semanas de lección del maestro, todos sabían escribir, como mínimo, su nombre y un pequeño resumen de lo que era su vida: quiénes eran sus padres, dónde vivían, con quién. Esas cosas. Y todos querían hacer uso de sus conocimientos recién adquiridos. Orgullosos.

Oye, Leo, ¿podrías hacerme el favor de acercarte a casa de Társila y darle este sobrecito?, anda, majo, muchas gracias.

Porque todo el mundo se dirigía a Leoclino por su nombre o por su diminutivo.

Leoclino, hijo, ¿me cobras algo si te doy esto para mi hermana?

Y la carta sólo decía: ya sé escribir y casi leer de seguidilla, ¿tú?

No, señora, claro que no, me paga el amo por los servicios, pero ¿quién diablos es su hermana?

Diablos, dice, ojito con esa lengua que te va a arder, muchacho.

Fue Benáclito el primero en dudar de la profesionalidad de Leoclino. A decir verdad, fue el primero y el último, porque con nadie contrastó su opinión. Y todo por no reconocer que había escrito una carta, por no reconocer que quería mandarla, por no reconocer que quería hacérsela llegar a la mujer del maestro. Y cuando entregó la carta a Leoclino, se encendió una llama en sus ojos. En parte de nervios, en parte de desconfianza. Porque aquéllas no eran unas letras cualquiera: se trataba de confesiones. Casi tenía decidido presentarse directamente ante la mujer del maestro y dársela, pero no fue capaz finalmente. Y un día que Leoclino pasaba por ahí silbando, le pidió el favor. Pero la llama en sus ojos no sólo podía notarla Benáclito, también Leoclino la vio. Toda la desconfianza que se podía tener en él, ardió en aquel mismo momento, con aquella llama de Benáclito, de sus ojos pequeños como dos cortes en un cartón.

Leoclino habría entregado aquella carta como lo había hecho con el resto, pero

cualquiera hubiera sentido curiosidad por aquel sobre. Y más tratándose del destinatario que se trataba.

¿Qué diablos, porque Leoclino usaba mucho la expresión qué diablos, podría decirle Benáclito a la mujer del maestro?

Y, como no tenía ni idea, se la llevó a casa y por la noche, con una vela, puso la carta a contraluz para poder leerla. O por lo menos intentarlo. Estuvo durante horas descifrando aquella madeja de palabras: las líneas se cruzaban unas con otras, estaban del revés unas, del derecho otras. Y Leoclino no era capaz de entender más que el principio, que quedaba por encima, o por debajo, según se pusiera el sobre, del resto de la carta.

Decía: querida Otile. Y Otile era, efectivamente, el nombre de la esposa del maestro.

Una mujer sencilla, siempre alegre, con las mejillas sonrosadas aunque no pasara vergüenza ni calor, peinada siempre de la misma manera, con un moño, con las manos regordetas y los tobillos hinchados: y, sin embargo, atractiva. No había dos como Otile.

Mientras Leoclino pensaba todo esto y sostenía la carta al trasluz de la vela, una llama alcanzó la esquina donde Benáclito había escrito, aunque Leoclino no fuera capaz de descifrar: a las nueve en el campanario, esta noche. El sobre, con las hojas dentro, porque había más de una, ardió como los mismísimos ojos del autor. Leoclino hizo aspavientos con ella, avivando el fuego, y después la tiró al suelo y la pisó.

No quedó nada. Nada aprovechable por lo menos. Y un ataque de pánico lo agarró por dentro, por las tripas. En ese mismo momento, las nueve de la noche, Benáclito estaba en el campanario, solo, esperando a Otile, retumbándole las campanadas por todo el cuerpo. Con las manos en los bolsillos, sudadas, contaba: uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho y nueve. Por si se había equivocado de hora. Pero no, eran las nueve. Y, después de un rato, se preguntó si había citado a Otile a otra hora y se había confundido. Por suerte había hecho dos copias de la carta porque en la primera la letra no le salió demasiado bien. La sacó, la leyó:

A las nueve en el campanario, esta noche.

No se había equivocado. Inmediatamente empezó a justificarse ante sí mismo, por lo estúpido que se sentía: pensaba que le miraba, pensaba que la atracción era mutua. Pensaba, pensaba, pensaba. A quién diablos se le podía ocurrir pensar en nada. ¡En nada!

Y, mientras, Leoclino pensaba en qué podría decirle Benáclito en la carta a Otile, porque estaba dispuesto a escribir él mismo una. Se sentó en la mesa, cogió un papel, cogió una pluma, tosió un poco, se arremangó los puños de la camisa y escribió:

Querida Otile.

Y, seguidamente y de corrillo, garabateó una carta de amor. Cuando la acabó y le dio un repaso, decidió volver a escribirla en otra hoja, pero con mejor letra. Al llegar a la firma de la ya definitiva, con todo lo orgulloso que se sentía de su declaración a

Otile, puso:

Tu admirador.

Tu admirador en vez de poner Benáclito, como suponía que aparecería en la original. Porque aquello no era ninguna mentira: Leoclino admiraba a la mujer del maestro. Y por completo se le olvidó que aquella carta debía sustituir a la de Benáclito. Claro que, aunque no lo supiera, ambas se parecían. También se parecía mucho lo que la señora Otile suscitaba, por igual, a hombres y mujeres. Al mismo tiempo, Leoclino y Benáclito estaban en la cama relejendo ya casi de memoria sus declaraciones, cada cual la suya, se entiende: uno lloraba y deseaba marchar de Belfondo para siempre, olvidar, sanar, andar hacia adelante, otro mundo, otros ojos, otros pañuelos; y otro sonreía sintiendo que Belfondo era el lugar más maravilloso.

Al día siguiente Leoclino se acercó a la casa del maestro y preguntó por Otile. Apareció y llevaba un pañuelo azul en la cabeza, azul, cómo se diría, un azul como el del cielo cuando está a punto de echarse a llover, un azul que podría decirse gris, pero se sabe azul. Así era el pañuelo de Otile y Leoclino no dejaba de mirarlo como si fuera la primera vez. Y en el fondo, así sucedía: era la primera vez que lo veía desde que se había confesado a sí mismo lo que sentía por la esposa del maestro. Esa mezcla de ternura y embeleso. Cuando le tendió el sobre, algo tembloroso, ella estuvo a punto de decirle que no sabía leer. Si no lo hubiera pensado dos veces, lo habría hecho. Pero se sintió absurda y, como había visto al resto de gente al recibir una carta, la abrió inmediatamente. Leoclino se puso a temblar y le pidió que por favor la leyera en la intimidad, que el hombre que se la había dado para ella así lo había pedido. Enseguida, como era de suponer, Otile preguntó quién era el que le había escrito. Entonces Leoclino salió corriendo y casi se cae bajando las cuatro escaleras, uno, dos, cuatro, que hay al salir de la casa. Exactamente como el miedo que atrapó a Leoclino por las tripas cuando la carta se quemó. Exactamente como el ruido de las campanadas en el interior de Benáclito. Así se sentía Otile con aquel sobre entre las manos, escondida en el baño, sentada en el váter, sin quitarse las calzas porque lo que quería era llorar y no usarlo. Algo la estaba quemando por dentro y la estaba devorando.

No sabía leer.

Se levantaba, se miraba en el espejo, no sé leer, volvía a sentarse en el inodoro, apoyaba los codos en sus rodillas, acercaba los ojos a las letras, como si así pudieran decirle qué significan.

Soy consciente de que es una osadía dirigirme a usted en estos términos, querida Otile, pero creo que voy a volverme loco si no le confieso todo lo que siento por usted, toda la admiración que, por las noches, me devora sin ningún tipo de piedad, porque es piedad lo que necesito cuando de usted se llena mi corazón.

Y Otile en el cuartito de baño, tan grande, con tantos detalles inútiles, queriendo saber leer, deseando, también, saber escribir.

Otile empezando a llorar, preguntándose en qué momento había ella aceptado

aquella condición de analfabeta, intentando buscar el principio de toda esa situación, de toda esa vida suya diminuta y perdida.

¿Se puede saber dónde está la señora Otile?

Porque el maestro la estaba buscando y no la encontraba por ninguna parte. Lo que no sabía el maestro era que su esposa estaba perdida incluso para ella misma.

Todas las veces que Otile había espiado al profesor dar clase, tantas veces como se había preguntado por qué no podía ella también aprender, como el resto, no pedía un imposible, un imposible era pedir ser feliz o ser inmortal, pero no aquello.

Créame, señora Otile, que cuando la miro un remolino de aire frío, congelado, me sube por dentro y no puedo frenarme.

Una casa tan grande para un corazón tan pequeño como el del maestro, eso era lo que ocurría, que sobraba espacio por todas partes, pero dónde se había metido Otile que no la encontraba. Y no es que quisiera decirle nada, no la buscaba en serio, como se busca a alguien que se necesita, simplemente pensaba que sabía el lugar en el que iba a encontrarla y, al no ser así, sentía una necesidad imperiosa de saber dónde estaba.

Y quisiera.

Quisiera frenarlo.

Quisiera encontrarla.

Quisiera saber leer.

Quisiera desaparecer.

Quisiera querer.

Quisiera.

Y Otile, mientras, en el retrete, sintiendo un calor entre las piernas, olvidándose de que no se había bajado las calzas, olvidándose de que la tapadera estaba bajada, olvidándose de cuál era el motivo de su pena. Meándose encima. Mojándose entera.

La fábrica

Hermenegildo, mientras trabaja, se pone a pensar en su esposa. Cualquiera diría, si contara las horas que le dedica en su mente, que la ama con locura. Pero es, exactamente, todo lo contrario. Hermenegildo piensa en su mujer porque ha dejado de amarla, si es que lo hizo alguna vez. No sabe cuándo ocurrió. Ni cómo. Sólo sabe que, una mañana, se despertó, la miró y ya no sentía nada.

Así de sencillo y de complejo al mismo tiempo.

Trabajar en la fábrica le permite eso: pensar. Antes, cuando no vivía en Belfondo ni trabajaba en la fábrica, no pensaba tanto. Porque no tenía tiempo. Porque dejaba que pasara, el tiempo, como el que deja que pase el agua del río hacia abajo, sin prestarle mucha atención, sin que dependa de uno. Se ponía a buscar cosas que hacer. Ahora, aunque esté trabajando, puede pensar. Y por eso lo hace. Con desgana, silencioso, tan cansado. Pero lo hace. Las primeras semanas tenía que atender a lo que el amo le había enseñado pero, después de tantas horas, una tras otra, una tras otra, había aprendido a hacerlo sin reparar en ello. Como respirar o parpadear. De la misma odiosa manera inconsciente. Y de la misma silenciosa manera que un día se dio cuenta de que no amaba a su mujer, supo que ésta estaba embarazada. Un día, un día como otro cualquiera, no diferente al resto de días en nada, se lo dijo, un día como otro y a la vez diferente a todos, lo que le separaba de los demás días tan sólo era la noticia:

Estoy embarazada.

Y Hermenegildo se sintió extraño como podría sentirse ante una lluvia de ranas. Esa idea se le vino a la cabeza, incomprensible: si llovieran ranas, me sentiría igual. Extraño, sorprendido. ¿Ilusionado? No la amaba, era verdad, pero iban a tener un hijo. Y, en la fábrica, Hermenegildo no deja de pensar en su esposa. Y en el bebé que lleva dentro. Se pregunta, por si pudiera huir algún día, si el nene es suyo. Pero sabe que sí.

Társila, en cambio, no deja de pensar en ser madre, en que desea serlo como pocas cosas ha deseado en su vida. Lleva varios meses intentando quedarse embarazada y no puede. Mientras trabaja en la fábrica, se pregunta, una y otra vez, una y otra vez, si la culpa será suya o de su marido. Al principio se torturaba con la idea de tener una barriga seca. Así se refiere Társila a las mujeres que no pueden tener niños. En su barriga no podía crecer nada. Nada bueno, por lo menos. Al rato ya intenta convencerse de que la culpa la tiene su marido. Sus co-si-tas. Que andan medio dormidas. Y es normal que se duerman, hasta a ella le dan ganas de cerrar los ojos y hasta mañana. No conoce ningún hombre que haga el amor tan lento como su marido. No lo conoce. Y, Társila, aunque no se lo ha confesado a él, ha hecho el amor con más hombres. Y ninguno lo hacía tan lento como su marido. A veces piensa que es por eso que no puede quedarse embarazada.

El marido de Társila, Amento, también trabaja en la fábrica. Está unos puestos

más allá de Társila y, cuando puede, la observa. Se pregunta en qué estará pensando. Pero lo sabe de sobras. La ha visto acariciarse la barriga con dulzura. La ha escuchado llorar cada vez que le viene el periodo. Amento cree conocer a las mujeres. Amento cree conocer a su esposa, Társila. Y sabe que lo que ansía de verdad es quedarse embarazada. No se lo ha confesado nunca, pero ha hecho el amor con más mujeres. Piensa, porque está convencido de que sabe como es Társila, que no podría soportarlo. Y por eso no se lo dice. Ni tiene ninguna intención de hacerlo. Por eso no es capaz de decirle que no puede tener hijos, que ya sabe que no puede tenerlos. De pequeño tuvo paperas. Y por eso sus co-si-tas están dormidas. Están, diría él, muertas. Se lo dijo un médico. Porque, a una de las mujeres con la que hizo el amor, quiso dejarla embarazada. Porque la amaba, porque deseaba tener nenes con ella. Pero no pudo, porque sus cositas estaban muertas, completamente muertas. Podría decirse que a aquella mujer la quiso más de lo que quiere a Társila, que es tan buena Társila, tan desesperante buena, mucho más que la otra. Y eso se lo reconoce sólo algunas veces, las menos.

Pero en la fábrica no sólo trabajan personas adultas que se preguntan qué carajo han venido a hacer a la vida y por qué a ellos les pasan las cosas que les pasan. También hay niños. No se debe decir en público, pero hay niños. No debe saberlo nadie de fuera de Belfondo, pero hay niños.

¿Pero es que hay alguien que quede ahí, afuera de Belfondo?

Algunas familias no pueden sobrevivir sólo con el sueldo del padre y de, si trabaja, la madre, así que le pidieron al amo ayuda o consejo o solución. Y el amo puso a los niños a trabajar en la fábrica. Algunos tienen seis años. Otros tienen catorce. No los ponen juntos porque entonces, como niños que son, se ponen a jugar. Así que los ponen todo lo lejos, unos de otros, que pueden. Pero cada vez hay más, muchos más, y cada vez, también, están más juntos. Porque más no pueden alejarlos. Porque más fábrica no hay.

Calilo, cuando trabaja, piensa en lo que hará cuando suene la sirena. Unas veces va al río, otras veces se esconde de nadie, simplemente busca un sitio donde nadie pudiera encontrarlo, sabiendo que nadie le está buscando, pero le divierte, se esconde, se inventa un perseguidor. Es feliz con eso, por qué va a cambiarlo. Y, mientras trabaja y lo piensa, también es feliz. Aunque un poco menos.

Felicia piensa únicamente en que no le baja el periodo. Justo lo que quisiera Társila, que no le bajara el periodo. A Felicia no le baja porque está embarazada. Justo lo que Társila necesita: un bebé en su barriga seca. Felicia es de esa tanda de nenes que tienen catorce y quince años. Ella tiene catorce y medio. El medio es importante, la hace sentir un poco mayor. Sólo le ha venido el periodo dos veces. En ese tiempo, su padre ha abusado de ella. Pero su padre sólo piensa que le ha hecho el amor. Por supuesto no sabía que hacía dos meses que le venía el periodo. Si lo hubiera sabido... habría actuado de igual manera, sólo que, al eyacular, se habría apartado un poco. Lo justo para no dejar a Felicia embarazada.

Pero esta mañana ha ocurrido algo que nadie esperaba. Y han tenido todos que apartar sus pensamientos individuales de su cabeza para atender a la visita de un inspector. El amo ya había avisado de ello. No de que vendría esa mañana, pero sí de que alguna vez, no se sabía cuándo, aparecería. Por eso había tantos cestos como niños en la fábrica. Tenían ordenado que, cuando el inspector apareciera, se escondieran bajo los cestos de mimbre y no hicieran ruido.

¿Pero por qué?

Porque está prohibido que los niños trabajen.

¿Y entonces por qué trabajamos?

Porque lo necesitan. Es así de triste, aunque al amo no le despertara compasión ninguna. Lo necesitan y necesitan desobedecer las normas para poder sobrevivir.

El inspector ha llegado de improvisto pero, aun así, les ha dado tiempo a todos los niños de esconderse debajo de los cestos que, a su vez, están también escondidos. Felicia ha cogido el que estaba al lado de su padre: ahí, cerca de él, se siente segura. Casi no le da tiempo de esconderse porque su padre está lejos de ella en la fábrica y, además, cuando ha conseguido alcanzarlo, un niño ha intentado quitarle el cesto. Pero no se pueden entretener demasiado, así que Calilo ha acabado buscándose otro para él. El inspector se ha paseado por toda la fábrica.

Busca los niños. Sabe que están. Nadie se lo ha dicho, pero esas cosas un inspector las huele, las intuye, las ve, sin que estén visibles. Se pasea por los pasillos sin decir nada a nadie. Sólo eso, se pasea, observa. Y busca los niños.

¿Dónde estarán?

Se lo pregunta. Si yo fuera el amo de esta fábrica, ¿dónde los pondría? Pero él no es amo: es inspector. No tiene que esconder a los niños, tiene que encontrarlos. Los cestos, por supuesto, están bien escondidos. Calilo, por su parte, está feliz. Ha llegado, antes de tiempo, la hora del escondite. Felicia intenta mirar, a través de los huecos que quedan, a su padre. Pero no lo ve. El inspector da una segunda vuelta a la fábrica. Debería irse ya. Lo piensan todos. Nadie quiere mirar el sitio donde están colocados los cestos, escondidos, muy bien escondidos, por si el inspector les observa y se acerca donde están. Ya nadie tiene tiempo de pensar en nada. Sólo desean que se vaya ese hombre. Y se prometen, porque consideran que aquello es un problema real, de los de verdad, que no volverán a quejarse por tonterías. Lo mismo que cuando murió Petronilo. Porque quedarse sin el trabajo es mucho peor que estar embarazada o no, es peor que ser padre o no serlo. Sueñan con un mundo donde no haya inspectores, como si sus vidas se redujeran a ese puesto de trabajo y sólo tuvieran un pesar que fuera ése, que hay un inspector, y sueñan con ese mundo y se preguntan si estará en otro lugar.

Pero nadie sabe que a Felicia le empieza a faltar el aire dentro del cesto. El inspector va por la tercera vuelta. Nadie se atreve a decirle nada, ni a meterle prisa. Algunos se han puesto a trabajar porque no soportan la presión de estar ahí, quietos, sin moverse, esperando a que acabe. Y, mientras, Felicia se va ahogando bajo el

cesto.

El inspector oye un ruido: es Feli ahogando sus quejas. Sabe, porque una vez el amo en una reunión habló de aquel día, el que estaban viviendo, sabe que no debe hacer nada de ruido. Pero no puede evitarlo, le falta el aire, se siente morir, aunque tampoco sabe cómo es morir, pero sospecha que la vida, a ella, se le está acabando. El padre de Felicia la maldice.

Ha hecho un ruido, maldita sea, ha sido ella, reconocería sus gemidos entre el resto de gemidos del mundo.

El inspector se acerca a la zona de los cestos, adonde está Felicia mareándose y sintiendo miedo. El inspector se acerca y ve cómo algo se está moviendo.

Los niños, ahí están los niños.

Y se acerca, satisfecho, adonde el ruido. Ve, porque lo está buscando, el cesto. El cesto y su movimiento. Lo levanta, con los ojos muy abiertos, orgulloso. Se encuentra a Felicia. Muerta. Hecha un ovillo. Muerta. Tan quieta que parece más que muerta, caso de haber algo. Felicia muerta. Su padre la ve. Se acerca y siente como si alguien le arrancara algo de muy adentro. Se acerca más. Se agacha a mirarla de más cerca. Se está chupando el dedo pulgar, como si acabara de nacer. Y a lo mejor así es.

La fe

El hermano de Sontano todas las noches dice lo mismo: si eres ciego, no hace falta que cierres los ojos para dormir.

¿Es así o no? ¿Es así? Di.

Aunque eso vino después de asegurarse de que, aunque no viera, sabía cuándo tenía los ojos cerrados y cuándo abiertos.

¿Pero seguro que lo sabes? A ver, ahora cómo los tienes.

Cerrados. Y ahora los abro.

Es verdad.

Y así crecieron, con esas certezas, con esas mentiras. Y por las noches Sontano abre los ojos de par en par y piensa que, en el fondo, su hermano tiene razón. Tiene que tenerla. Apunta, por lo menos, a toda lógica. Por las mañanas el hermano le dice: qué. Haciendo un gesto con la barbilla, levantándola de un golpe seco. Aunque eso él no puede verlo. Ni falta que le hace: Sontano ya sabe a qué se refiere, así que dice:

No me acuerdo de nada, recuerdo que pensaba en cómo soy físicamente, me lo preguntaba, tú esas cosas no las entiendes porque puedes verte, después nada, me quedé dormido, no me acuerdo de si cerré los ojos o no.

La primera noche que Dios vino a su ventana, le dijo a su hermano: no sé si tengo los ojos abiertos o cerrados al dormir, pero lo veo todo.

¿Y qué ves?

La vida.

Sontano veía la vida a través de los ojos de la mujer del amo. Cualquiera querría ver la vida a través de unos ojos así. En calma, atentos. Azules. Porque el hermano de Sontano está convencido de que, los que tienen los ojos azules, lo ven casi todo en el mismo tono. Él, como los tiene marrones, lo ve todo como si el mundo estuviera bañado de tierra. Pero realmente todo lo que envuelve a Belfondo, todo lo que el hermano de Sontano puede ver con sus ojos, es tierra. Los ojos de Sontano son los más negros que su hermano ha visto.

De verdad te lo digo: oscuros, oscuros.

Y ahí ha encontrado él la justificación de su ceguera. Es normal que lo veas todo negro, con esos ojos. Y Sontano, por un rato, no se siente tan infeliz, por un rato hasta confía en un mundo justo y piensa que es culpa de sus ojos, de su oscuridad. Y, por ese rato, hasta dejar de odiar a sus padres.

Una noche, la mujer del amo fue, como siempre, a la ventana de Sontano y, cuando se asomó para susurrarle, se encontró allí a su hermano, al del cura, mirándolo de muy cerca.

¿Te has dormido?

Todavía no.

Así que tuvo que marcharse a su casa. Cuando llegó, el amo no estaba donde lo había dejado. A la mañana siguiente, Sontano le prohibió venir a su hermano a la

habitación. Dios no venía a verlo si había alguien más con él. Y, por supuesto, eso no podía consentirlo. Ni quería tampoco.

No hay nadie en el mundo, en el mundo, ¿me oyes?, que tenga tan grande e intacta su fe como el cura de Belfondo. Pero eso es porque nadie, excepto él, tiene a una mujer tan hermosa como religión. Aunque eso él no pueda saberlo. Ni nadie. Porque el amo, de tanto como ha mirado a su esposa, ha dejado de verla bonita como es. Cuando la mandó a que fuera a la ventana de Sontano a hacerse pasar por Dios, ella pensó que en aquellas escapadas nocturnas a la alcoba de otro hombre encontraría su esposo una razón para sentir miedo y celos. Algo de amor. Pero el amo ya no sabe de amar, por irónico que suene. Siempre, al volver, se lo encuentra esperándola. Y, sólo verle la cara, sabe si ha ido bien o mal. Excepto esas noches que trae una cara irreconocible y al amo le nacen por dentro, como a un árbol, las ramas de la duda y la desconfianza. Y le cubren todo el cuerpo. Esas noches tiene pesadillas que, al despertar, no recuerda.

El Dios que había inventado el amo era él mismo. Los diez mandamientos quedaron totalmente modificados a su antojo. Precisamente por eso, el Dios de Belfondo debería ser más humano que el resto de Dioses, porque está hecho a imagen y semejanza del hombre, pero el amo no se subestima. Se tiene a sí mismo en muy buena consideración. Alguien, al fin y al cabo, tenía que hacerlo. El Dios de Belfondo no se ha equivocado jamás. El Dios de Belfondo no le da a los pobres todo aquello que les falta: les da herramientas para que ellos mismos puedan dejar de ser pobres, pero las justas para que no puedan ser ricos. El Dios de Belfondo no tiene piedad. No existe un cielo para los que no creen en él. Y no se cree en él sin acudir a la iglesia, como poco, todos los domingos. La señora Maclina las primeras veces se sintió feliz. Después quiso reivindicar una fe íntima y egoísta, como la que tenía antes de llegar a Belfondo. Quería poder rezar en casa, o en cualquier parte. Pero el amo lo prohibió. Esas cosas el amo puede prohibirlas. No interesa que se crea en otros Dioses.

Si los hay, dice.

No hay prescripciones con el Dios de Belfondo: hay normas, hay obligaciones, hay deberes. Hay conformismo, hay adormilamiento. El que cree en el Dios de Belfondo es, sin más rodeos, carne de cañón. Y el amo no va a dudar en apuntar y disparar cuando la ocasión lo merezca. Está todo pensado. No hay nada que se le escape a su inventor. No debería deshilacharse por ninguna de sus puntadas, pero así ocurre.

El amo se ha equivocado con una cosa: su mujer. Su hermosa e inteligente mujer. Su sensible y buena mujer. Un Dios con esa voz podría ser, perfectamente, el creador del cielo y la tierra, podría separar el agua del mismo agua, podría andar sobre ella. Podría lo que quisiera, si quisiera. Pero la mujer del amo no necesita todo ese poder. Ni ninguno. Se conforma con susurrarle a Sontano por las noches y desobedecer las instrucciones del amo. Cuando la mujer del amo se pone delante del espejo y se peina para ir a ver a Sontano, aunque sabe que está ciego y no puede verla, se dice a sí

misma:

Eres Dios, tú eres Dios y estás por encima del bien y del mal.

Y el mal, lo tiene claro, está dentro de su cama. Al principio su único propósito era poner a todo Belfondo en contra del amo. Hacer una revuelta. Que el Dios de Belfondo estuviera de parte de los pobres. Que el Dios de Belfondo defendiera la verdad. Y también la alegría. Que el Dios de Belfondo no anulara el pensamiento. Pero todo eso fue antes de conocer a Sontano. Su negrura, su corazón infantil, su ingenuidad, sus ojos ciegos. Cuando el amo vio por primera vez a Sontano, al llegar a casa, dijo:

¿Tú sabías que los ciegos también lloran?, quiero decir, les salen lágrimas de los ojos, igual que a nosotros.

Eso su esposa lo sabía. Lo que no podía llegar a imaginar era que los ojos de Sontano fueran así de negros. Y sus lágrimas así de puras. Y que vieran con tanta claridad, con tanta facilidad. La primera noche que le habló, lloró. Sontano. Después, ella también. Y se tapó la cara con las dos manos, de miedo, de sorpresa, de alegría. La esposa del amo, que tenía perfectamente prohibido tocar a Sontano o hablar con él de forma personal o meterse en su habitación, desobedeció por primera vez, que no, por supuesto, por última. Se asomó por la ventana abierta y, cuando lo vio como estaba, como un niño pequeño, con la cara cubierta por sus manos gruesas, no pudo evitar alcanzarlas con las suyas, finas, pequeñas, huesudas, para decirle que no temiera por nada. Y mucho menos por y de Dios. Sontano entonces empezó a llorar de una forma muy hermosa: sonreía, con los ojos cerrados, y le resbalaban las lágrimas por las mejillas. Como estaba recostado, se le dirigían a las orejas y, cuando llegaban al oído, le entraba un escalofrío y sonreía todavía más. La mujer del amo no pudo evitar sentir una gran ternura mezclada con una gran compasión. Y sonrió. Y pensó en que le habría gustado conocer a Sontano en otras circunstancias. Pero aquéllas eran las que tenían. Y las iba a aprovechar. No sabía todavía cómo, pero las iba a aprovechar.

Después de varias noches acudiendo a su cita con Sontano, se planteó contarle la verdad. Pero, siendo como era Sontano, habiéndolo tratado como lo habían tratado, sería el golpe perfecto para que perdiera su fe, la de verdad, la que debería tener aparte de la suya particular. Y acabaría desconfiando de ella. Y de cualquiera. La reconciliación sería imposible. Así que desechó la opción y siguió con su tarea egoísta y amorosamente. Sontano al principio no sabía cómo tratarla.

¿Cómo se trata a un Dios?

Pero nadie se había planteado eso. No había respuesta correcta. Ni incorrecta. Porque nadie tenía a Dios tras la ventana. Una noche, la esposa del amo llegó a la ventana de Sontano y se puso a llorar. Se sentía enamorada. Y también estúpida. Y también injusta. Y también feliz. No se podía creer lo que le estaba ocurriendo: que amara a Sontano, que no pudiera confesarle la verdad, que no hubiera cumplido ni los objetivos del amo ni los suyos propios, que estuviera utilizando a Sontano de aquella

manera tan sucia. Y ahí, llorando, agachada tras la ventana, empezó a emitir un ruido leve pero suficiente para una persona que se vale, sobre todo, del oído. Sontano, que estaba con los ojos abiertos esperando a la esposa del amo, la escuchó.

¿Un Dios llora? ¿Y un ciego? Nadie sabe. Nadie quiere saber.

Así que, subido a la cama y tocando todo dos veces, alcanzó la ventana y saltó por ella. La mujer del amo se quedó en silencio. Lo miró a los ojos, abiertos, negros, vivos, ciegos. Lo vio moverse por delante de la casa, con las manos estiradas a los lados haciendo aspavientos. Sontano empezó a llamarla.

Dios, no tengas miedo, Dios, háblame, puedo sentirte, aunque no te vea, aunque ahora no te escuche, Dios. Dios. Dios.

La mujer del amo se quedó inmóvil. No sabía lo alto que era Sontano. Seguía inmóvil, observándolo, pensando lentamente qué podía hacer. Después de un rato, Sontano se sentó en el suelo y empezó a llorar. Después de un rato, Sontano se levantó y volvió a tantear el terreno. Pero ya no la buscaba a ella. Ahora quería volver a casa. No encontraba la ventana, se había alejado unos pasos y no era capaz de ni siquiera acercarse. Cada vez se alejaba más. Y la mujer del amo se arrimó. Lo cogió de las manos. Lo llevó a su casa. Lo metió en la cama. Se sentó en la silla que había en una esquina de la habitación.

¿Es un milagro?

Sontano se lo preguntaba una y otra vez.

Haz que pueda ver. Que pueda verte a ti. Sólo eso.

La mujer del amo siguió sentada. Pensando. Muriendo poco a poco. Rezando al Dios que pudiera atenderla. Pasaron unos minutos. Tomó una decisión. Se levantó de la silla. Se acercó a la cama de Sontano. Se tumbó a su lado. Más silencio, más preguntas, más negrura. Lo que no sabía Sontano, ni nadie, es que a Dios se le podían tocar las piernas. Y besar los labios.

La trampa

¿Y a ti cómo te gustan las chicas?

Le preguntaba Beremunda de pequeña a su hermano, que tenía dos años más. Y Dositeo se quedaba callado porque la respuesta, de siempre, era: como tú. Beremunda, como nunca obtenía contestación, empezó a pensar que a su hermano lo que le gustaban no eran las mujeres, sino los hombres. Y, a ojos de Dios, la verdad sea dicha, una cosa estaba tan mal como la otra.

A fuerza de que la madre los vistiera siempre igual y los tratara a los dos igual, como si fueran del mismo sexo, los dos niño o los dos niña, el hermano de Beremunda empezó a contemplarla como ese espejo en el que todos queremos mirarnos. Sólo que Beremunda no era tímida como él, sino extrovertida. Sólo que Beremunda no era silenciosa como él, sino charlatana. Sólo que Beremunda no era introspectiva como él, sino vehemente. Sólo que Beremunda no era fea como él, sino hermosa. Pero él la miraba y se veía en ella. Y la quería como no se quiere a las hermanas y sí a las mujeres. Por eso, cuando su hermana lo cogió una vez del brazo y se lo llevó a su cuarto para decirle que iba a ser la prostituta de Belfondo y de donde hiciera falta, sintió celos. Por eso todas esas veces que Beremunda trajo un novio a casa, se sintió solo, abandonado, traicionado. Se acordaba Dositeo muchas veces de Almadio. Almadio se veía con Beremunda todas las tardes. Iba a su casa, tocaba tres veces la ventana y Beremunda salía corriendo, sonriente. Una vez, al llegar a casa, Dositeo se los encontró besándose en el salón. Se levantaron corriendo del sofá, uno al lado del otro, y se pusieron contra la pared, con las manos detrás, como obedeciendo una orden que Dositeo no había dado pero que deseaba haber hecho. En ese momento se dio cuenta de que Almadio era más bajito que Beremunda. Y le odió. Pero también odió a los altos, a los flacos, a los gordos, a los guapos, a los feos. Los ha odiado a todos. Uno por uno. Como si fueran el primero, como si fueran el último. Los ha odiado de una manera que asusta hasta al propio Dositeo. Beremunda piensa que simplemente su hermano es antiguo. Aún está en esa época, dice, en la que las parejas liberales no están bien vistas.

Eso te pasa porque no te has echado novia, tonto, en cuanto tengas una, te vendrán seguidas, sin que te des cuenta, una tras otra, y te parecerán iguales y diferentes, pero no podrás parar, ya nunca querrás estar solo.

Eso lo pensaba Beremunda de Dositeo pero Dositeo no quería ya nunca estar solo. Una vez se acercó a su trabajo, aunque no le gustaba nada utilizar esa palabra para referirse a lo que hacía Beremunda o, mejor dicho, a lo que hacían con Beremunda. Se acercó y vio que había una cola de tres hombres. Los reconoció a todos y los odió en ese mismo instante. El primero era Purnas, un chico que había ido siempre en la pandilla de Beremunda. En ese momento Dositeo pensó que era afortunado de no ser su hermano, sólo su amigo. El segundo era Amario con un sombrero de ala grande, muy grande, que, del peso, casi le ocultaba toda la cara. Se

disfrazaba un poco para que nadie le reconociera, para esconderse de su mujer, pero todos, absolutamente todos, sabían quién era. Incluso y sobre todo su mujer. En ese momento a Dositeo se le encendió un deseo por dentro: un disfraz. Otra identidad. Dejar de ser él, dejar de ser el hermano de Beremunda para convertirse en su amante.

Se compró un sombrero. Por supuesto no tan grande como el de Amario. Un sombrero normal. Quemó la punta de un lápiz naranjazo y se pintó pecas en la cara. Se compró a escondidas ropa nueva. Le robó las gafas a Loarte y se las puso en la punta de la nariz porque mirar por ellas le provocaba mareos. Todos los atuendos los fue adquiriendo poco a poco. Todos los días, antes de dormir, se colocaba lo que ya había conseguido anteriormente y se ponía la nueva adquisición. Se preguntaba frente al espejo si Beremunda lo reconocería con todo aquello. Cada día crecían sus deseos. Iba a la barraca de Beremunda y hacía cola. Cuando le tocaba, se marchaba. Miraba el reloj, que también lo había robado en la taberna como parte del disfraz, decía que se le había hecho tarde y se iba. Lo decía con un acento extraño que pretendía ser de extranjero. Una vez vio una película que alguien había traído a Belfondo no se sabía cómo. Y el que hacía de malo tenía ese acento. Todas esas películas, entendibles o no, alimentaban las almas de todos. Así que copió aquel deje y lo hizo suyo. Era su manera de probar si se le reconocía o no. Nunca nadie le dijo nada.

¿Por qué el hermano de Beremunda iba a hacer semejante estupidez?

Después de semanas y semanas, Dositeo permaneció en la cola con la idea de entrar adentro. Salió Amario de la barraca y Beremunda, con un gesto de: pasa, sacó sólo la mano por la puerta y le ordenó que entrara. Dositeo miró el reloj.

¿Se le hace tarde?, preguntó el siguiente.

Hoy no, contestó.

Y lo hizo de esa forma, agravando un poco su voz. Entró en la habitación improvisada de su hermana. Ella estaba frente a un espejo que se había llevado de su habitación. Hacía mucho tiempo que Dositeo no entraba a su cuarto, no tenía ni idea de que Beremunda se lo había llevado. Se estaba peinando un poco y pintando los labios de rojo. Dositeo sintió unas ganas horribles de ponerse a llorar.

Serán veinte pesetas, dijo Beremunda.

V-e-i-n-t-e-p-e-s-e-t-a-s. Lo dijo muy despacio para que pudiera entenderla. Ya le habían ido con el cuento de que un hombre extranjero, de pecas y sombrero, iba a visitarla todos los días y después se iba porque se le hacía tarde. Así que Beremunda le hablaba con mucha lentitud, vocalizando mucho, gesticulando mucho también. Hizo dos veces diez con los dedos de las manos.

V-e-i-n-t-e.

Beremunda se acercó a Dositeo y levantó una mano dispuesta a quitarle el sombrero. Dositeo se lo sujetó con las dos manos, con mucha fuerza: no, no. Dijo torpemente con su acento recién puesto a prueba.

Como quieras, guapo, como quieras.

Y le quitó la camisa como si fuera su madre. Se la desabrochó sin mirarle a la

cara, rápidamente, sin pasión, sin prisa también. Después se agachó para hacer lo mismo con el pantalón, pero se le rompió el botón. No era la primera vez ni la última, así que Beremunda se disculpó, le pidió que se sentara en la cama y sacó el cesto de la costura. Se puso a coserle el botón haciéndole preguntas que Dositeo no se atrevió a contestar. Por nada del mundo se imaginó que Beremunda se fuera a interesar por él. Quería decir por el personaje. Se puso nervioso, se quedó callado. Beremunda pensó que era entrañable verlo así de inquieto y silencioso, sin pantalones, y sintió mucha ternura por él. Cuando acabó de coserle el botón, dijo: ya está. Y entonces le pidió que le desabrochara el vestido que ella no alcanzaba a la espalda. Dositeo se acercó y odió profundamente al idiota de Amario: no había casado bien los botones, el vestido había quedado descolgado. Pero no dijo nada. Vio la espalda desnuda de Beremunda, no dijo nada. No pudo decir nada.

Beremunda le preguntó si quería con luz o sin luz y se puso a hacer un monólogo que parecía estudiado sobre los hombres y sus preferencias. Por lo visto todos preferían hacerlo con luz porque así podían verle la cara, así podían verle el culo, podían ver cómo su cuerpo se contoneaba sobre ellos, podían verle las tetas si estaban debajo. Dositeo le pidió por favor que sin luz y Beremunda dijo: como tú quieras. Algo ofendida. Cuando cerró la contraventana, se volvió para ir al sitio donde había visto por última vez a su cliente. Pero Dositeo, por su parte, ya se había puesto a buscarla. Se había quitado el sombrero y los calzones. Estaba excitado. Aunque su cuerpo así no lo demostrara, estaba excitado como nunca. Aunque su cuerpo se resistiera a ponerse tenso como se esperaba de él, aunque estuviera completamente frío, congelado. Beremunda se encontró con él sin esperárselo. Dijo, con un tono que a Dositeo le recordó irremediablemente a su madre:

¡Menudo susto, chico!

Y se agachó justo en el momento en que Dositeo se disponía a rodearla con sus brazos. También él se agachó, le cogió la cara, puso la nariz en su boca, olió su aliento. Beremunda, en todo lo que llevaba de prostituta, nunca se había encontrado con algo así. Habían querido besarla en la boca, habían querido hablar con ella. Pero nunca, nunca, le habían olido el aliento ni acercado con tanta parsimonia. Le puso las manos frías sobre los sobacos calientes y un poco sudados y la levantó, la cogió de la cintura, le dijo: aquí, cama. En ningún momento se le olvidó que debía hablar como si fuera extranjero. Se tumbaron en aquel colchón usado y maltratado y Beremunda se prohibió seguir de esa manera. Era un cliente y como a un cliente iba a tratarlo. Lo empujó contra la cama y Dositeo se dio un golpe contra la pared.

¡Perdón, perdón, perdón, perdón una y mil veces, perdón, perdón!

Pero Dositeo se rió. Sin hacer mucho ruido, pero se rió. Se tocó la cabeza con la mano y pensó que todo estaba saliendo como esperaba: diferente a los demás. Beremunda se metió su sexo en la boca. Se lo metió entero porque estaba pequeño, diminuto, y le sobraba todavía espacio. Jugó con él. Lo babeó entero. Usó su lengua. Pero el cuerpo de Dositeo siguió relajado, completamente relajado. Beremunda se

acercó a su oído, excitada, confundida por la indiferencia del extranjero, y le dijo, para sorpresa de ella, con un tonillo que sonaba a enamoradiza:

¿Es que no te gusto?

Pero en un susurro. Pero de una manera muy sensual. Pero con desesperación. Y en ese mismo momento el cuerpo de Dositeo, el cuerpo entero, las orejas, los pies, su sexo, todo, en ese momento: despertó. Después, Beremunda dijo:

Nunca me habían follado con tanto amor, ¿era tu primera vez?

Y Dositeo agradeció que la habitación estuviera a oscuras, no quería que su hermana le viera llorar. Unos segundos más tarde se le escapó otro gemido que tenía ahí, atravesado, sin poder liberarse.

La clase

Cuando todos salen de la clase que da el maestro por la mañana, porque da otra por la tarde para los que no pueden asistir a la primera, Arcadio le hace una señal a Monral para confirmar la cita que tienen en ese rato de comer. Lo mira después de haber carraspeado tres veces seguidas, haciendo una pausa entre el segundo carraspeo y el tercero, después se toca la oreja y después nada más: recibido. Es en ese momento, el de la comida, el único que tiene el profesor para ausentarse sin dar demasiadas explicaciones y lo aprovechan mientras toman lo que sea que haya preparado el cocinero. Las veces que no se la ha hecho, la señal, ha sido porque tenía que atender otras cosas y no podía tener la intimidad que necesitan para dar la clase secreta.

Monral ya ha dicho a todos que a partir de hoy no comeré en casa siempre, sólo a veces, así que cuando el maestro no puede estar con él, se queda sin comer ese día y en algún rincón de Belfondo donde pasar desapercibido. Y ni siquiera pasa hambre de lo nervioso que se ha puesto esperando la señal que ni llegaba ni iba a llegar.

Nadie preguntó nada cuando lo anunció una noche en mitad de una cena, excepto Benjamina, que ya había observado en su hermano que, de un tiempo a esta parte, se comportaba diferente. Lo veía tenso, como perseguido. Y decidió eso mismo: seguirle adonde fuera.

¿Te has echado novia, Ral?

Le preguntó Benjamina una noche, metida en su cama. Porque ella sentía por su hermano un amor muy grande. Tan grande que podía convertirse fácilmente en posesivo. Tan grande que podría convertirse en un amor como los que no se tienen los que son de la misma familia. Tan grande que, si así era, si Ral se había echado novia, Benjamina iba a hacer todo lo posible por que dejara de tenerla. Y Monral se sonrojó como si así fuera, como si se viera a escondidas con su amada. Porque siente, de alguna manera, que esas citas que tiene con el profesor son como si fueran amantes secretos. Sabe, lo sabe, que sólo es para aprender más y más cosas y, no se conoce cuándo, el día que se pueda, para ayudarlo a enseñar al resto de belfondinos, además de por goce propio y tesoro único, pero la sala escondite, el secretismo, la señal, el temblor, el temblor, el temblor, todo indica lo contrario, todo le lleva a sentir que oculta un secreto de amor, inconfesable, diferente a todos los demás. Así que, como no supo qué contestar, se hizo el dormido y calló. Y la pequeña Benjamina se dijo que, si él no quería reconocer la verdad, la iba a descubrir ella sola, sin la ayuda de nadie. Como venía haciendo con casi todas las cosas.

Monral, en cambio, descubre el mundo a través de los ojos del maestro. Los maravillosos y asombrosos y fascinantes y sabios ojos del maestro que tanta admiración le despiertan desde el primer momento en que se quedaron solos. Tienen una salita donde dan la clase. Ni siquiera Otile, la esposa, sabe que existen esas lecciones extras y exclusivas, se lo ha dicho el maestro. Si alguna vez había visto a Monral salir de casa más tarde que el resto de alumnos, comentaban el motivo, que

improvisaba el maestro en ese momento, en alto: pues así quedamos, Ral, en que este ejercicio que hemos mirado está perfecto, tienes que seguir así, pues así quedamos, Ral, en que los días que tengas que quedarte con tu hermana, puedes llegar tarde, pues así quedamos, Ral, si necesitas ayuda con los problemas no dudes en preguntármelo, para eso estoy, al fin y al cabo. Pues así quedan y así se queda Otile: sin dudas por dentro, sin preguntas sin responder, pasando de largo, sin levantar muchas veces la vista para ver quién es ese Ral. Aunque, a decir verdad, últimamente Otile va siempre tan en sus cosas que, cuando ve alguien extraño en casa que no pertenece a la familia, simplemente piensa que es otro de los trabajadores que ha asalariado su marido. Desde hace unas semanas no deja de tener gente nueva para hacer las tareas que, dicho sea de paso, puede hacer ella, ella, que no tiene nada que hacer.

A este ritmo, piensa mientras se coloca bien el moño mirándose en el tocador, no voy a poder ni peinarme yo misma, habrá alguien para hacerlo por mí.

Y entonces le entran unas ganas de llorar que se reprime rápidamente oliendo la carta del extraño: a carbón, huele como cuando arde la leña en el fuego, huele a llama viva. Y cuando alguna noche ha refrescado más de la cuenta, enseguida ha querido encender la chimenea que, cuanto más insistía el profesor en que era necesaria, más se negaba ella.

Parece mentira que no quisieras tenerla, Otile, parece pura mentira.

Y Otile entorna los ojos mientras su marido enciende la lumbre y recuerda las letras que, de tanto mirarlas, se sabe de memoria, aunque no sepa qué dicen, no importa, se lo inventa, tiempo tiene de sobras para hacerlo y, aunque inconscientemente, no se aleja demasiado de lo que pone realmente. Arcadio aprovecha todas esas ausencias, que es que la mira y sabe que en ese momento no está, de su mujer para pensar en la lección que quiere darle a Monral: mañana, historia.

Se pone entonces a hilvanar el discurso, hablando bajito, sin que se le entienda desde fuera, y a veces se le escapa un gesto con la mano o se queda mirando a Otile como esperando a que responda la pregunta que acaba de hacerle en su imaginación a Monral. Y se imagina los ojos del chico, tan abiertos, tan sedientos, y se dice que, aunque no se lo haya contado a nadie y por eso parezca una traición, está haciendo bien, mejor dicho, está haciendo un bien. Alguna vez ha querido contárselo, pero no sabe cómo.

¿Qué harías tú, Otile, y no es que yo tenga un secreto, entiéndeme, qué harías si quisieras hablar sobre algo que crees importante y que por eso mismo no te atreves a hablarlo, cómo te diría, si tienes un secreto que quieres compartir pero tienes miedo al rechazo, te lo callarías o te arriesgarías?

Y Otile busca en su confuso corazón una respuesta que no halla ni siquiera para ella misma. Entonces dice, recelosa:

Contrata a alguien para esas cosas, Arcadio, yo no sé qué decirte.

Y se levanta y se va al cuarto de la costura, donde ha empezado a copiar la carta desde hace algunas semanas. No le importa no saber qué está escribiendo, sólo quiere sentir que lo está haciendo, que sabe hacerlo. Las primeras veces se apoyaba en la ventana y calcaba, con la claridad que entraba, las letras. Después las miraba durante un rato y las intentaba hacer iguales. Se preguntaba si en toda aquella carta aparecía el abecedario entero o le faltaría alguna letra por transcribir y conocer. Así que, al día siguiente, le preguntó al jardinero cuántas letras tenía el abecedario. Y lo dijo como si lo estuviera poniendo a prueba, sin demostrar que ella no lo sabía.

Veintisiete. Tiene veintisiete, señora.

Y Otile, como una niña pequeña, se fue corriendo a la habitación, sacó una de las cartas que había hecho ella, con letra temblorosa, y contó. Le faltaban algunas.

¡Le faltaban algunas!

Y rompió a llorar. Como también llora Benjamina cuando ve que Monral entra a casa del maestro por la mañana para tomar lección y no sale hasta la tarde, cuando ella ya está en casa con el pijama puesto y a punto de irse a dormir. Lloro cuando da vueltas por la casa del maestro, tan grande, tan estúpidamente grande, por si hay otra salida que ella no conoce, por la que sale Monral, por la que desaparece con su novia. Y, si se mirara desde lejos la casa, si se cayeran por culpa de un viento feroz las paredes de la casa del maestro, se vería a una mujer que, apoyada en una ventana hecha añicos, copia una carta de amor, se vería a una niña, bajo las ruinas, llorando porque no encuentra la puerta trasera, que no existe, por la que sale su hermano, se vería al maestro escondido con un joven en una habitación pequeña, comiendo los dos del mismo plato.

Y si pasara lo mismo con la piel de todos ellos, si también un viento se pudiera llevar lo último que nos queda, se vería el corazón de todos, alborotado, nervioso, inquieto. Se podrían tocar los celos de Benjamina, el temor del maestro, la admiración primera de un Monral que no conoce todavía lo que siente, el fervor de una mujer que no sabe que sabe.

Pero el viento en Belfondo sólo consigue arrastrar unas pocas hojas del suelo que forman un remolino lento y débil, el viento no da para quitarle el disfraz a la vida. Y la mentira y el engaño y el misterio de sus habitantes siguen intactos. Por eso, cuando aparece Leo, el chico de las cartas, Otile se pone nerviosa: ¿traerá otra carta para ella? Por eso, por el viento que no tiene la fuerza suficiente para enfrentarse a la verdad, cuando Otile se distrae mirando por la ventana y ve cómo el chico que a veces sale tarde de clase se para a hablar con el cartero y le da una carta, se pregunta si es él. Por la hojarasca que deja un reguero de preguntas en el suelo se pregunta Otile si será aquel chico, Monral, el que le ha escrito la carta. Y se muere de ganas de saberlo. Y de saber también cuáles son las letras que le faltan a la carta. Y se muere de ganas de decírselo: que le escriba otra donde aparezcan las veintisiete letras que tiene el abecedario. Y por eso la triste y sola Otile, cuando vuelve a verlo por casa, se acerca a él y le pregunta:

¿Eres tú? Dime la verdad, ¿eres tú?, dime la verdad y dime también que sí, dime que la verdad es que sí.

Y también por eso, por el disfraz que no se lleva consigo la furia del viento, Monral, que piensa que el maestro se ha decidido a contárselo a su esposa, o que ella misma les ha descubierto, agacha la mirada y asiente con la cabeza, dejando escondida, de nuevo y más todavía, como si fuera el hueso de una cereza, la verdad. Y todo por culpa del viento de Belfondo, que no sopla hasta volarnos la piel y las mentiras que nos salvan de la lentitud.

El teatro

La primera vez que el teatro callejero llegó a Belfondo, fue a escondidas y para sorpresa de todos. Al amo se le llenaba el corazón de orgullo de dar aquella maravilla. Se sentía el más generoso del mundo con la idea de entretener a sus habitantes de esa forma gratuita e íntima. Gratuita para ellos, claro. Sin apartar todos esos sentimientos que, *a priori*, podrían resultar bondadosos, sin apartarlos del glorioso poder que envolvía todos aquellos actos y que hacían de su sonrisa una mueca cruel y chillona.

Aparecieron los actores en la calle principal, donde está la taberna y la casa del amo y la tienda de los alimentos y la plaza. Se colocaron todos allí como si tal cosa. Una mujer vestida de pueblerina preguntó cuánto valían los tomates, un hombre vestido de trabajador se dirigió a la taberna, unos niños, porque también había actores menores, se pusieron a jugar al escondite por la plaza. Todos actuaban de forma natural. Pero actuaban. Los belfondinos se preguntaban unos a otros, con un gesto seco de la frente, quién era éste, o aquélla, o éstos. Y nadie atinaba a encontrarle el parentesco. El amo, por supuesto, estaba en todos los detalles, así que empezó algunos rumores para que aquellos personajes nuevos tuvieran su justificación. Unos a otros se iban explicando:

Éste se ve que es primo del amo, aquélla se ve que es su esposa y, éstos, como figurarás tú, son los hijos.

Pero, de pronto, empezaron todos a cantar. La mujer salió de la tienda, el hombre de la taberna, los niños de sus escondites. Y se reunieron en la fuente que hay en el medio de la plaza, se colocaron en ella y bailaron una canción que ellos mismos cantaban. Aquélla fue la presentación del teatro de Belfondo. Cuando acabó la canción, cuando todos los que andaban por ahí tenían la boca abierta y no sabían qué debían pensar ni sentir y mucho menos qué decir ni hacer, cuando algunos niños habían ido corriendo a casa para llamar a sus padres y que vieran lo que se estaba a punto de ver, entonces, llegó el amo con una gran sonrisa y extendió los brazos como si quisiera recibir el abrazo de alguien, o al abrazo de todo Belfondo, y puso su cuerpo como a disposición del pueblo, pero el pueblo había quedado paralizado, el pueblo no alcanzó siquiera a dar una palmada. El pueblo no dejaba de sentir, de todas las cosas que podía sentir, había una que ganaba al resto, no dejaba de sentir que estaban siendo engañados, que aquellas personas no eran de verdad, que la canción estaba preparada, que el baile no nacía del corazón.

A ti qué te ha parecido, se preguntaban unos a otros.

Que no es de verdad, que no es la vida, que no es la realidad.

Todos coincidían en eso. Los actores actúan, eso se sabe de antemano, pero los belfondinos, acostumbrados a sus tareas, sus miserias, su hambre, su pena, acostumbrados los belfondinos a Belfondo, que viniera un grupo de personas a hacer lo que no es, no gustaba. Simplemente no gustaba. A imitarles, como burlándose de

ellos.

El amo lo había hecho de corazón, de un corazón como el suyo del que no se puede esperar demasiada cosa, pero lo había hecho desde ahí. Y mientras esperaba que alguien dijera algo, que alguien agitara sus manos para aplaudir, que algún niño se le acercara, aunque no fuera eso lo que él deseaba, mientras esperaba que algo ocurriera, se escuchó una risa tan fuerte y perversa que parecía la del demonio mismo: pero era la esposa del amo. Satisfecha.

La esposa del amo, asomada por una ventana de su casa, por la más alta, con la cortina morada envolviendo su cuerpo, la esposa del amo, con la mitad del cuerpo echado para adelante y riendo muy desde adentro.

Entonces el teatro pasó a un segundo plano. Se bajó el telón invisible y toda la plaza y todos los que no sabían qué sentir frente al teatro centraron su atención en la esposa del amo que, aunque había cortado la carcajada, arrastraba todavía en sus mejillas una sonrisa, estaba divertida ahí, subida, en lo alto, siendo la protagonista del teatro, estaba divertida y ella lo sabía, por eso en aquel justo momento se puso a aplaudir y a decir bravo, bravo, y todos acabaron siguiéndola por no llevarle la contraria, aliviados por que alguien tomara la iniciativa por ellos indicándoles qué tocaba hacer en momentos como ése. Al final acabó salvando la actuación y acabó salvando el resto de actuaciones que, a partir de aquel momento, empezaron a sucederse todos los viernes.

Los viernes: teatro.

Todos lo sabían y todos asistían al espectáculo. El segundo viernes de cada mes era diferente: aparecía un pequeño teatro en el centro del pueblo, uno como el que todos imaginaban que había en la ciudad, pero en chiquito, en muy chiquito, y de ahí salían unas manos enfundadas en títeres y unas voces de detrás del telón que conseguían tener mudos y en otros mundos durante dos horas a grandes y pequeños.

El amo veía el espectáculo desde lejos, porque lo que a él le interesaba no era la historia, el cuento, el relato, lo que a él le quitaba el sueño era cómo encajaban aquellas fantasías el pueblo. Pensaba: que no se muevan nunca de aquí, que lo tengan todo a mano, incluso la diversión. Y por supuesto él elegía todas las temáticas y censuraba aquellas obras o espectáculos que considerara que iban a dañar su imagen o la imagen que él mismo tenía de sí. No hubo ni una sola historia alrededor de un amo: ni que él fuera bueno ni que él fuera malo. Nada de amos en las actuaciones, pues. No había comparaciones posibles. Y eso era, básicamente, de lo que se ocupaba el amo de Belfondo: de las comparaciones.

Cuanto más encerrada estuviera la vida, mejor. Todo podía explotar de un momento a otro: era como meter toda el agua del mar en un recipiente que, por grande que fuera, tenía límite. Y la vida en Belfondo estaba así, metida a presión, con calzador de un zapato viejo y gastado que ya nadie miraba pero que, a falta de alpargata, todos se ponían. Así el amo llevaba el teatro a Belfondo y lo metía por los pocos huecos que le quedaban ya al pueblo. Fue duro para los actores encajar en

aquel modelo de vida. Ellos, libres, que vivían tantas vidas como sus personajes les ordenaban, viviendo de un lado para otro, actuando fuera y dentro de sus vidas, dentro de sus actores principales o secundarios, siendo ellos u otros, olvidando para después recordar: precisamente todo lo contrario de Belfondo, ellos habían derramado todo el líquido de su recipiente sobre el mar y ahora lo único que hacían era nadar, a veces contra la corriente, otras veces a favor del curso del agua. Pero siempre remando, nadando, avanzando a grandes o pequeñas brazadas. Así, cuando llegaban a otros lugares, hablaban de Belfondo como de un sitio cerrado. Algunos, los más dados a la metáfora, decían:

Es como una pecera, no, es una pecera.

Y cuando presentaban ante el amo su nueva obra, cuando el amo los miraba con un solo ojo, de costado, y movía la boca como una vaca, no podían ser libres ni tampoco podían ser peces. Por eso, cuando decidieron que los últimos viernes de casa mes el espectáculo iría sobre magia, temieron tanto por el puesto fijo que tenían allí en Belfondo, por el dinero que les proporcionaba el amo, que les permitía estar el resto de la semana sin trabajar, sólo ensayando para los viernes.

¿Y de qué iba a ir?

De hacer desaparecer hombres y mujeres. Entiéndanos, señor, de hacer como que desaparecen, de esconderlos sin que los demás puedan advertirlo, de sacarlos después y dejarlos a todos con la boca abierta, de dormirlos para que hagan lo que nosotros les ordenamos, de utilizarlos como si fueran muñecos. De todo eso.

Y esa parte última al amo le gustó. Sólo puso una condición: que no hubiera secretos para él, que fuera conocedor de todos los trucos y él, a cambio, les guardaría la trampa. Una vez estrechadas las manos y aceptado el intercambio, los actores acudieron a casa del amo para hacer la primera prueba, para enseñarle cómo iba a suceder todo. Necesitaban, para ello, una persona de confianza que les sirviera de ejemplo. Y al amo no se le olvidaba aquella imagen de su esposa en la ventana, no conseguía desatender la risa cruel y violenta que escuchó tras el silencio del pueblo. Y tampoco podía hacer desaparecer aquel pensamiento que tuvo nada más girarse y verla: que se caiga, que se caiga ahora mismo. Sin sospechar siquiera que su esposa es una de esas mujeres que frente a una ventana se convierte en todo lo que no parece, sin saber que ante una ventana hay mujeres que no sienten vértigo, ni miedo, y miran hacia abajo sin rodeos y son capaces de mirarle a los ojos a un ciego y descubrir ahí dentro el amor. No sabe que hay mujeres que son pájaros. Él no puede comprender algunas cosas de su esposa y sólo piensa en ella ahí, en la ventana, y dentro se le viene:

Que se caiga, que se caiga ahora mismo, que se tire, que vuele como una gallina y lo llene todo de su ridiculez.

Pero el amo no comprende tantas cosas. Y cuando piensa que los actores van a hacer desaparecer a su esposa, no lo duda. Le pide que baje y baja. Le pide que se ponga donde le digan los actores y se pone. Y los actores empiezan su función. Y cae

una tela por encima de la esposa del amo y dicen algunas palabras en latín o en algo que se le parece y, bajo la tela, la esposa del amo se dice que Sontano lo ve todo así, del mismo color, y se siente feliz, se siente tranquila. Pero una mano la coge con violencia por el brazo y se la lleva de ahí, de ese lugar secreto, y la esconde no sabe dónde. Le dicen con el dedo que debe permanecer en silencio y ahí se queda ella, suspendida, sin saber de qué se trata. Y sólo se trata de divertir al amo. Sólo se trata de eso, de engañar al amo. De desaparecer por unas horas. Y a la esposa le parece poco tiempo.

El pianista

Sólo había dos pianos. En realidad había tres, pero uno de ellos se lo quería quedar el amo. No porque él supiera tocarlo, ni mucho menos, sino porque consideraba que le daba elegancia y prestigio. Tener un piano en casa. Tener un piano en el salón. Los otros dos pianos, pues, quedaban a disposición de Belfondo. Mejor dicho: el amo los ponía a su disposición. Y quería que eso siempre quedara bien claro.

Como ninguno de los habitantes había recibido clases ni era probable que fuera a tomarlas, puesto que el salario no daba para tanto y, además, faltaba en el pueblo un profesor de piano, el amo llamó a los interesados a la plaza y, para su sorpresa, sólo aparecieron cinco. En muchas casas un piano era simplemente un trasto, un mueble más para limpiar. Y casi en la mayoría de ellas ni siquiera cabía. Pero probablemente más de cinco hubieran deseado tener un piano en casa. O, simplemente, tenerlo. Pero sólo cinco estaban dispuestos a aprender a manejarlo. De los cinco, sólo había una mujer, una niña prácticamente. El amo no tuvo ningún tipo de consideración. Los puso en una fila y dijo:

Enseñadme las manos.

Y, mirando los dedos, comparando los dedos de los cinco, midiendo a ojo los dedos de todos, decidió que Elpidio y Quinciano se quedarían con los pianos. Pero, dijo Indalina, que todavía estaba envuelta en inocencia e imprudencia, pero, señor, Elpidio y Quinciano son hermanos. Los hermanos Blasco, que ése era el apellido de ambos. Pero no importaba.

¿Por qué iba a importar eso?

Uno de los pianos iba para casa de Elpidio y el otro iba para casa de Quinciano. Aunque fueran hermanos y aunque fuera corriente que, siendo ella una niña todavía, tuviera los dedos más pequeños, aunque no menos hábiles o menos aptos. Indalina, si quería, y los demás también podrían recibir clases de los hermanos Blasco en cuanto ellos aprendieran. Y para ello el amo sí trajo un profesor de piano que estuvo, durante algunos meses, día y noche con los hermanos: enseñándoles el piano, haciendo un repaso de las notas musicales, haciéndoles recordar de memoria canciones populares. Después de aquello, sólo venía alguna vez suelta para darles alguna que otra clase magistral. Pero ésas, ya sí, se las debían costear ellos con los recitales que hacían en Belfondo o las clases que, aunque a bajo coste, empezaron a dar.

Indalina, por supuesto, fue la primera alumna que los hermanos Blasco tuvieron. Como ellos todavía no eran unos expertos, decidieron, y también porque la decisión del amo les parecía injusta para ella, regalarle su tiempo y sus enseñanzas. De los dos hermanos, resultó ser Elpidio el que tenía un don. Quinciano tocaba el piano de maravilla, todos quedaban fascinados observando sus dedos, sus gestos, la posición de su cuerpo. Pero nadie, absolutamente nadie, podía arrancar de sus almas lo que Elpidio. Por lo tanto, Indalina, que tenía talento y no quería desaprovecharlo, decidió quedarse con él. Quinciano, por su parte, no se sentía dolido: Sinesio, el hijo de su

hermano, es decir, su sobrino, había decidido tomar las clases con él. Uno por otro, Indalina por Sinesio, como moneda de cambio. El sobrino defendía su decisión: papá es que no tiene paciencia. Y no decía ninguna mentira. Elpidio no tenía paciencia con su hijo, ni con sus amigos, ni con sus muertos siquiera.

Pero sí con Indalina.

A lo mejor Elpidio sentía no haber tenido ninguna chica, a lo mejor sentía no haber tenido ninguna hermana. Ni ninguna mujer a la que amar y añorar. A lo mejor Indalina no era tan niña como él esperaba. O a lo mejor Indalina era tan niña como él esperaba, pero ya no importaba. Mientras Elpidio enseñaba a Indalina a tocar el piano, mientras rozaba sin querer sus dedos porque había tocado una tecla que no era, una nota más alta, Indalina... y en cuanto la rozaba, la voz le fallaba un poco, le salía una especie de falsete, y entonces Sinesio llegaba de su clase con su tío y se preguntaba por qué, a ver, por qué si él ya había terminado, Indalina todavía estaba en la habitación, teniendo ambos los mismos horarios.

Entonces sucede que hay un parón en la historia. Un punto en el que la vida de los pianistas se cruza en dos y ya jamás vuelve a ser una. Y es sólo por un gesto: Indalina, que se coloca bien el pelo, por ejemplo, o Indalina que, como se equivoca, se muerde un dedo infantilmente, o Indalina que, al marcharse, regala a todo el mundo la mejor de sus sonrisas. Y, a decir verdad, nadie atinaría a decir cuál es la mejor de todas las tuyas, porque sorprendentemente la sonrisa de Indalina... no se sabía qué ocurría con la sonrisa de Indalina.

Indalina, niña, cómo lo has hecho.

Indalina no tiene amigos, sólo tiene dos, se podría decir que tres: Sinesio, Elpidio y Quinciano. Sólo esos tres. Y, bueno, el piano. Y los gatos y los perros que encontraba por la calle. Y su madre. Pero ya está. Se sentía bien así con su vida, así con sus amigos diferentes, así con su música, con sus dedos que tocaban en cualquier momento, con piano o sin él, con sus sueños efímeros.

Y sobre todo se sentía bien con el hijo de su profesor de piano. Mientras Sinesio tomaba clases con su tío, Indalina lo hacía con el padre de él. Y, al acabar, se cruzaban por el pasillo. Ya está. Ya estaba y eso valía. Valía para el corazón pequeño y confuso de Indalina. Y también para el de Sinesio. Bastaba el olor que dejaba su cuerpo diminuto al pasar para que el mundo entero temblara o desapareciera o fuera soportable. Indalina sospechaba lo que el vuelo de sus pies podía levantar en Sinesio. Sin embargo, al revés no era así. Y mucho menos cuando, a la hora de la cena, su padre se pasaba todo el tiempo hablando de Indalina. Su Indalina, la Indalina de Sinesio.

¿Por qué su padre podía hablar de ella con tanta naturalidad, sin vacilar, sin que temblara su voz? ¿Por qué él no era capaz de expresar lo que sentía por Indalina ahí, sobre la mesa? Decir, por ejemplo: quiero casarme con ella.

Porque Sinesio quería casarse con ella. No tenía dinero, no tenía casa, no tenía oficio. Ni siquiera la seguridad de que Indalina se hubiera fijado en él. Pero tenía algo

muy adentro que le permitía tomar esa decisión.

¿Y por qué su padre era capaz de eso, de hablar sin parar, de ensuciar el nombre de Indalina con la comida que le caía de la boca al plato mientras pronunciaba el nombre y la vida y los progresos y las bromas y la risa de la amada? ¿Pero se podía saber por qué actuaba así de esa forma su padre y por qué nunca podía dedicar la cena a contarle cosas de su madre?

Porque la madre de Sinesio, la esposa de Elpidio, estaba muerta. Sinesio nunca la llegó a conocer. Ni sabe siquiera su nombre. A veces, cuando reza por la noche y se dirige a ella, se equivoca y le dice Indalina, y, tras la sonrisa pudorosa, se confiesa que no le importaría que su madre se llamara Indalina, o que la misma Indalina, tal como la ha conocido, fuera su madre. Pero su madre tenía derecho a un nombre propio, al que fuera, y todavía lo esperaba de su padre. Pero no llegaba. Ni iba a llegar. Porque Elpidio no lo conocía el nombre de la madre. Porque en realidad, aunque pocas veces se lo reconoce, la madre del chico no era su esposa ni lo había sido nunca. Un día se encontró con Sinesio en la habitación: no se sabe cómo había entrado pero, al verlo, con la cuna, con todo lo que se necesita para un bebé, cuando lo vio, supo que debía hacerse cargo de él sin decir una palabra, sin formular ninguna pregunta. Y así lo hizo. Se quedó con el bebé que ahora era un adolescente que se iba a convertir en un hombre.

Es por eso que entre ellos no hay eso invisible que ata a las familias. Pero ahora había algo que sí les unía de verdad, ahora había algo mayor que un apellido o un parentesco que los ataba de verdad, con algo fuerte, y no los dejaba respirar. Y eso irresistible era Indalina. Por las noches, cada uno en su cama, pensaban en cómo confesarle a la niña el amor que sentían por ella. Cómo podía hacer, por ejemplo, Elpidio, para despistar a su hijo y quedarse a solas con Indalina después de la clase. Y cómo podía, por ejemplo, Sinesio, hacer desaparecer a su padre para poder cruzarse con Indalina por el pasillo y poder hablar con ella sin que nadie les escuchara. Se sucedieron los días sin que ninguno de los dos tomara una decisión. Sólo sabían eso, que amaban a Indalina, aunque ninguno de ellos hubiera conocido el amor y a veces les diera por dudar y se preguntaran si no sería miedo a la soledad o solución, pero eran pocas las veces que el sentimiento se lo llevaba el propio fantasma.

Y mientras, Indalina con su pelo, con su dedo, con su sonrisa. Con todas esas cosas que era ella y que nadie más que sus dos pretendientes admiraban. Porque Indalina para nadie había resultado importante ni suficiente ni imprescindible. Ni siquiera capaz de llenar el vacío de ninguna persona. Y andaba despreocupada hasta que un día se encontró que, al salir de su casa para dirigirse a su clase de piano diario, se encontró con el padre y el hijo delante de su puerta. Enseguida se puso nerviosa sabiendo que cuando una niña deja de ser niña, cuando pasa a ser mujer, cuando eso ocurre, previamente hay un hombre que se fija en ella y se dispone a arrancarle la adolescencia de un tirón. Y, al verlos ahí a los dos, tan seguros de sí mismos, se dijo que era el momento. Les hizo pasar sin decir nada, aceptando ya las normas de

aquello. Y miraba a Sinesio con orgullo, feliz de que por fin diera un paso que a ella no le correspondía.

Los padres de Indalina estaban en el salón: ella cosía, él reposaba la cabeza sobre el sillón y soñaba con otras vidas. Se sentaron todos y el padre de la niña dijo:

¿Y bien?

Entonces Elpidio empezó a hablar. Dio un rodeo tan grande sobre el tema que todos creyeron que ocurría algo terrible. Para acabar fue tajante. Dijo que quería casarse con Indalina. Lo dijo y cortó la respiración y no se atrevió a mirar a la niña que, confiada todavía, pensaba que hablaba en nombre de su hijo. Después Elpidio dijo: entiendo que tengan que pensarlo, puedo venir otro día, o más días, o lo que haga falta, para que me den la respuesta, para que hablen también con Indalina.

Y entonces, después de eso, dio la palabra a Sinesio, porque, aunque no había querido decirle a su padre qué era eso urgente que tenía que hacer en aquella casa, también tenía algo que decirles. Entonces el padre dijo de nuevo:

¿Y bien?

Y Sinesio dijo: yo venía a lo mismo, venía a lo mismo, venía a lo mismo, yo venía a lo mismo, Indalina.

Y nadie le tomó en serio.

El campanario

Cuca aprendió muy rápido a leer los labios de la gente. No importaba si estaban a un paso de ella o a diez pasos o a veinte pasos. Mientras le alcanzara la vista, Cuca era capaz de leer los labios de la gente y adivinar lo que estaban hablando. Por eso, cuando era pequeña y obedecía a todo lo que su madre le mandaba, se ponían las dos en la ventana que daba a la calle y espiaban a la gente.

¿Y ésa, Cuca, qué dice ésa?

Y Cuca la mayoría de las veces era fiel a las conversaciones, otras veces, cuando ya estaba aburrída, se las inventaba y creaba en su madre algunas dudas y remordimientos que tardaba días en olvidar.

La vida de Cuca siempre estuvo un poco apartada. Estuvo en esa frontera que podría decirse que era el margen, pero, por dentro, todavía formando parte de la vida de los demás, la vida que vulgar e injustamente se cree que es la normal. No se alejó de nadie voluntariamente, pero su falta de audición la había hecho vivir de otra manera. Dejó, por ejemplo, de asistir a las clases que daba el maestro en su casa porque, según decía al encerrarse en su habitación, Arcadio tenía la manía de decir siempre las cosas más importantes cuando estaba de cara a la pizarra y, por lo tanto, le impedía leerle los labios y seguir el ritmo de la lección. Y como al hablar solía gritar un poco y no quería llamar la atención, decidió que no iría nunca más.

El hijo del tabernero le llevaba los apuntes que él cogía en clase para que Cuca no dejara nunca de aprender cosas. Durante el día, pues, el único quehacer de Cuca era esperarle con ansiedad.

Su madre se hartó de que su hija se mantuviera siempre en ese margen que podría considerarse justo en la frontera y la llevó a casa del amo. La puso delante de él, muy cerca, dio un paso para atrás y dijo:

Ahí la tiene, qué puede hacer con ella.

Y en ese momento el amo se acercó a Cuca, que todavía no era una mujer ni tampoco era una niña, y le dijo al oído: tong, tong, tong. Y su madre no entendía nada, pero Cuca, que necesitaba siempre pocas palabras para comprender, comprendió. A los días se vio arriba del campanario, con una cuerda entre las manos, cogiendo aire, apretando la cuerda entre las manos y tirando y escuchando, lo más fuerte que había escuchado nunca, la hora que ella misma estaba dando: con su fuerza, con su ánimo, con su esfuerzo. Y Cuca, de pronto, se vio con el tiempo en las manos. Pero literalmente. Cuando cogía la cuerda gruesa que con fuerza atraía hacia sí, sentía que estaba ahí, en sus manos, el tiempo, que podía tocarlo, que, si quería, podía soltarlo, o agarrarlo para siempre, o dejarlo suspendido, podía hacer con él lo que quisiera. Llegaba la hora en punto y cogía la cuerda como si no quisiera soltarla nunca y cerraba los ojos y decía: no voy a tirar, no voy a tirar de ella, nunca van a ser las tres. Pero siempre había una energía superior y un sentimiento de responsabilidad que le hacía dar la hora, valga la redundancia, a la hora. Y cuando llegaban los

cuartos cogía la cuerda y decía: un minuto tarde, voy a hacer un minuto tarde, o dos, o los que a mí me apetezca, y nadie se dará cuenta porque el tiempo me pertenece a mí y a nadie más. Pero siempre obedecía a algo que tenía dentro y repicaban las campanas cuando debían hacerlo.

Pero la tentación de detener el tiempo en Belfondo no cesaba. Y una noche se le acercaron dos muchachos, un chico y una chica, al campanario. Asomaron las cabezas con timidez, sabiendo que Cuca no escuchaba bien y a buen seguro se iba a espantar al verlos de pronto. Después de pedirle disculpas ahogando un poco las risas por haber llegado de esa forma, le preguntaron si podía ir atrasando, durante la hora que quedaba, los cuartos. Sólo un rato de nada, en cada cuarto, un poco más tarde. Se lo pedían con fervor: que sea la hora más larga del día. Y brillaban sus ojos de ilusión, comprendiendo que Cuca se disponía a aceptar. Necesitaban pasar más tiempo juntos y llegar tarde les parecía a ambos una locura, teniendo en cuenta que, en su responsabilidad, estaba todo en juego para que el padre de la chica aceptara la proposición de matrimonio del chico. Cuca, que esperaba ese momento con ansia, como cuando llegaba el hijo del tabernero con un montón de hojas escritas, el momento de encontrar una razón de peso para violar el tiempo a su antojo, aceptó. Y no lo hizo por los chicos, lo hizo egoístamente por ella, por el poder que le había dado su sordera. Así, en cada cuarto retrasó un poco y aquella noche todos los amantes de Belfondo pudieron disfrutar de su amor unos minutos más. Después de pasar aquella hora, Cuca se sintió feliz.

Y se sintió feliz las demás veces que lo hizo, porque aquello se convirtió en una costumbre que, aunque casi todo Belfondo conocía, todos mantenían en secreto. Se empezaba a decir por algunos ambientes que Cuca modificaba, sobre todo por las noches cuando el tiempo no importa tanto, según ella, modificaba los cuartos por petición de los belfondinos. Así que aquella noche, como muchas noches anteriores a aquella y Cuca lo sabía, se acercó una chica con la que no había hablado nunca. Nunca había hablado palabras, decía Cuca para sí, pero entre ellas había una comunicación especial. Se había dado cuenta de que llevaba varias noches merodeando el campanario, sin atreverse a entrar nunca, siempre sola, alguna que otra vez discutiendo consigo misma en voz baja, cambiando el ritmo de sus pasos, ahora más rápido, ahora más lento, y finalmente rindiéndose y marchándose a casa.

Así que por fin se acercó Anjana, que así se llamaba la muchacha, y le pidió si podía atrasar la última hora. Cuca preguntó para qué. Y Anjana no supo qué contestar. Se sentó allí mismo, sin preguntar nada, como si en aquella pregunta de Cuca hubiera descubierto algo que hasta el momento desconocía. Quizá no se había hecho esa pregunta, quizá simplemente quería comprobar lo que se siente al parar el tiempo, al decir, no, ahora no, ahora que todo esté en paz, que todos crean que es una hora y es otra, que pare todo, cuando yo lo digo. Miró a Cuca y le pareció ver en su rostro que no hacía falta una respuesta, le pareció que Cuca conocía bien esa sensación que ella tenía, ese deseo creciente y ambiguo y confuso. No venía

acompañada de ningún joven, como siempre, no parecía que nadie la esperara en casa, no tenía prisa, no tenía tiempo, no tenía nada y, sin embargo, aquella noche deseaba que fuera más larga por alguna razón que no sabía ni podía darle ni reconocerse. Miró de nuevo a Cuca, que se había sentado a su lado, la miró de frente, sabiendo que, sin leer sus labios y en aquella oscuridad, la comunicación sería complicada.

No sé, le dijo, no sé por qué lo quiero, pero lo quiero.

Y Cuca le dijo, gritando un poco, que era demasiado tarde para sus explicaciones, que, en ese momento, en ese preciso instante, debía estar dando el primer cuarto. Anjana sonrió. Sonrió agradecida, complacida. Y pronto se sintió en deuda. Le preguntó:

Cuca, porque en Belfondo muchos conocían sus nombres sin necesidad de mantener ni relación ni parentesco, Cuca, qué puedo hacer por ti.

Y Cuca lo tenía muy claro. Lo tenía tan claro que no quiso decirlo por miedo a equivocarse, aunque estaba segura de que no era así. Cerró los ojos y se acercó a la cara de Anjana que se ruborizaba en la penumbra. Confiaba en aquella intuición que tenía con Anjana, porque también era conocedora de su nombre, confió en aquello que las unía más allá de las palabras que sonaban, siempre, tan lejanas, tan débiles, en sus oídos como de otro lugar. Cerró los ojos y esperó. Tenían el tiempo parado entre ambas y a Cuca le pareció buena idea esperar en silencio. Anjana se le acercó y le besó un ojo. Después le besó el otro. Después le acarició las orejas con los labios. Y después se acercó a sus labios y dijo muchas gracias y, con la eme de muchas, con ese gesto tan íntimo, besó su boca, la boca de Cuca, y sintió más que nunca que el tiempo les pertenecía a las dos, que fue en ese segundo cuando el tiempo quedó suspendido de veras y no antes, con el abandono de la cuerda.

Después del silencio que nadie sabría decir cuánto duró puesto que el tiempo era invisible entonces, se levantaron y subieron a lo alto del campanario. Cuca le cogió de la mano y le hizo tirar fuerte de la cuerda, le hizo sentir lo que era poner de nuevo en marcha el tiempo, la vida. Después, mientras todavía vibraba en el ambiente la campanada, Anjana miraba a Cuca, a su perfil, apoyadas en una de las paredes del campanario, miraba a su perfil dándole silenciosamente las gracias mientras ella miraba todo lo que había además de Belfondo que, desde tan arriba, tan bien se podía ver.

Lo miraba Cuca y se imaginaba con Anjana caminando por todos esos lugares, huyendo de todo, ocultando para siempre la eternidad de un momento detenido, ocultando aquello imposible que les unía para siempre o para un rato, todavía no se podía saber.

Cuca volvió a confiar en aquella comunicación que distaba tanto de las palabras y le dijo a Anjana que marcharan juntas, que olvidaran las ataduras, el miedo, las ataduras y el miedo. En ese momento Anjana le hizo una pregunta a Cuca:

¿Adónde te gustaría ir?

Como si supiera lo que ella le estaba confesando en silencio. Como si fuera posible aquello en lo que Cuca confiaba ciegamente. Lo preguntó porque intuyó en sus ojos el deseo de volar hacia otras tierras, hacia alguna de las que en ese momento podían ver desde lo alto, desde lo más alto de Belfondo. Pero Anjana no se había puesto frente a Cuca y no la había podido escuchar, no había podido leerle los labios y descifrar su mensaje. Y comprendió que todo eso que estaban viendo ahí arriba, todo lo que se podía ver desde arriba del campanario, la separaba de Cuca. Y quiso ponerse delante del paisaje para que Cuca no pudiera ver el horizonte sin verla primero a ella. Quiso estar por encima de él. Pisándolo, quizá.

La libertad

Pero cómo me gustas, dice Beremunda, ah, pero cómo me gustas, no sé cómo puedes gustarme tanto, cómo has hecho para atraparme de esta manera, tan silencioso, tan lejano, tan ajeno, tan de todos y tan de nadie, cómo lo has conseguido, que venga siempre a verte y nunca me baste y siempre resulte, aquí estoy de nuevo porque no puedo pasar más de un día sin olerte y sentirte, cómo lo habrás hecho, sin saber hablar todavía y a la vez tan sabio.

Y nadie diría que Beremunda le habla a los campos que hay alrededor de Belfondo. Cualquiera podría fantasear con que se lo está gritando a su hermano, aunque ella no sepa quién es, al extranjero pecoso, y no a la naturaleza. Pero así es, Beremunda, en cuanto puede, se escapa, aunque no sea del todo escaparse porque nadie la retiene, o sí, Belfondo, sus calles, lo cerrado suyo, lo concentrado, la pecera, se escapa a los campos que hay afuera aunque todavía pertenezcan al pueblo, los campos que todavía no están repartidos y por lo tanto vírgenes, y por lo tanto sin trabajar. Y por lo tanto, requisito indispensable, solitarios. Ahora andan diciendo que el amo va a decidir a quién le dará esos terrenos, que cogerá al que mejor trabaje y se lo regalará, para que dé más, para que tenga también más, y Beremunda siente que le roban algo tan suyo, sabiendo de siempre que nada de lo de Belfondo le pertenece excepto su pobreza y lástima, pero siente como... siente algo que no sabe cómo expresarlo, pero algo es, algo lo suficientemente grande y poderoso como para mantenerla alerta y algo pensativa, ella, que se basta de tantas cosas menos de analizar las cosas, que es tan así, espontánea dicen algunos, tan que siempre parece muy viva, pues algo hay ahí que la frena.

¿Y en qué lugar la dejará ese frenazo, y adónde se dirigía antes de que la pararan?

De momento está a solas y el amo no ha repartido ni un sólo centímetro de los campos. Quizá sólo sea un rumor. Es esa quietud, ese silencio, ese aparentemente escondite —por fin un escondite que no suponga estar encerrada, piensa y salta como una colegiala, por fin un escondite que no sea ahogarse y morir— al aire libre lo que le permite a Beremunda hablar en alto sin que nadie la mire con descaro y prejuicios, aunque, al rato de estar hablando con el monte o con ella misma, le da por reírse a carcajadas y decirse que está hecha una buena loca, una buena loca de remate.

¡Una buena loca, una loca de remate!

Primero se sube la falda hasta arriba de la cintura y después se sienta en las hierbas secas. Por supuesto que le pican las piernas y toda la piel que está en contacto con el suelo, unas veces más y otras menos, depende de lo corta que sea esa vez la falda, pero le gusta. Decidió un día que eso le gustaba y se mantenía fiel a ese pequeño placer, le producía unas cosquillas más o menos soportables y además también le provocaba una de esas risas de loca que tanto le gusta experimentar cuando está sola en el campo. De esa manera, cuando llega a casa y todavía sigue esa pequeña molestia ahí, en el trasero, se acuerda del rato tan agradable que ha pasado y

sonríe como una enamorada primeriza mientras su hermano sufre también como un enamorado primerizo, que lo es.

Se lleva un libro de los que previamente ha cogido de la biblioteca clandestina que tiene Horacio en su casa —¿por qué no irá Horacio a su barraca, por qué no querrá gozar de su piel, por qué no la pedirá, descarado, que le pague el servicio de los libros con su carne, como han hecho tantos otros, por qué Horacio es tan así y ella no logra llegar detrás de sus ojos, y qué tienen sus ojos que no tienen los demás, ni siquiera los suyos?—, a escondidas del amo y de los que se van de la lengua, lo abre y se pone a leer en voz alta y, sin darse cuenta, empieza a desviarse de la lectura y empieza a llevarlo todo a su terreno que es ni más ni menos ni tan lejos como ese mismo que está pisando en el momento. Empieza a divagar sin mucho sentido y acaba hablándose a sí misma como si fuera su madre o como si fuera su padre o una tía a la que no ve nunca o su hermano o cualquier árbol que haya por ahí cerca; la mayoría de las veces se da consejos:

Bere, no puedes seguir así, no te hagas la interesante y misteriosa desapareciendo unas horas de Belfondo que todos sabemos que te vas al monte y que no conoces más allá de lo que se ve desde la torre más alta que es el campanario, que a veces te hemos visto pero te guardamos el secreto porque todos tenemos y con el tuyo no haces daño a nadie, pero a ti a lo mejor sí te estás haciendo daño y deberías dejar de engañarte, Bere, hija, o hermana, o niña, lo que sea, depende del personaje que interprete en ese momento, Bere, hija, no puedes, no puedes, así te vas a destrozar, tienes que salir de todo eso, plantarle un día cara a la vida que tenemos todos, que a nadie nos gusta, pero no andamos engañando a nuestras familias, ni a nadie, vamos, pero menos a nuestras familias, vuelve a la plaza y cuéntale a todos que no, o cuéntaselo por lo menos a la vieja y déjala tranquila, díselo, que sólo te acuestas con los de Belfondo, que no hay nada más que eso, o que hay más que eso, pero es el monte, es la soledad, es la libertad que cada uno elige y tú has elegido ésta, que nos parece muy bien, hija, en el caso de que hablen sus padres, hija, nos parece estupendo, pero no está bien que andes engañando, mintiendo, ocultando, además, qué sacas tú de bueno.

Y entonces Beremunda se pone en su piel, que no siempre está sobre ella, y da todas las razones por las que oculta su escondite y su vida verdadera: porque lo necesita para sobrevivir ahí en Belfondo.

Es cierto que nadie la obliga a quedarse, es cierto también que alguna vez se ha sentido tentada por la idea de marcharse —y quién no, grita, algo ida, y quién no se ha sentido tentado, el que no, el que no... es que está muerto y no vivo, es que está muertísimo— como de verdad dice que hace, pero cuando llega al monte, cuando lleva un trecho andado, le coge y sube por los pies una desesperanza, un miedo y un cansancio que la dejan débil y llorosa.

¿Es verdad que afuera las cosas tampoco son tan fáciles?

Porque eso lo piensa constantemente. No es el amo —¡no eres tú, diablo!— el

que la fuerza a quedarse, es el miedo.

Me voy de Belfondo, sí, pero y después qué, qué pasa si descubro que allí todo es peor, que, aunque por dentro nunca he dejado de quejarme, estoy mejor de lo que está mucha gente y sólo me quedaba comprobarlo y después lamentarme de mi suerte, de mi desdicha, y desear volver y que otra vez el miedo me deje paralizada.

En ese momento la mala hierba ya pica de una manera que no se puede tolerar y el libro se llena de palabras que nadie le ha explicado qué significan y también de sensaciones que le parecen tan lejanas y desconocidas como esa tierra de nadie que es el sitio donde está escondida de su mentira y su verdad. Entonces desespera y se da cuenta de que no, de que no puede seguir así, piensa que al volver a casa va a contar todo lo que pasa: eso, que no sale de Belfondo, que los tiene a todos engañados. Y como coartada sólo tiene que, cuando llega al pueblo, cuando está en él, cuando vive en la barraquita de Beremunda la veinte pesetas, se siente como un pez aullando en un cubo roto.

En ese momento le atrapa una lucidez que la vuelve un poco excéntrica: ah, ah, ah, ah, ah, un pez aullando en un cubo roto. Ha encontrado perfectamente las palabras que definen esa sensación que es la realidad de Belfondo. Pues claro que así. Se siente aletear inútilmente en un cubo que recién están sacando del mar, de un mar que es el mundo, que es la vida, que es todo lo que se está perdiendo, y cuando han dejado ese cubo en el suelo de Belfondo, se ha dado cuenta de que el agua va bajando y bajando, cada vez le cuesta más respirar e incluso la rebeldía de dar aletazos y salpicar afuera, sin criterio ninguno pero salpicando, y llega un momento, ese momento que es cuando se va al monte y las mejillas están rojas como a punto de explotar, ese momento que es cuando todo el agua se está yendo por la herida que tiene ese cubo, esa vida, ese mundo, entonces toda esperanza se filtra por ahí, empapándolo todo, mojando una tierra que no le pertenece, y se queda adentro del cubo, roto y sin agua, rota, y se va muriendo poco a poco, apagando, *deshaciendo*.

Sabe que así se sienten muchos. Lo sabe porque se niega a pensar que todos estén tan muertos como para no encontrarse a nadie en el monte hablando como ella desde la desesperación, los justifica como también lo hace con ella misma, con mucha piedad, con mucho asco, con tanta vergüenza.

¡Se siente así, siempre se ha sentido así y por fin lo ha descubierto!

Porque una de las cosas que más descorazonada tenía a Beremunda era que no sabía localizar esa tristeza y añoranza, andaba siempre refugiándose en una risa contagiosa y un poco en falsete, pero en realidad estaba triste y ahora ya sabe a qué apuntar: al cubo roto.

¿Y si se lo contara a alguien, y si encontrara fuerzas en el mero hecho de convencer a alguien de la huida, y si hablando, poniendo palabras sobre su ansia, y si ahí encontrara el valor que le falta, y si el extranjero pecoso...? ¿Te imaginas?

Pero la primera persona que encontraría desde ahí donde está, la más cercana, la que podría escucharla si tuviera el oído finísimo, la que si empezara ahora a correr se

encontraría primero y a lo mejor todavía la fuerza no le hubiera traicionado y pudiera convencerle, esa persona sería el amo. Siempre el amo.

Ojalá no pudiera sentir miedo y se pareciera más a la Beremunda que todos creen conocer. Sería tan hermoso. Tanto.

La infancia

No es tan fácil crecer en Belfondo. Tampoco es fácil crecer en otro lugar, pero ahí en Belfondo no es nada sencillo. Eso lo piensa Tarisco, el hermano de Benjamina que quiere ser como su padre. Lo piensa mientras mete la lengua en la copa vacía de vino de su padre. Ha ido a buscarlo a la taberna, desde que nació el bebé tiene que ir a menudo porque su madre no se encuentra muy bien, ha ido a la taberna y le ha dicho al tabernero que por favor le deje el vaso de su padre para enseñárselo a su madre, porque le ha pedido que le diga lo que su padre ha bebido y él no sabe decírselo. El tabernero le ha dado la marca del vino pero aun así el muchacho ha insistido, diciendo que su madre después no le cree y además por el camino, intentando llevar a su padre en brazos, se olvida de la marca. Así que, sentado en la calle con su padre dormido en el suelo, mete la lengua en el vaso y se le deforma la cara y la nariz, intentando rescatar alguna gota de alcohol del vaso. No le llega la lengua a nada y piensa que su padre es un maldito idiota que exprime los vasos y piensa que crecer en Belfondo no es sencillo y se lamenta como si tuviera un millón más de años.

Quiere ser como su padre aunque lo esté viendo viejo e inútil en el suelo, tirado y dormido, sin saber que en casa esperan para cenar cinco bocas más la de su mujer, sabiendo que todo lo ha echado a perder quedándose ahí, olvidándose de toda la vida que le esperaba fuera de Belfondo y que ya ha partido sin él. Intenta meter más la lengua y piensa si esa vida, a fuerza de esperar a su padre, estará todavía ahí para él. Y se pone a inventar una salida, una escapatoria. Y se dice como un viejo cascarrabias que no es sencillo ser niño en Belfondo.

Como si supiera mucho de alguna cosa.

Pero es cierto porque su madre, al nacer el bebé, no deja de maldecir el día en que decidió seguir adelante con el parto, habiendo visto tanto despropósito en los ojos de su marido, unos ojos ya desconocidos y siempre borrosos por el vino. Sabe Tarisco hablar de la infancia gracias a su madre, que ha engordado veinte quilos y apenas puede moverse, sabe de la infancia porque todos, habiendo crecido, se creen que recuerdan cómo es crecer. Pero pocos de ellos saben cómo es hacerlo en Belfondo y el vaso se hace eterno en las manos de Tarisco que tiene ya marcado un círculo morado alrededor de la nariz, de tanto como se aprieta el vaso de vino a la lengua cada vez más corta y gorda y áspera y loca.

Si ser pequeño fuera fácil, piensa Tarisco en alto y nombrando diferentes muchachos de Belfondo, su hermano recién nacido no se alimentaría de esa forma tan desesperada del pecho de su madre que parece que se lo va a arrancar, si fuera fácil, a él no le daría asco el cuerpo desnudo de su madre amamantando, sería todo diferente, él no querría ser tan estúpido como su padre, su ejemplo a seguir sería otro, si fuera grande y pudiera elegir, si no tuviera la familia que tiene, pero ser pequeño no es fácil, porque si lo fuera, el chico que le dijo al amo que Petronilo había muerto, el chico aquel, después de verle la cara muerta y el cuerpo fofo y perezoso, después,

habría podido seguir como siguieron sus vidas los demás que vieron a Petronilo pero ya siendo mayores, no como él que de vez en cuando dice:

Que Petronilo ha muerto y no saben adónde llevarlo.

Si fuera fácil ser pequeño las cosas crudas y reales no serían así, tan dolorosas, tan que se quedan para siempre y nos cambian irremediabilmente, lo va diciendo en alto y está casi despertando a su padre que anda durmiendo la mona, que es una expresión que dice siempre su madre pero que Tarisco no sabe todavía a qué se refiere, pero siempre que duerme así, con la boca abierta, con peste a vino, feo, desigual, sucio, está durmiendo la mona.

¿Y cómo serán las infancias en otros lugares?

¿Cómo será hacerse mayor en otras tierras, lejos del amo y todo lo de Belfondo?

A lo mejor es más amable todo. A lo mejor ser pequeño significa no intentar entender a los mayores y de repente un día verte siendo uno de ellos, diciendo cosas que otros no entienden, susurrar palabras y mirar de reojo a ver si hay niños alrededor, como venganza de cuando uno estaba abajo, abajo del todo, teniendo menos años de los que se debe para poder ser alguien. A lo mejor en otros lugares ser pequeño es menos brusco y el cuerpo de las madres no dan asco y los padres no son así, idiotas, despreocupados, borrachos, a lo mejor hay un sitio que le está esperando, con una taberna limpia y brillante, con miles de vasos de vino para él solo y nadie más, con un tabernero que no hace preguntas ni da su opinión, quizá si alguien le asegurara que lejos de Belfondo todo eso existe, quizá se atrevería a marcharse y a dejarlos a todos ahí, con sus vidas asquerosas como la costra que deja el vino en la comisura de los labios, si alguien pudiera decirle cómo es la infancia en otro sitio, iría allí a crecer, pero nadie le dice nada y se está ahogando y necesita beber para olvidar, como dice su padre, y quiere olvidar sin que haya una mujer que le pregunte qué exactamente quiere olvidar, quiere eso, que no haya una mujer que le controle como a su padre, que no haya nadie que le pueda decir lo que tiene que hacer, simplemente ser grande en otro lugar, y ser también desconocido. Y beber vino, beber tanto vino.

Mientras todo eso lo lloriquea sin que se le entienda, sigue metiendo la lengua adentro del vaso y a veces, cuando la voz se le alza sola porque no se acuerda dónde está, hace un eco y se asusta de sí mismo. El padre está volviendo en sí, aunque todavía no es del todo consciente. No sabe que en su casa su esposa está enfadada, gorda, gandula, queriendo que le dé de comer a los demás niños porque ella ya tiene suficiente con amamantar con su cuerpo enorme y desfasado al bebé.

Las cosas antes no estaban así, piensa Tarisco. Las cosas antes no estaban así.

¿Pero cómo estaban?

Ser pequeño se le está complicando. Antes sólo quería parecerse a su padre y, sin embargo, ahora, su padre le repugna. Pero tampoco encuentra otra figura a la que seguir. A veces quiere ser como el amo porque al amo nadie le pide cuentas. Él hace y deshace sin pensar en nadie. Y quiere eso, que nadie piense por él y no pensar en nadie. Pero después cree, empieza a intuir aunque de lejos, que para algunas cosas se

necesita ser mayor y ser algo malvado. Y eso, piensa él, no lo tiene. Aunque no está tan lejos como él se piensa, que la ambición y la tiranía están tan a mano de todos y es tan tentador.

Y dice Tarisco: si fuera tan fácil ser pequeño, que a veces los grandes dicen eso, que ojalá volvieran a ser pequeños para no tener preocupaciones, si fuera tan fácil, no estaríamos así. Y se atreve a hablar en plural porque en ese momento su padre está algo consciente y le está mirando con los ojos cerrados, y así, en esa pose, somnoliento todavía, se le antoja que su padre todavía sigue siendo un niño y por eso, por eso y no porque es un maldito imbécil como dice su madre, por eso es así como es. Le dice con los ojos brillantes todo lo que venía pensando antes, pero ahora en plural, como haciéndole partícipe de la infancia, para que no se sienta solo como él.

Pero el padre cierra un poco los ojos y vuelve a caer encima de las rodillas de Tarisco. Entonces el niño lo coge y lo levanta y empieza a andar hacia casa. Al pasar por uno de los pozos que hay en la entrada de las casas, saca un cubo de agua bien fría y llena el vaso una y otra vez y le moja la cabeza a su padre, la cara, el cuello. Hasta que despierta. Todavía anda ebrio pero por lo menos se sostiene solo, aunque de vez en cuando necesite ayuda.

Y Tarisco empieza a caminar hacia casa hablando, pensando en todo eso y dándose cuenta de que ya no es tan niño, de que ha crecido, porque antes no era capaz de hablar así de esa forma tan resuelta ni tan clara, que su madre a veces le dice que parece un viejo hablando y que dónde ha aprendido a hacerlo, pero él no ha aprendido, simplemente, a fuerza de desearlo, se está haciendo mayor. Y sufre, porque todo ese proceso duele. Y sigue andando y canturreando toda su pena. Mientras pasa por las casas, que tienen las luces encendidas pero no se oye en ninguna de ellas nada que no sea un repicar de cucharas en platos y ollas, va pensando en los niños que hay adentro, se los imagina sufriendo como él, sin saber que la mayoría están tan cansados de haber trabajado todo el día que no les queda apenas tiempo para pensar si son mayores o pequeños, si sufren o es sólo que duele un poco la vida, que empiezan a adivinar que es así, tiznada un poco de negro y soledad.

Hace rato que su padre ha quedado atrás y él no lo advierte, han dejado de sonar tras él sus pasos, pero Tarisco está tan en su lucha que no se acuerda. Y cuando llega a casa y entra por la puerta, su madre tiene un pecho afuera y está comiendo un trozo de pan, cayéndole al bebé algunas migas encima. Al verlo que viene solo, le pregunta por su padre. Y en ese momento se acuerda de él. Y dice:

Se me ha olvidado.

Como si fuera un juguete. Como si fuera cualquiera.

La confianza

Merina, la mujer de Amario, le sigue a todas partes. Y por eso sabe que entra en la barraca de Beremunda. Y por eso sabe que se disfraza con un sombrero tan grande como estúpido. Cuando su marido se acerca a la barraca, ella aguarda afuera, donde no puede ser vista. Y cuenta los minutos en voz baja. Sesenta segundos, un minuto. Sesenta segundos, dos minutos. Y después, cuando en casa se obligan a hacer el amor, también los cuenta. Y siempre tarda más con ella. Primero se sintió feliz de que reposara su cuerpo sobre el de ella más tiempo que en el de Beremunda. Después entendió que, si tardaba más, también era porque le costaba más sentir placer. Y sintió una gran tristeza. Podría dejar de contar los minutos, o dejar de perseguirle, pero no encuentra otra manera mejor de seguir con su vida: buscando la verdad. Después, una vez la tiene en las manos, no sabe qué hacer con ella, pero por lo menos la tiene.

Por lo menos la tengo, ¿o no?

Por la noche, cuando Amario llega de trabajar, Merina le pregunta cómo le ha ido el día. Sabe perfectamente cómo y de qué manera porque lo ha estado siguiendo sin descanso, pero, aun así, pregunta. Amario es fiel en todo lo que cuenta, exceptuando los encuentros con Beremunda, que entonces se inventa cualquier cosa. Merina podría dejar de preguntarle, o dejar de perseguirle, pero le gusta cómo Amario se inventa historias para no herirla.

Lo hace para no herirme.

Se lo pregunta y disfruta de las aventuras que le aguardan a Amario mientras estaba en el cuarto de Beremunda, porque Amario sólo sabe que inventarse cosas fantásticas, no es capaz de contar algo sencillo, banal, algo acorde con Belfondo, con la vida que llevan allí ambos, sólo inventa cuentos que Merina escucha entregada. Y algunas noches se acuesta insuperablemente feliz, creyéndose todo lo que le ha contado.

Pero ha pasado algo extraordinario.

Merina, como siempre, ha seguido a Amario hasta la barraca de la puta. Se ha quedado esperando, contando los minutos. Esta vez ha tardado diecisiete y, contando que se quitan y se ponen la ropa, menos, mucho menos. La última vez que hicieron el amor, la semana anterior, Amario tardó treinta y dos minutos, casi treinta y tres. Un desastre. Y aguardando, quedando sólo un hombre en la fila, ha descubierto algo que la mantiene inquieta desde entonces.

Sabía que un hombre extranjero iba a visitar muy a menudo a Beremunda. Lo sabía no porque todas las mujeres lo cuenten, lo sabía porque ella misma lo había visto. Y, aunque le cuesta reconocerlo, le parece tan atractivo y exótico que alguna vez, mientras contaba segundos debajo de Amario, ha pensado en él.

Para fantasear con alguien no hace falta saber su nombre, ah.

Mientras Amario estaba adentro, ella no dejaba de mirarle y de observar sus

movimientos. Se había girado hacia donde estaba escondida, pero parecía que no la veía. Llevaba unas gafas con un cristal muy grande y hasta parecía que se mareaba si miraba a través de ellas. De vez en cuando, a Merina se le encogía el corazón y empezaba a temblar, porque el extranjero, con algunos gemidos de Beremunda, a los que ella ya se había acostumbrado, el extranjero se tapaba los oídos tan fuerte como podía. Algunas veces se agachaba, como intentando esquivar los gritos, como si éstos fueran por arriba y ahí, agachado, no le tocaran. Pero Merina bien sabe que los gritos de Beremunda, y algunos resuellos de su propio marido, van por el aire, sin tener dirección ni orden, porque ella, escondida y agachada tras un matorral, los oye perfectamente.

Beremunda es una mujer con suerte.

Hace mucho tiempo que lo piensa, pero, al ver al extranjero tan dolorido por la visita de Amario, se reafirmó. No sólo su marido amaba a aquella mujer, también ese tipo desconocido y extraño del que nadie sabía nada, también su fantasía. Y de pronto, sintiéndose después sucia y ruin, desea con todo su cuerpo ser puta y gustar a los hombres. Gustar a esos dos hombres que son los únicos de su vida, sin saberlo ninguno.

El hombre sigue esperando a Beremunda y a veces hace ademán de marcharse. Pero también Merina conoce bien esa sensación de no querer, de levantar la suela del zapato para irse y no moverse del sitio, quizá por curiosidad, o por el dolor, que paraliza. No se sabe. Y siente muchísima lástima. Se da cuenta de que desea de nuevo gustar a ese hombre, y ya excluye a Amario del pensamiento. Se imagina que sale de su escondite, que va al encuentro del desconocido, que le coge de la mano y él no pregunta, tan anestesiado como estaría de seguir escuchando los gemidos de aquellos dos, se lo imagina y cierra los ojos y sonrío, sintiéndose dichosa en su imaginación. Una vez atraído, lo escondería tras el matorral y allí mismo, al lado de la barraca de Beremunda, le haría el amor. En sus ensoñaciones el extranjero se deja llevar, no echa la vista atrás y, al roce con su cuerpo, olvida por completo a Beremunda, sus gemidos, su barraca y al mundo entero. Y ella, con él. Mientras lo piensa, se excita. Y se acaricia un poco el muslo pensando que es él y no ella el dueño de la mano. Y saborea la palabra dueño, con dulzura, con pasión, con algo que se le desata adentro y que no ha experimentado nunca.

Pero mientras, el hermano de Beremunda se siente morir esperando que sea su turno y desfallece un poco. Le tiemblan las piernas y duda que pueda, en cuanto ella acabe, hacerle el amor.

Cuando Amario sale y entra el supuesto extranjero, a Merina se le olvida seguir a su marido y se queda aguardando al tipo. Se da cuenta de que también cuenta los segundos. Y no se siente traicionera como pensaba. Los cuenta y enseguida él sale de allí, atándose los pantalones. Suponiendo Merina que no han hecho nada y que está cada vez más cerca de lo que ha soñado. El hombre se va a esconderse y Merina tiene que contener la respiración para que no la oiga ni la vea moverse. Puede espiarle por

una clara que hay en el matorral, puede observarle cómo llora, cómo se seca las lágrimas.

Y cómo las pecas se van borrando con el roce de su mano.

Cómo va descubriéndose su identidad.

Cómo acaba por aparecer el hermano de Beremunda.

Cómo es Dositeo el que hay debajo de ese desconocido, como por dentro, saliendo.

Por la noche, cuando Merina le pregunta a Amario cómo le ha ido el día, éste se inventa que, andando por un trozo de tierra yerma, algo despistado, se ha caído por un agujero que alguien había hecho ahí. Le cuenta que, por un momento, ha pensado que había caído en su tumba, porque tenía esa forma, la forma de un hombre. Y que ha sentido tanto miedo. Y que ha pensado en ella, deseando que estuviera bien si él faltara. Pero que después ha aparecido un tipo que le ha ayudado a salir y las dudas y el miedo se han esfumado.

¿Y el agujero era de ese hombre, quién era él?

Todo lo pregunta Merina pensando en el hermano de Beremunda, pensando en si debería contárselo a alguien, desvelar el secreto, quizá decírselo a Amario, descubrirse ella misma. Por un momento cree que ha encontrado la solución, piensa que la confesión hará que Amario y ella vuelvan a quererse como antes de Beremunda.

¿Qué ocurría antes de Beremunda, nos queríamos?

Y Amario le dice que, con las prisas, con la alegría, se le olvidó preguntarle al tipo si el agujero era suyo. Y, en caso afirmativo, para qué era. Le promete que al día siguiente volverá por allí y le preguntará, que seguro que está.

Merina piensa, algo esperanzada, que quizá mientras ella espiaba al hermano de Beremunda le ha ocurrido todo eso a Amario. Se deja envolver por la idea de que, por una noche, no la está engañando.

¿Quieres que mañana le pregunte y te lo cuente?

Y Merina asiente con la cabeza, ida completamente. Le parece tierno que Amario le cuente una historia como por entregas, que la deje pensando en eso del agujero. Justo antes de quedarse dormida al fin, toma una decisión: va a guardarle a Dositeo su secreto, igual que le guarda también a su marido que le es infiel. Va a guardarlo de igual forma, celosa y amorosamente. Como si le perteneciera.

El exterior

Horacio coloca pudorosamente los libros en su biblioteca clandestina. Hoy, lo recuerda perfectamente, es el día en que llega el tipo que le trae los últimos que le faltan de un autor para completar toda su obra. Opinó, desde el primer momento, que era totalmente necesaria toda su obra allí, en sus muebles como de otro tiempo, necesitaba que aquel autor quedara anclado por el tiempo y el polvo en sus estanterías, sobadas por tantas manos desconocidas y ciegas, también algo perdidas, aconsejables. No importaba que no consiguiera otros libros, los únicos urgentes e imprescindibles eran aquéllos. Y hoy por fin iba a recibirlos al mismo tiempo que la ciudad porque se los va a traer el tipo que le proporciona de contrabando los libros. Se imagina al hombre entrando en una librería, con sus ropas viejas y sucias, desentonando.

No sabe cuál es su nombre porque ésa es una operación de riesgo. También, además de libros, es el encargado del vino que pide el amo todas las semanas. Imposible que se acabe, por más triste que ande Amario o más amargado Gualberto, por más que beban todos. Así que desde el primer día le advirtió, tapándose la boca como si en su aliento estuviera la prueba definitiva que pudiera dejarlo en evidencia ante el amo:

Te traigo los libros, pero chitón. Si el amo se entera, me quedo sin suministrar el vino.

Después de que Horacio hiciera un gesto de: qué importa. Contestó, repitiéndose:
Y eso sí que no. Y eso sí que no.

Porque lo que le daba de comer, aunque Horacio le comprara a un precio altísimo todos esos libros, era la regularidad y fidelidad del amo. Le traicionaba, era cierto, pero también le estaba enteramente agradecido.

Era una estupidez lo del nombre, porque si quisiera delatarlo, lo haría sin él, un nombre no es nada, pero al tipo le hace sentir más seguro, siente que puede defenderse mejor si cuando le apuntan con el dedo no dicen su nombre. Y Horacio lo respeta y lo acepta desde el primer momento.

Yo sólo quiero los libros, no se preocupe.

Y eso le tranquiliza a Carnuda —para servirle—, que no tenga interés en su identidad. Y también que no se ría de la ridícula barba postiza que se pone y se le cae constantemente, obligándole a hablar con la mano puesta siempre en la barbilla, como pasando por misterioso.

Así que cuando el hombre viene a traerle el vino al amo, si tiene un libro, pasa por delante de la casa de Horacio y da un bocinazo. Se marcha y lo espera en las afueras, donde nadie pueda verles, donde el amo no pueda verles. Y ahí descubre los libros que están escondidos bajo una manta granatosa y llena de polvo. Los saca y, como si les tuviera algún afecto, no los suelta hasta que, con la otra mano, recoge el dinero de Horacio.

Después, siempre lo mismo, se dan la mano, se dan las gracias y cada uno sigue su camino. Horacio piensa en esos momentos, con el libro metido debajo de la camisa y quedándosele un poco pegado del sudor, piensa en qué pasaría si, además de ir hasta allí, recogiera los libros debajo mismo de la manta. Es decir, marchar con el hombre del vino. Quedarse ahí, con consentimiento o sin él, huir hacia otra parte.

Le da vértigo todo ese asunto por si sale mal. Por si en el último momento, subido ya, valiente, se arrepiente. Y al volver a casa se siente avergonzado de no haber contado con su esposa, que limpia con amor los libros y les echa un vistazo a todos aunque ninguno consiga atraparla del todo.

Algunas noches le dice:

Amor...

Y ella cree que ya ha escrito su epitafio, de nuevo. Que lo ha cambiado. Porque en su voz tiembla lo mismo, el miedo y la duda, todo a la vez, en su garganta. Y cuando no acaba nunca con ese quejido, ella hace como que no le ha escuchado y le acaricia un poco la cara con su propia cara, para que sepa que está con él, que nada importa.

Pero las últimas veces que ha dicho: amor..., ha querido contarle lo de la manta granate y los libros y salir de Belfondo. Sabe perfectamente, y eso es lo que le frena en la confesión, que ella dirá:

No seas ambicioso y confórmate con lo que tienes, muchos desearían tener lo mismo que tú, o incluso menos, deja de soñar con lo de afuera y céntrate en lo que tienes.

Se lo había oído decir muchas veces. Le recordaba constantemente a su madre, a los argumentos y los consejos que le daba cuando era pequeño. No quiere reconocer que empezó a quererla en el mismo momento en que le pareció que se parecía a su madre, no quiere buscar en ella eso y, sin embargo, cuando le suelta uno de esos sermones de madre o abuela, siente que la quiere muchísimo, que no se equivocó al elegirla. Sin saber que fue ella, que siempre es la mujer, quien decidió quedarse con él. Quizá para hacerle de madre o porque le daba pena verle tan desamparado.

Pero esta vez, sólo por esta vez, le gustaría que su esposa dejara de ser prudente, que quisiera arriesgarse, que fuera ambiciosa y algo egoísta, aunque fuera de los que mejor vivía en Belfondo, qué importaba si se podía aspirar a más, y estaba convencido de que así era. Y quiso luchar contra eso de su madre, contra ese estoicismo que le había hecho acomodarse toda su vida.

Así que se encerró sin decirle nada en la habitación.

No enfadado, no como castigo.

Se encerró, arrancó un montón considerable de hojas del cuaderno rojo y las cortó haciendo tiras de más o menos cuatro dedos. En ese momento entró ella y le preguntó:

Nada, son sólo puntos de libro. Es un detalle que quiero tener con los que vienen, qué menos, después del peligro.

Y ella se fue sin darle mayor importancia. Lo que no sabía era que, en aquel punto de libro que estaba fabricando Horacio, habría una convocatoria para huir.

¿Huir, adónde, por qué, cómo, cuándo?

Llevaba tanto tiempo rumiando aquella idea que lo tenía todo calculado, bien atado. En el camión sólo cabían unos cuantos. Y decidió, como si tuviera él algún tipo de poder o cargo allí, que los elegidos estarían entre los que venían a coger prestados algunos libros de la biblioteca ignorada. Como si ellos, por el mero hecho de leer y arriesgarse a mirar a otra parte, merecieran más que otros esa escapada.

Horacio les estaba ofreciendo una salida, una escapatoria limpia, sin huella. Y ellos, a cambio, sólo tenían que mantener en secreto aquello y quemar después el punto de libro donde estaban todas las indicaciones.

Pero los que leen en Belfondo también comen, también trabajan, también caminan, también duermen. Y también aman. También quieren llevarse consigo a sus esposas o esposos, a sus hijos, a los juguetes de sus hijos.

Si Horacio se hubiera propuesto anunciar su intención a todo el pueblo, le habría resultado imposible. Lo supo enseguida. Como fue sabiendo poco a poco que, traicionándole y siendo más humanos y blandos de lo que él pensaba, no habían sabido mantener en secreto la huida.

No les culpó. Y quedó toda su culpa al descubierto, toda su frialdad a la intemperie. Por la noche dijo: amor..., y esta vez sí le contó a su mujer lo que querían hacer, sintiéndose obligado.

¿Desde cuándo lo planeas? ¿Querías irte sin mí?

Y por fin pudo ver Horacio la diferencia que había entre ella y su madre. Aquellas preguntas de loba herida no correspondían a la imagen que tenía de su esposa. Y entonces sí pudo confirmar que no se había equivocado. Y se arrepintió de no habérselo dicho antes. Y le enseñó ella sin pretenderlo lo que es la humildad y el afecto. Le explicó por qué tantos hombres y mujeres no han sido capaces de ocultarlo en casa. Por qué unos con otros se solidarizan y quieren ayudarse entre ellos. Un pueblo es un monstruo. Y Belfondo estaba levantándose, despertando, sacudiéndose el polvo.

Horacio estaba hundido en cierta manera, aunque orgulloso del reencuentro con su amada. Su plan no daba resultado. Ya todos lo sabían. Menos el amo y su esposa, creían. Pero ni siquiera era así. La esposa del amo también quería marchar, cogerle la mano a Sontano y marchar, correr, saltar, huir. Y se enteró porque él se lo dijo. Y llorando le pidió que por favor la avisara, que por favor la avisara. Y Sontano no era capaz de entender nada, siendo ella Dios.

¿Cómo puedes pedirme semejante cosa?

Y, sin embargo, ambos tenían la certeza de que la avisaría, aunque no lo entendiera, la avisaría, por si en un descuido pudiera perderla.

Así que todos menos el amo fueron sabiendo lo que pretendía en un principio Horacio y finalmente todos. Y fue de nuevo la silenciosa y ausente mujer de Horacio

la que puso orden en todo aquel caos, en toda aquella prisa por empezar a vivir a destiempo, lejos de cualquier rincón conocido.

Si todos no cabían bajo la manta, irían andando. Volverían sobre sus pasos.

¿No es así?

Y Horacio no dejaba de pensar en que, de esa forma, cómo podría llevarse sus libros a cuestras, para no perderlos, para que no se olviden.

La huida

La esposa del amo tiene una pequeña maleta hecha y está esperando en la puerta de Sontano, como si hubiera llamado y alguien tuviera que salir a buscarla. Finalmente, se decide. Toca despacio el picaporte deseando, confundida, que nadie la escuche. Abre el hermano de Sontano y se sorprende de verla allí. Y, sin embargo, no dice nada, no pregunta. En un día como éste no hay cabida para ninguna interrogación. Las cosas se aceptan como vengan. Si uno pregunta, cuántas más dudas saldrán al descubierto, qué cadena dolorosa existiría.

Pasa, le dice.

Y la esposa del amo entra y no dice nada. Por suerte están ocupados haciendo la bolsa de Sontano que, olvidándose de él, suponiéndole unos ojos que ven, la habían dejado para el último momento. Toda la familia se gira para mirarla y se pregunta cómo puede haberse enterado, preguntándose por qué está allí, con ellos, como uno más, y por qué mira a Sontano de esa manera, con tanto amor. Pero nadie pregunta, porque en un día como éste, qué preguntas pueden hacerse sino todas a la vez. La esposa del amo tiene unas ganas locas de llorar. Pero sólo se acerca al cura de Belfondo y le agarra la mano, dando por finalizada, con ese gesto, toda explicación. Cuando todos están listos, salen a la calle, donde se encuentran con todas las familias en el mismo estado.

Él todavía no sabe nada, está durmiendo.

La esposa del amo lo dice, como queriendo ser útil, pero evita que Sontano le escuche la voz y desvele todo antes de partir hacia una nueva vida. Quizá afuera, lejos de todo, se atreva, de momento, no. Así que se lo advierte a la madre de Sontano y al oído, mientras ésta asiente ya sin ninguna pregunta que hacerle, aceptando su presencia allí.

En la puerta de su casa está Benjamina abrazada a un perro que no quiere soltar. Todos los hermanos y la madre, todos menos el padre que sostiene en brazos sin amor al más pequeño de la familia, están intentando separarla del perro. Pero Benjamina les mira con tanto poder que, aunque menuda y frágil, no consiguen apartarla de él.

Llegaréis tarde, les dice el padre de Sontano al pasar.

Y todos se giran para reprocharle cualquier cosa, para ser groseros, para pedirle que se meta en sus asuntos. Pero todos, al girarse y ver a la familia entera con una maleta cada uno, recuerdan qué día es, adonde se dirigen, y se quedan callados y dibujan una sonrisa que pretende ser de agradecimiento.

Sí, es que quiere llevarse el dichoso perro.

Y el padre de Sontano, solemne, sin mirarles a los ojos por el miedo, rechazando cualquier contacto directo, dice:

Pues que se lo lleve, ¿no? Qué importancia puede tener eso ahora. Ahora, ahora...

Y se miran unos a otros, dejando de hacer fuerza en el cuerpo de Benjamina. Es tan oscuro todavía que no pueden ver que la niña está llorando como una adulta, con

tanto dolor.

Deciden dejarla en paz. Dejarla que se suba encima del perro y ande sobre él, llegando de puntillas al suelo, como si fuera un caballo minúsculo, guiándole así, con tanta ternura, apoyando la barbilla en su cabeza. De vez en cuando mira a su hermano Monral, para ver si puede adivinar en qué piensa, para ver si puede, siguiendo su mirada, descubrir dónde o con quién pasaba las tardes hasta el momento.

Monral se imagina al maestro agarrándose a su casa como Benjamina al perro. Se imagina a la mujer tirando de él, asegurándole que hay un mundo mejor afuera de Belfondo. O simplemente un mundo, otro, lejano, desconocido. Por explorar. Le duele que para el maestro no signifique lo mismo que para él esa huida. Los últimos días ni siquiera ha querido dar clase porque estaba demasiado consternado.

No sabía si quería irse.

Y a Monral le dolía su mirada, que no escondía nada de lo que él imaginaba. Le hiere que el maestro le tenga tanto apego a Belfondo, pensándose él que el pueblo era lo único que le separaba de un abrazo cualquiera, rápido, para entrar en calor el uno con el otro. Y no era Belfondo lo que le separaba del maestro. No era nada. Simplemente no estaban unidos por nada ni nadie. Por eso le busca y se imagina a la esposa tirando de él. Y se pregunta si se rendirá como han hecho ellos con el perro o se vendrá ella sola.

Leoclino, en cambio, y también Benáclito, le piden a Dios que por favor el maestro se quede para siempre en Belfondo y su esposa venga sola. Cada uno lleva su maleta en la mano y, de tanto como les suda, se la van cambiando cada dos por tres. Como si se les hubiera perdido algo, quizá el orgullo o la dignidad, quizá el amor que todos esperamos, giran hacia un lado y otro la cabeza, buscando un pañuelo azul tirando a gris, totalmente desesperados. Todos juntos, pero separados, van avanzando hacia el punto de salida, que es en los campos donde Beremunda se refugiaba. Van llegando poco a poco y ni Monral ni Leoclino ni Benáclito ven al maestro ni a su esposa.

Llegan tarde, se dice Leo, rechazando la idea de que no tomen la oportunidad.

Domitilda, además de su maletita llena de ropa de cuando era joven, lleva una bolsa bien grande con cacharros que tenía pendientes de devolver. Antes de salir se había comido la última tarta que le trajo un niño pecosos y con mocos en la cara, y todavía quedaban restos y andaba aprisa y preocupada porque lo iba a devolver sucio, cosa que nunca había hecho.

Pero las circunstancias son las que son.

Esa expresión se la había dicho su hijo antes de salir, cuando la había escuchado comentar en alto su problema con el plato de la tarta, con la tarta, con todo lo que le quedaba por devolver.

Las circunstancias son las que son.

Y Domitilda confía en su hijo ciegamente, desde que faltaba Petronilo, él había pasado a ser la única figura en la que confiaba de verdad, porque el chico que venía a

comer todos los días a su casa el arroz, no sé, tenía algo que la hacía mantenerse alerta, como que la estaba engañando, Dios sabe con qué secreto enterrado y vuelto a enterrar. Así que paladea la palabra circunstancias y busca impaciente la familia a la que le tiene que devolver cada cosa.

Se acerca a Elpidio y le dice:

Oye, ¿por casualidad tú me trajiste esto?

Y le enseña un plato que tiene los bordes de color azul y de tan gastado parece gris, lo mismo que pasa con el pañuelo único de la esposa del maestro que, por otra parte, sigue sin aparecer. Elpidio niega con la cabeza. Entonces Domitilda mira a la niña que va cogida de su mano y, como destapando algo muy valioso, dice:

¿Y de ésta sabes quién es la madre?

Elpidio se ruboriza y asiente con la cabeza, señalando primero a la madre de Indalina y aclarándole después a la viuda que no es su hija, sino su esposa. Pero para entonces Domitilda ya ha ido en busca de otra familia y no le escucha, dejando encogido el corazón del recién casado. A Elpidio enseguida se le pasa la vergüenza y aprieta la mano de Indalina como muestra de amor, pero le hace daño. Los padres de la niña, viendo cómo se estaban poniendo las cosas, decidieron que sí, que se casara con el pianista, que la cuidara, que la alimentara, que la quisiera. Y después que se muriera y tuviera Indalina alguna parte a la que agarrarse con fuerza. Pero Indalina ahora estaba cogida fuerte a la mano de Elpidio, con los dedos doloridos y rojos y ardiendo, teniendo tanto miedo, mirando de reojo a Sinesio que llevaba una carta arrugada en la mano derecha y, piensa ella, como siga sin dársela, se le va a borrar la tinta de tanto sudor y roce.

Sinesio lleva una carta para los padres de Indalina, que lo tienen completamente olvidado. En ella aparecen todas las ventajas de que su hija se case con su padre. Todas y cada una de ellas: el dinero, la casa, la estabilidad, una edad que le permite saber algunas cosas, no demasiadas, pero sí algunas, las suficientes. Y también todos los inconvenientes: que marchan de Belfondo y el dinero y la casa desaparecen, la diferencia de edad que hay entre ellos. Cuando se iba a poner a enumerar por qué Indalina debía casarse con él, no supo qué escribir. Él sabía por qué debía casarse con ella, pero no sabía defenderlo. Y por eso llevaba la carta ahí, y en el bolsillo de la camisa un lápiz, por si se le ocurrían las palabras de camino hacia alguna parte, pero estaba en blanco, completamente en blanco. Y la mano de Indalina le dolía tanto como a ella.

Todos han llegado, unos delante de otros, al lugar de encuentro. Como son tantos, los primeros han empezado la marcha sin esperar a que estén todos.

Vamos despacio, vamos despacito.

Y así no se colapsa el camino. Y así no se ven todos las caras de terror que llevan puestas. Todos andan a un ritmo más o menos similar. Todos por el mismo senderito de miedo. Menos Tarisco, el hermano de Benjamina, que anda un poco apartado, a la derecha, como defendiendo de esa manera que no va con ellos, que también, quizá y

seguramente antes que a Horacio, se le había ocurrido escapar, pero nadie le hubiera hecho caso. Así que va apartado para que se note. Y le da sorbos a una botella de vino que, antes de partir, ha cogido de la taberna. Ya nadie le prohíbe nada.

Ni siquiera Tertulino, viéndole robar el vino, se ha alarmado. Había vuelto a la taberna para coger la silla. Siendo cojo, es probable que tenga que pararse a descansar en más de una ocasión. Y aunque va a ser duro llevarla todo el camino auestas, imagina que le será bien útil. A unas malas, dice para sí, la puedo dejar en cualquier sitio. Porque ha dejado de sentir estima por las cosas, ha dejado de guardar nada, y si tiene que abandonar la silla en un momento dado y sentarse en el suelo, aunque después le cueste tantísimo levantarse, si tiene que hacerlo, lo hace. Y punto.

Su hijo siente todo lo contrario. Ya que va a abandonar todo lo que tiene ahí en Belfondo, ha cogido todas las cosas que para él tienen algún valor sentimental. Y ha cargado la bolsa de apuntes que le lleva a Cuca. Últimamente no ha tenido tiempo de llevarle nada a su casa con todo este revuelo de la huida, pero lo guarda celosamente para dárselo todo de golpe. Sabe que anda unas familias más adelante de la suya y levanta la cabeza alargando el cuello por si la ve. Y se imagina en los descansos, porque supone que habrá descansos como en una excursión larga y sin fin, descifrándole algunas cosas de su letra la mayor parte del tiempo ininteligible.

Pero Cuca está pendiente de Anjana, que va cogida de la mano de su madre como si tuviera diez años. Cuca deseaba ese momento como la que más. Y aquella noche que miró desde lo alto del campanario todo lo que ahora estaba pisando, se imaginaba con ella, cogida ella de su mano. Empieza a sospechar que Anjana es una cobarde. Y por un momento se le ocurre pensar que en Belfondo, si ella estaba convencida del beso que se dieron, si Anjana no necesitaba la mano de su madre en Belfondo, quizá sería mejor que se quedaran, quizá no era tan buena idea, al final, marcharse. Y se pregunta qué hora será. Y se acuerda de cuando ella guardaba el tiempo, como si hiciera años de eso.

Beremunda, en cambio, cada vez tiene más claro que eso es lo que deben hacer.

Esto es lo que debemos hacer.

Se lo dice a su hermano que ha tenido que dejar en casa el sombrero porque no le cabía en la maleta, sobresalía la enorme ala de color gris. Su hermano todo el tiempo ha creído que sí, que debían marcharse, buscar otras fronteras donde lo suyo, que no es de ellos porque Beremunda no está al corriente, lo suyo no fuera un pecado. Suponiendo que el amor que siente por ella no sea un pecado en alguna parte. Y mientras todos desfilan por el camino que les lleva hacia lo desconocido, Dositeo no consigue quitarse de la cabeza que ya nunca más será el extranjero, ya nunca más llevará el sombrero ni las pecas naranjazo, ni podrá hacerle el amor a Beremunda. En cambio, ella, dice, firme, feliz, con las mejillas rojas:

Esto es lo que debemos hacer, no tengas miedo.

Y no es miedo lo que siente Dositeo. No es miedo esta vez.

Merina lo mira de reojo, preguntándose qué hará el hermano de Beremunda ahora

que todos se marchan. Preguntándose también qué hará ahora su marido si todos se pierden la pista. Tantas veces como ha soñado con el momento, y ahora le entran dudas. Porque quizá Amario era capaz de inventarse cuentos para ella porque la vida se le hacía soportable con el cuerpo y el amor no correspondido de Beremunda.

¿Qué iba a pasar si el nuevo Amario no le gustaba, si se transformaba en otro, qué iba a pasar si el nuevo Amario la dejaba porque no soportaba salir de toda esa farsa? Y mientras lo piensa se le mete un pie en un agujero, más o menos a la altura donde ocurrió lo que le había contado una noche Amario. Se lo queda un momento mirando y decide que ahí no cabe un hombre, ni siquiera uno tan ridículo como él.

¿Qué estaba pasando con ese monstruo que era Belfondo, que se apagaba por momentos?

Y Beremunda conocía bien esa sensación de andar y andar y, a medio camino, empezar a fallecer. Sin embargo, Horacio y su mujer, encabezando la marcha, no tenían dudas. Quizá porque notaban el peso de todas las vidas que llevaban tras de ellos y se sentían responsables, culpables. De pronto, alguien grita:

¡Esperad!

Porque Leoclino no aguanta más sin la esposa del maestro y no deja de mirar hacia atrás y, aguzando un poco la vista, le parece que viene corriendo un pañuelo azul tirando a gris, que viene saltando por entre la llanura de ese camino que, aunque despejado, está lleno de tantos obstáculos.

¡Esperad, la mujer del maestro viene por ahí!

Y viene sin el maestro. Y Monral se clava las uñas en la palma de la mano, maldiciendo a su cobarde querido. Finalmente, se había quedado amarrado y lloroso a su casa, la mejor, después de la del amo, de Belfondo. Se había quedado besando como un loco los pupitres. Se había demostrado a sí mismo que, sin él, sin el maldito amo, no era nadie. Y ni siquiera era capaz de marcharse de su lado por el horrible sabor que le dejaba traicionarle. Humillándose ante todos, ante él.

Todos pararon, todos fueron parando en cuanto les llegó el grito de Leoclino, que esperaba a la mujer del amo como si viniera en su busca. En la mano llevaba las cartas, la original y todas las que había copiado, y Leoclino lo estaba viendo y se estaba revolucionando por dentro. Mientras él esperaba con los ojos a la mujer del amo, el resto se fue acomodando, calculando que todavía le quedaba una parte muy grande del camino por recorrer, sabiendo que quizá el galope alegre que llevaba iría disminuyendo al alejarse de tantas cosas.

Se fueron reuniendo cada vez. Recogiéndose. Quedando muy cerca unos de otros, como si hiciera frío, como si se necesitaran. Y dejaron de ser peces para convertirse en pingüinos, todos juntos, tan iguales, sin moverse, mirándose, sin hablar.

Cuando llegó agotada la mujer del maestro, Belfondo entero, aunque rezagado, quedó paralizado.

Ya estaban todos.

Ya podían seguir.

Ya había llegado el momento.

Y en ese instante, justo en ese segundo en que debían decidir por última vez, justo ahí donde se cruza la frontera invisible y se decide que no se va a volver a mirar atrás, entonces todos tuvieron tanto miedo que no supieron cómo seguir. Sólo debían caminar hacia adelante y, en unos metros, coger la derecha o la izquierda, no importaba cuál ni adónde llevaba cada una. Desde ahí se podía ver la bifurcación. Y en ese momento, entre los jadeos de la mujer del maestro, todos se giraron esperando que alguien dijera algo, tomara la iniciativa o alguna decisión, como si no estuviera ya, desde hacía días, mascándose en todas las casas, la huida. Y, sin saber por qué, inconscientemente, todos se volvieron a mirar a Sontano que, ciego y confuso, no se daba cuenta de tantas miradas que esperaban de él una dirección, como si pudiera saber dónde está la salida, dónde quedaba Dios. A quién debían dirigirse.

Y sospechando la esposa del maestro del miedo de los demás, dijo, queriendo empujarles hacia adelante, como siendo definitiva la información:

Déjenme decirles una cosa. No sé leer. Ni escribir.

Y a los que estaban más lejos de Belfondo no les llegó la voz.



Jenn Díaz nació en Barcelona en 1988. Estudió filología hispánica, pero desde muy pronto se dedicó por entero a la escritura. *Belfondo* es su primera novela.

«A veces fantaseo con la idea de que vine ya como para escribir: tuvieron que hacerle una cesárea a mi madre porque saqué la mano. Así. Y después se me paró el corazón. Como diciendo que ésa sería mi única arma contra la vida, o ésa o nada, y a la única a la que sería fiel. Después he aprendido que se me da mejor ser otros que ser yo misma. De ahí, no de la cesárea, de no sentirme identificada ni con mi nombre ni con mi pequeña ciudad ni con mi gran pero desorganizada generación, creo que viene la necesidad de agarrarme —o dejarme agarrar— feroz y desesperadamente a la literatura. Empecé con unos diarios ridículos escribiendo cualquier estupidez como por ejemplo que ya había llegado el euro, seguí suscribiéndome a Círculo de Lectores por no saber a quién recurrir para mis lecturas y huyendo de la señora que venía a traerme todos los meses la revista, y acabé respirando a través de las letras todo lo mucho o poco que la vida me estaba dando. Y lo curioso fue que, aunque todo apuntaba a que esto último ocurriera, cuando me vi en filología hispánica —carrera que he dejado a medias—, me sorprendí. Ya tengo asumido que necesito escribir y estar en contacto con la literatura para poder seguir, no tan claro hacia adónde, pero sí seguir. Me costó algo más asumir que venía también de una de esas historias que se cuentan de por qué uno se puso a escribir: porque alguien me había escrito a mí antes. La cuestión es que así me veo, perdiendo el tiempo como dice mi madre en el ordenador —¿qué haces tanto rato, si puede saberse?— y publicando cuentos en revistas digitales —¿pero te pagan por eso, hija?— de vez en cuando. Escribiendo

para poder deshacer este hilo mental de confusiones y voces antiguas, para deshacerme un poco del peso que conlleva soportar todas esas vidas que no fui pero me gustaría. Escribiendo por puro egoísmo».